



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**CRONOTOPOS, AGENCIA Y AFECTIVIDAD
Aproximaciones a una nueva concepción de la temporalidad en terapia narrativa**

Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Clínica de Adultos

AUGUSTO RODRÍGUEZ PANIAGUA

**Profesor Guía:
Claudio Zamorano**

**Profesor Co-Guía:
Valentina Gerstle**

**Santiago de Chile,
año 2020**

CRONOTOPOS, AGENCIA Y AFECTIVIDAD
Aproximaciones a una nueva concepción de la temporalidad en
terapia narrativa

Agradecimientos

A Valentina Gerstle en primer lugar, esta tesis no habría sido posible sin los impasses que nos obligaron a pensar más allá de lo que estamos acostumbrados, y que me ayudaron a ordenarme cuando la vorágine de ideas me capturaba. Gracias por realizar con tanta dedicación e interés un trabajo que no le deseo a nadie: guiarme durante el desarrollo de una tesis.

A mis padres, Juenny y Adrián, gracias por una vida de dedicación a que pueda formarme y educarme de la mejor manera posible (y por una neurosis que me hace disfrutar escribir una tesis). Gracias a mi hermana, Ariadna, por simplemente estar siempre disponible. Y también gracias a mis abuelos, a quiénes admiro profundamente.

A Tomás Cano y Carlos Barría, quiénes me acompañaron en mis primeros pasos como terapeuta y me dieron el espacio para explorar libremente lo que en ese momento me hacía sentido. Les agradezco infinito la paciencia y apertura, pero a la vez la orientación y consejos que me obligaban a enfocarme.

A Andrés Haye, a quién le debo haber conocido a Bajtin. Gracias por los constantes espacios de aprendizaje, han sido una fuente constante de desafío que me empuja a estar siempre inquieto frente a lo que leo.

A Pía, Josefina, Lili, Kari y Estef de quienes siempre aprendo muchísimo y quienes llenaron de disfrute y buenos momentos este proceso. Estoy profundamente agradecido de haber compartido este tiempo de formación con ustedes.

A todos mis amigos que en distintos momentos (y estados) han abierto un espacio para conversar sin tener muy claro de qué: eso siempre termina en buenos resultados; y que me han acompañado en el proceso de creación de esta tesis, desde que era apenas un balbuceo inconexo hasta ahora, que espero sean un par de palabras entendibles.

Resumen

La pregunta por el tiempo aparece en la terapia narrativa como el resultado de una inquietud por las maneras en que los relatos adquieren inteligibilidad, y cómo se logra percibir el cambio en estos; sin embargo, esta aproximación a la temporalidad desconoce la multiplicidad de formas que esta adopta, e ignora su influencia en la constitución de una imagen de sí mismo y del otro. A partir del estudio del concepto bajtiniano de “cronotopo”, y de una revisión de la literatura existente sobre el tema, se generará una aproximación teórica para la comprensión de la influencia de la temporalidad en los procesos de agenciamiento en terapia narrativa. El concepto de cronotopo permite entender el ordenamiento temporal del relato como una toma de perspectiva ideológica y afectiva, donde las distinciones entre ambos registros se desdibujan; generando una comprensión de la agencialidad como el resultado de un proceso de construcción de una imagen de mundo en torno a la cual se responde frente al otro y se constituye sentido. Se propondrán directrices útiles para orientar una terapia narrativa sensible a la dimensión temporal, y se discutirá cómo esta perspectiva ofrece una respuesta a diversas críticas que se han hecho a este modelo.

Palabras Clave: cronotopo, agencia, temporalidad, afectividad, terapia narrativa

Índice

INTRODUCCIÓN.....	1
¿De qué se trata este trabajo?	1
Fundamentación del problema y relevancia	3
Objetivos.....	8
Perspectiva y Metodología	8
¿Cómo se estructura este trabajo?	11
1) DEL CONOCIMIENTO DE SÍ Y OTRAS COSAS	13
Conocimiento de sí, agencia y ética	13
Bajtín y la ética al interior de la agencia	16
2) EN BÚSQUEDA DEL TIEMPO Y LO AFECTIVO	19
¿Qué es un afecto y por qué hablar de ellos aquí?.....	19
Sobre conocimiento y cuerpo.....	19
Otro giro más: ¿Qué es un afecto?	22
Tiempo=Movimiento.....	25
3) ESPACIO Y TIEMPO EN BAJTIN	29
¿Qué son los cronotopos y por qué nos importan?.....	29
Un modo de presentar la vida	29
Seis cronotopos para partir	30
Las imágenes cronotópicas.....	34
¿Cómo traer los cronotopos al campo de la terapia?	38
Algunas claves cronotópicas (iniciales) para la clínica	38
4) TEXTURAS DE LA TEMPORALIDAD NARRATIVA	44
¿Cómo ha aparecido la pregunta por la temporalidad en la obra de Michael White?	44
La terapia narrativa en 625 palabras.	44
White, la formación del modelo psicoterapéutico narrativo y la relevancia del tiempo.	46
Panoramas de acción y su vinculación (perdida) con la identidad, agencia y afectos.	48
La externalización y el problema del quiebre.	55
¿Cómo ha aparecido la pregunta por la temporalidad en la literatura narrativa?	57
Una identidad que no termina de llegar.....	58

De la externalización a lo ausente pero implícito	63
5) CRONOTOPOS Y SUS APLICACIONES	66
¿Qué posibilidades clínicas abren los cronotopos?	66
RETAZOS PARA CERRAR.....	78
¿Qué problemas quedan pendientes?.....	78
¿Hacia dónde más dirigirse?.....	82
Entonces ¿Qué buscaba esta tesis?	84
Referencias	88

INTRODUCCIÓN

¿De qué se trata este trabajo?

La pregunta por el tiempo ocupa un lugar importante en la formulación del modelo psicoterapéutico narrativo. Si la experiencia humana está estructurada en términos de narrativa, entonces el problema del tiempo aparece como una de las preocupaciones centrales a tener durante la terapia al conectar distintos eventos en torno un mismo relato (Larner, 1998). Así parece ser al menos si revisamos los primeros escritos de dicho modelo, como dice White (1995) *“tiempo y narración son inseparables”* (p.218); para este, el ordenamiento temporal es lo que permite visualizar los proceso de transformación a lo largo de la vida de una persona. El tiempo cobra relevancia en el modelo narrativo en tanto se vuelve una dimensión necesaria para articular un relato inteligible de sí mismo. Basándose en los trabajos de Gregory Bateson es que White y Epston (1993) afirman que *“situar los eventos en el tiempo es esencial para la percepción de la diferencia”* (p.20), diferencia que en el marco de este modelo psicoterapéutico apunta a generar una nueva perspectiva respecto a los modos de ordenamiento tradicionales del relato de la propia experiencia. Si bien es cierto, la pregunta por la temporalidad ha estado presente en la psicoterapia narrativa desde sus orígenes; nos parece un tanto insuficiente la forma en que ha sido trabajada, pues se ha desconocido cómo la temporalidad se conecta con uno de los principales intereses de este modelo: el fomento de la agencia en torno al desarrollo de dicha narración (White, 1995).

El especial interés en el reconocimiento de la diferencia y del cambio en el relato es el resultado de una terapia que busca constituir un contexto para aportar *“nuevas posibilidades a las personas respecto de la posesión de sí mismas, de los otros y de sus relaciones”* (White & Epston, 1993, p.34). Hay un interés ético declarado de habilitar a las personas a sentirse nuevamente componentes activos de la narración de la propia vida (Denborough, 2012; White, 1995; White & Epston, 1993). Sin embargo (como se irá desplegando a lo largo de este trabajo), este proceso de agenciamiento corre el riesgo de

anclarse en una actitud excesivamente centrada en el lenguaje, en desmedro de la dimensión vivida de la experiencia material en el mundo (Pakman, 2014).

Manteniendo como base el supuesto epistemológico de que es a través de la narración como se logra esta inteligibilidad, interrogaremos las formas en que el modelo narrativo introduce la inquietud por la temporalidad como un aspecto central a considerar en su labor. Esta interrogación no es simplemente un trabajo de crítica negativa, sino también de rescate de elementos que pueden haber quedado olvidados o simplemente no suficientemente ahondados con posterioridad a su formulación. Proponemos que una nueva manera de entender la temporalidad podría aportar nuevas luces en el trascurso de la terapia, en el proceso de construir un conocimiento de sí mismos por parte de los pacientes, y por ende promover una mejor comprensión de su configuración como agente activo en esta.

No trabajaremos con una noción de temporalidad en su sentido cronológico, sino que entenderemos la temporalidad en su dimensión material, en su relación con el espacio y la acción (Bajtin, 1989b). El tiempo como experiencia de un cuerpo vivo. Para lograr esto nos basaremos en los desarrollos bajtinianos sobre el concepto del cronotopo (Bajtin, 1989b). Esto debido a que este concepto permite pensar que cierta concepción de espacio-temporalidad constituye una imagen de mundo y de personajes. La inteligibilidad de uno mismo y de los otros se encuentra soldada con las maneras en que las acciones se proyectan, recortan, aíslan, expanden, suspenden, refractan, dilatan, achican, reproducen, anulan, conectan, etc. entre sí, haciendo aparecer las texturas espacio-temporales que constituyen parte de su singularidad. El concepto del cronotopo implica que para hablar del tiempo se *“requiere imaginarlo y hacerlo visible”* (Haye et al., 2018, p.26); de esta manera no se trata solo de la construcción cuasi-teórica de un modo de ver el mundo, sino de una toma de posición ideológica y afectiva. En la medida que la narración implica no solamente un ordenamiento de eventos, sino también la verdadera construcción de una imagen de mundo frente al cuál se responde frente al otro y frente a sí mismo, se reconoce que la dimensión afectiva se vuelve también inteligible y cobra sentido en función de ese mundo. Incluso aquellos eventos que no pueden ser registrados y que aparecen con un halo de misterio por su ininteligibilidad, de una u otra manera se inscriben de distintas maneras en

ese mundo. Esto es algo que -como veremos- la terapia narrativa reconoce, sin embargo, no se da necesariamente de la misma manera en cada persona.

Fundamentación del problema y relevancia

Cómo se señaló más arriba, la inquietud por la temporalidad ha sido un tema constante en el desarrollo del modelo psicoterapéutico narrativo. Sin embargo, tal y como recuerda Gibney (1994), el tema de la temporalidad representa también uno de las grandes inquietudes no siempre explícitas de la literatura terapéutica. Al menos cuando White lo menciona de forma explícita, es para dar cuenta de su importancia como vector que permite dar cuenta de los cambio que experimenta un individuo (White, 2007; White & Epston, 1993) o como una dimensión importante en la organización de un relato (White, 1995; White & Epston, 1993). A pesar de esto se observa un déficit en las teorizaciones contemporáneas en torno a este ámbito; se realizó una búsqueda en algunas de las principales revistas de publicación de teoría narrativa que combinaba las palabras “temporality” con “narrative psychotherapy” (y variaciones de esta última) en los últimos 30 años que revela una baja producción de textos que aborden estos temas. Se presentan los resultados en la tabla 1.

Tabla 1:

Revisión de artículos que trabajen la dimensión de la temporalidad (1990-2020)

Revista	N
Australian and New Zealand Journal of Family Therapy	6
Family Process	10
Journal of Contemporary Psychotherapy	0
Journal of Family Therapy	3
Psychology and Psychotherapy	9
Contemporary Family Therapy	1

Nota: Datos de elaboración propia, revisión realizada el 2-03-2020.

Se palpa entonces un abandono de la temporalidad como categoría desde la cuál es posible pensar la misma práctica narrativa. Esto resulta problemático, ya que implica

desechar precisamente uno de los ejes articuladores de la singularidad de todo relato; si bien el modelo narrativo ha sido claro en cuestionar que todo relato se dé de forma lineal, no por ello deja de existir un cierto empuje a una concepción normativa respecto a qué formas son las indicadas para lograr relatos que permitan al paciente tomar una posición activa frente a sí (Lysaker et al., 2003; Torn, 2011).

En el centro del esfuerzo narrativo de desarrollar una postura frente a los problemas que llevan a consultar, se encuentra la problematización de los discursos dominantes que rigen las formas típicas de construcción de la propia historia de vida (White & Epston, 1993). De ahí que muchas de sus prácticas busquen promover una deconstrucción de estos discursos (Payne, 2002), que sin duda resultan útiles para promover una posición ideológica de desafío frente a las dimensiones de poder presentes en toda experiencia individual. Sin embargo, habría que preguntarse hasta qué punto la construcción de relatos está atravesado exclusivamente por una dimensión ideológica. Consideramos que existen varios problemas que emergen cuando se deja de lado el interés por comprender los modos en que los pacientes organizan sus relatos temporalmente, en particular el riesgo de promover una noción de la agencia desencarnada, o de entender su desarrollo en el marco de una imagen de mundo uniforme para todos los pacientes.

Esta es una problemática que no se escapa de las preocupaciones del modelo narrativo. White, por ejemplo, en distintos momentos hablará de la importancia de hacer una vinculación constante en la conversación terapéutica con la “experiencia vivida” o los “efectos reales” (White, 1995; White & Epston, 1993); sin embargo, a la hora de revisar los modelos de intervención nos encontramos (y esto se verá en profundidad en el capítulo cuatro) con un olvido en la conversación de este aspecto. De ahí que la toma de postura que la terapia narrativa busca facilitar a las personas, obedezca ante todo a un ejercicio reflexivo crítico que permita hacer un contrapeso a “*las prácticas culturales que convierten en objetos a las personas y a sus cuerpos*” (White & Epston, 1993, p.86). Pero en esta comprensión se pierden la dimensión del encuentro con una alteridad a través de la cual se desarrollan esos discursos. Por ejemplo, la presencia del otro en los procesos de agenciamiento en el marco de una terapia narrativa suele estar anclado a la noción de un testigo que sirve para autenticar la nueva construcción de relato de los pacientes (White,

1995). De manera que esa agencia sigue siendo el resultado de un ejercicio discursivo, y la experiencia con el otro solo sirve para la *“autenticación de las afirmaciones preferidas que están surgiendo en el proceso de terapia”* (White, 1995, p. 31). Es decir, el desarrollo de la agencia no tiene que ver con una vivencia particular del mundo, sino como una forma de conceptualizar el relato.

Observamos un empobrecimiento de la noción de agencia, porque se le piensa como el resultado de un mero ejercicio intelectual y no como el resultado de una implicación de un individuo en el mundo; es decir, la agencia como el resultado de una práctica constante e inseparable de la acción con otro. De ahí que también la pregunta por la agencia se separe de la pregunta por lo afectivo, y esta dimensión de la experiencia pase a un segundo plano, o no sea tan informativa del sentido del relato, lo que lleva a que *“las narrativas de vida se parecen sospechosamente las unas a las otras, en desmedro del grosor sensual de la experiencia vívida”* (Pakman, 2014, p.40). Lo anterior hace que sea interesante preguntarnos ¿Cómo nuevas formas de temporalidad permiten superar este empobrecimiento de la comprensión del desarrollo de una posición activa frente a uno mismo y al otro en la terapia narrativa?

Torn (2011) argumenta que las ideas de un “antes” y un “después” del malestar o la recuperación, deslegitima la experiencia de los pacientes al construir una imagen de sí como desválidos o en proceso de superar un déficit, de manera que la inmediatez de su experiencia queda puesta entre paréntesis en función de cierto momento que se espera está por llegar. Si bien este es un estudio realizado en casos graves, es informativo de cómo las formas de organización temporal de un relato pueden habilitar o dificultar el reconocimiento de sí como activo en relación al malestar que aqueja. En esta misma línea Lysaker, Lancaster y Lysaker (2003) argumentan que tradicionalmente se ha visto la coherencia narrativa como una condición necesaria para el desarrollo del sentimiento de agencia, de manera que la temporalidad en tanto principio organizador se encuentra emparentado con el objetivo central de la terapia narrativa que es el desarrollo de una posición activa frente a uno mismo (lo que en clave de White se entiende como el desarrollo de la agencia). Entonces, que la temporalidad sea un principio organizador no implica solamente que opere como generador de las condiciones de inteligibilidad de la

narración, sino que al menos en el campo de la psicoterapia narrativa tiene un fuerte correlato con las condiciones bajo las cuales el individuo puede tomar una posición (activa o pasiva) frente a ese relato. Consideramos que en el desarrollo de nuevas formas de pensar los modos de organización temporal propios de cada relato, se construyen distintas imágenes de sí y de los otros, pero también las diferentes experiencias afectivas cobran un sentido particular que no puede ser entendido en función de un marco temporal universalizable. La temporalidad materializa el relato en un mundo único e irrepetible. Es ese mundo desde el cual se toma posición, un mundo que por tanto implica tanto una dimensión afectiva como una ideológica, de ahí que haga sentido hablar del agenciamiento en terapia como la toma de una postura ideo-afectiva (a qué nos referimos con esto se desarrollará más adelante).

Este punto se puede observar en el campo de las descripciones. La terapia narrativa ha sido caracterizada como una terapia que busca privilegiar la descripción por sobre la explicación (Vassilieva, 2016); sin embargo, en la medida que la temporalidad no opere también como un eje a considerar en estas descripciones nos encontramos con problemas. Por ejemplo, resulta curioso que la terapia narrativa se encuentra poblada de una serie de metáforas y lenguaje asociado al espacio (Beels, 2009; Combs & Freedman, 2016; Denborough, 2012; Sermijn & Loots, 2015; White, 1995, 1997; Winslade, 2009) pero pocas vinculadas al desplazamiento a través del tiempo; el espacio aparece de una forma desencarnada y abstracta, desprovisto de una forma de apropiación donde se pueda visualizar la puesta en acto de determinada subjetividad, lo que hace perder el carácter ideo-afectivo que lo constituye como singular para cada persona. La posibilidad de pensar la temporalidad en su materialización en el mundo abre las puertas al enriquecimiento de la comprensión también de las maneras en que el espacio físico aparece en el relato, ya que carga a todo espacio de una determinada historia; y por ende, de las formas en que cada espacio puede implicar una forma de relación distinta con uno mismo o con el otro.

Existen también prácticas narrativas clásicas que se verían enriquecidas por un énfasis en las operaciones temporales al interior de un relato, en particular aquellas que implican dar cuenta de momentos de cambio o crisis. Siguiendo lo señalado por Torn (2011) se corre el riesgo de que las nociones de un “antes” y un “después” desprovistas de un anclaje en las condiciones singulares del paciente terminen por introducir un ideal del relato de la

experiencia que subestime las propias acciones del paciente; por lo que el desarrollo de herramientas conceptuales que permitan a los psicólogos pensar las diversas formas de materialización del tiempo, abren las puertas a poder encuadrar esas prácticas en marcos no normativos.

Tenemos un interés en este trabajo de aportar a todo clínico una serie de herramientas teóricas y prácticas a partir de las cuales la conversación terapéutica pueda abrirse a una virtualidad de formas posibles de vivenciar el mundo, tratando de reconocer en cada una de ellas un sentido único e irrepetible, de cuyo reconocimiento depende la posibilidad de una terapia respetuosa del mundo que habita cada individuo. Este interés por supuesto, no se encuentra sin problemas; ya que en tanto la terapia narrativa se centra en los procesos de significación cultural, se corre el riesgo de que las ideas se vuelva más importante que la materialidad misma (Gálvez Sánchez, 2013). Intentar resolver un problema como este dentro del marco mismo de la terapia narrativa se encuentra con la dificultad de reconocer que el calce entre el encuentro terapéutico mismo y teoría no es perfecto, por lo que siempre habrá algo que se escape, siempre existirá un aspecto de la experiencia que se resiste a ser capturado por una comprensión ideológica del relato (Pakman, 2014). Nos encontramos frente a una aporía propia de la terapia narrativa, donde si bien en todo momento hay elementos de la experiencia que introducen un más allá de lo discursivo (Domínguez & Lara, 2013), su vivencia y conceptualización (y por ende su integración a una cierta narrativa de sí mismo) está inexorablemente ligada a un cierto ordenamiento social preexistente al cual articularse.

Un trabajo que busque acortar la brecha entre la materialidad misma y las posiciones discursivas que se generan en torno a ella, no debería buscar unir estas dos dimensiones, sino generar conceptos que permitan acortar esa distancia, a la vez que sean suficientemente moldeables para permitir un extrañamiento con las formas típicas de interpretación que abra espacio al encuentro con la singularidad de todo paciente¹. Pensamos que distintas formas de articular eventos de la vida, lugares, relaciones, etc. y de insertar estos entrecruzamientos en el marco de una perspectiva temporal de sí mismo constituyen modos de agenciamiento distintos, y no homogenizables. Es así como la

¹ Aun cuando, a pesar de todo, siga siendo un ejercicio interpretativo.

pregunta² que nos iluminará y acompañará a lo largo de nuestro trabajo es **¿Cómo influye la temporalidad en la comprensión de los procesos de agenciamiento en terapia narrativa?**

Objetivos

General:

- Proponer una aproximación teórica para la comprensión de la influencia de la temporalidad en los procesos de agenciamiento en terapia narrativa.

Específicos

- Revisar críticamente la manera en que la terapia narrativa ha trabajado la dimensión de la temporalidad en el ejercicio clínico, y sus consecuencias.
- Discutir los aportes del concepto de cronotopo como marco comprensivo para la teorización de la temporalidad en terapia narrativa.
- Proponer directrices que puedan servir para una práctica de la terapia narrativa sensible a la dimensión temporal.

Perspectiva y Metodología

Este trabajo está posicionado desde una perspectiva narrativa y dialógica, la primera implica reconocer que las narrativas constituyen una estrategia humana básica para maniobrar con las problemáticas del tiempo, de los procesos a través de este y del cambio (Vassilieva, 2016). Es así como la atribución de significado de la persona a sus experiencias se vuelve una condición necesaria para el desarrollo de una perspectiva personal y singular frente a estas; y conlleva, tal y como señala White (1995), *“afirmar que los significados derivados en este proceso de interpretación no son neutrales en cuanto a sus efectos en nuestras vidas, sino que tienen efectos reales en lo que hacemos, en los pasos que damos en la vida”* (p.18). De ahí que al intentar responder a la pregunta sobre los modos en que la

² Hemos presentado un esquema general de los problemas que hacen surgir la pregunta de esta tesis, sin embargo, el despliegue completo de estos será un trabajo que tomará varios capítulos. En esta introducción lo que se presenta es un esquema general y resumido de dicho desarrollo.

temporalidad influye en los procesos de agenciamiento, una perspectiva narrativa es provechosa, ya que invita a considerar las formas singulares en que cada persona lida con la temporalidad en la constitución de sus propios relatos, en vez de suponer un modo homogéneo en que esto se da.

Por otra parte, desde la perspectiva dialógica se considera que la realidad se da a partir de la relación entre distintos actores que se encuentran en constante interrelación (Accorsi, Scarparo y Pizzinato, 2014). En sus implicancias ontológicas esta posición implica que la verdad de las cosas no estaría dada por su estructura pre discursiva, sino por la forma en que un conjunto de prácticas sociales la configuran. Esto está en línea con perspectiva narrativa donde la dimensión social de la construcción de significado también es importante (Payne, 2002; White & Epston, 1993). Sin embargo, este enfoque aportaría el interés en las nociones de tensión y conflicto interna a la realidad; en tanto se vuelve imposible producir un significado unívoco para la experiencia (Voloshinov, 1973). Entonces podemos plantear que una perspectiva dialógica no está en oposición a la narrativa, sino más bien la complementa al entregar una nueva forma de entender lo que implica la comprensión de una narrativa, la comprensión no hace referencia a la autoidentidad de un signo (Voloshinov, 1973), sino su variabilidad contextual específica. Lo que la define no es el reconocimiento de lo mismo que se da en uno y otro contexto, sino que el ejercicio de diálogo constante con otro que a partir de un mismo material puede construir ideas y experiencias nuevas. Plantearemos que la comprensión es una posición activa y generativa. De ahí que a lo largo de este trabajo no se suponga que las narrativas constituyen estructuras estáticas de interpretación de la realidad, sino que lo que resultará de interés es entender las formas en que estas pueden ser transformadas en su relación con otros.

Esta es una tesis teórica desarrollada a partir del análisis de material bibliográfico. Metodológicamente, este tipo de investigación se entiende como *“la actividad sistemática de elaborar, construir, reconstruir, explorar y analizar críticamente los cuerpos conceptuales (esto es, teóricos) en que se enmarcan las distintas áreas del saber”* (Barahona, 2012, p. 8) con objetivos tales como dar respuesta a vacíos teóricos (Bassi, 2015), generar relaciones entre conceptos que permitan nuevas comprensiones (Bassi,

2015), o realizar análisis críticos para modificar las perspectivas de trabajo tradicionales, facilitando así espacios para la generación de sistemas conceptuales con mayor alcance que los anteriores (Barahona, 2012). En el caso particular de este trabajo, la relevancia está dada al reconocerse una ausencia de la conceptualización de la temporalidad como un ámbito que impacta en la comprensión de las personas de sí mismas (más allá de una dimensión que permite el reconocimiento del cambio). Este sería el principal problema al que se busca responder, y para ello se buscará relacionar varios conceptos e ideas propios del modelo narrativo con el concepto bajtiniano de “cronotopo”, lo que a nuestro juicio permitirá reducir algo de ese vacío, pero también ofrecer nuevas posibilidades en la comprensión de la influencia de la temporalidad en las narrativas de los pacientes. Todo esto entonces ayudaría a la generación de nuevos espacios investigativos y nuevas formas de intervenir que esperamos que aporten en el engrosamiento del campo y material de acción de las conversaciones terapéuticas.

En tanto tesis teórica, las fuentes de análisis de este trabajo están constituidas en su totalidad por fuentes bibliográficas. La selección de estas se hizo siguiendo varios principios: **a)** textos fundacionales del modelo narrativo donde se desarrollen tanto fundamentos teóricos como prácticos, **b)** textos que se enmarquen desde el modelo psicoterapéutico narrativo y que aborden de forma explícita la temporalidad como concepto de discusión, **c)** textos que hagan un comentario sobre las bases teóricas y prácticas del modelo psicoterapéutico narrativo, y **d)** textos que sin declarar una filiación con el modelo psicoterapéutico narrativo recojan elementos de este para hablar sobre temporalidad.

En lo relativo al desarrollo del análisis de estas fuentes se siguieron las recomendaciones de Bassi (2015); y es así como luego de la definición de los conceptos teóricos que guiarán nuestra propuesta, se desarrolló un mapa de la literatura existente que trabaja de forma directa o indirecta el problema presentado; en este recorrido se profundizó en los vacíos teóricos existentes, así como las tensiones inherentes a la teoría y las posibles líneas conceptuales que se visibilizan para responder a ellas. Tras este reconocimiento y exploración de las fuentes se realizó un ordenamiento de estas en función de su relación con los conceptos y categorías de análisis de interés; lo que permitió la definición de un plan de exposición argumental. Una vez realizado lo anterior, entonces se pasó a la

producción de propuestas propias³. Esto replica lo que en los términos de Montemayor, García y Garza (2002) constituyen los tres momentos del desarrollo de un trabajo teórico: búsqueda y selección de la bibliografía, análisis y sistematización de la información e integración.

Pasemos entonces ahora a resumir muy brevemente la estructura de este trabajo.

¿Cómo se estructura este trabajo?

De forma muy sucinta se puede resumir la estructura del trabajo de la siguiente manera. En el primer capítulo se hablará del problema del conocimiento de sí mismo para conducirlo al problema respecto a la propia agencia. Se señalará cómo conocerse a sí mismo es ante todo reconocerse como agente frente a uno mismo y frente a otro; lo que implica tomar una perspectiva de mundo frente a la cual se responde y que a su vez puede ser respondida por esos otros (Bajtín, 1986). Sin embargo, como veremos en el capítulo dos, la agencia no solo está vinculada a una dimensión cognitiva (Antony, 2002; Brown & Stenner, 2001) sino también a una dimensión afectiva que moviliza al cuerpo. Esta dimensión afectiva lleva a pensar que es a través de la consideración de los modos de implicación del cuerpo en el mundo que las personas se encuentran frente a un desafío ético que las cuestiona en su forma de posicionarse, de ser agentes. Estos dos capítulos en su conjunto permitirán afirmar que agencia y afectividad emergen juntas; se refieren a los efectos de la interacción en un mundo compartido con otros y cómo esta influye en la forma de orientarse en el mundo. En la medida que las experiencias afectivas encuentran formas de ordenarse, se genera una perspectiva desde la cual se actúa; y que por lo tanto puede ser interpelada por los demás. Una vez aclarada la vinculación entre agencia y afectividad, se trabajará en el capítulo tres la noción bajtiniana de cronotopo. Se realizará un resumen del texto “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela” (Bajtín, 1989b) para mostrar cómo una determinada concepción de la espacio-temporalidad construye distintos modos de agencialidad y de afectividad. Estos tres capítulos constituyen un primer bloque que se puede denominar “más teórico” y donde es probable que algún lector se pregunté a dónde

³ La metodología de trabajo que se usó con los textos se ve reflejada en la misma estructura y ordenamiento de los capítulos.

ha ido el foco clínico de este trabajo. A dicho lector le pediremos un poco de paciencia; durante esta primera mitad haremos pequeños guiños a la clínica, sin embargo, resulta indudable que su principal peso estará puesto en una discusión filosófica que permita articular conceptos como: conocimiento de sí, agencia, responsividad, afectividad y temporalidad.

Sin embargo, una vez concluido este recorrido, nos embarcaremos en el capítulo cuatro donde pondremos nuestro foco de atención completamente en el modelo narrativo de psicoterapia. Durante este capítulo haremos una revisión de diversas fuentes bibliográficas para entender de qué manera se ha insertado la pregunta por la temporalidad en este modelo, y su evolución a través de los años. El capítulo cinco marcará el punto donde nos detendremos a pensar en las utilidades prácticas que dicho concepto puede aportar. Se van a extraer las conclusiones respecto a cómo se ha conceptualizado el tiempo en el modelo narrativo, rescatando algunas propuestas y poniendo otras en tela de juicio⁴.

⁴ Nos disculpamos con anticipación con todo aquél lector a quien le desagrada la escritura florida, este es un mal propio del autor de la tesis que ningún esfuerzo logró anular completamente. Esperamos que el contenido de esta tesis permita compensar en algo ese disgusto.

1) DEL CONOCIMIENTO DE SÍ Y OTRAS COSAS

Conocimiento de sí, agencia y ética

La pregunta por el conocimiento de sí es una pregunta que recorre los fundamentos mismos de la terapia narrativa. El principio foucaultiano de que el ejercicio del poder se realiza a partir de la constitución de ciertos saberes dominantes es señalado prontamente en el desarrollo de este modelo como uno de los ejes guías para la indagación clínica. White y Epston (1993) equiparán el proceso de la terapia a un ejercicio crítico respecto a las condiciones a través de las cuales las personas construyen sus propios relatos; en el prólogo a “Medios narrativos con fines terapéuticos” Tomm (en White & Epston, 1993) dirá: *“Nosotros, como humanos, no sólo damos significado a nuestra experiencia al «narrar» nuestras vidas, sino que también tenemos el poder de «representar» nuestros relatos gracias al conocimiento que tenemos de ellos.”* (p.13). La tradición filosófica que inspira a White supone que el saber es un principio necesario para cualquier producción discursiva: *“en la medida que la significación se refiere al conocimiento y en la medida en que las prácticas se refieren al poder, creo que significación, estructuras y prácticas son inseparables en sus aspectos constitutivos”* (White, 1994, p.30).

Sin embargo, tal y como lo señala White y Epston (1993) este poder/saber se ejerce desde el interior de la persona misma; existe una relación con dicho conocimiento que es lo que permite la reproducción de prácticas que limitan las posibilidades de comprensión de la experiencia de la persona, lo cual eventualmente decantará en la experiencia de malestar. En este sentido, el reconocimiento de esas formas de constituir y sedimentar un conocimiento relativo a uno mismo se vuelve un elemento importante para fomentar el ejercicio deconstructivo que busca realizar este modelo clínico (White, 1994). El sentido de ese ejercicio, tal y como señala el autor, se orienta a que en el marco de su propia vida *“las personas consultantes resulten coautoras privilegiadas (...)”* (White, 1995, p.25); para ello se vuelve relevante un ejercicio donde puedan reconocer las distintas fuerzas y creencias que circunscriben el marco de lo posible en la comprensión de uno mismo. El resultado de este proceso sería el desarrollo de nueva autoridad recobrada frente a uno mismo, a una

potencia para poder generar relatos alternativos respecto a sí mismo (White, 1994, 1995; White & Epston, 1993).

Ahora bien, cuando una persona se pregunta por sí misma, tenemos que preguntarnos ¿Cómo esta persona puede llegar a saber de sí misma? O aún más, este saber de sí misma ¿es un acto individual o un acto colectivo? Resulta rápidamente evidente que los autores del modelo a estudiar se decantan por la segunda opción. Es así como le darán un lugar privilegiado a la presencia de los otros (real o imaginado) en el proceso terapéutico: *“el testigo externo contribuye también a un contexto para la autoconciencia reflexiva, en que las personas se tornan más conscientes de sí mismas tal como se ven, y más conscientes de su participación en la elaboración de sus propias vidas”* (White, 1995, p.181), el ejercicio que la persona realiza sobre sus propios marcos de inteligibilidad requiere de la alteridad. Esto quiere decir que este ejercicio crítico no se funda en una interioridad *a priori*, sino que es en un ejercicio práctico⁵ enraizado en el mundo particular que cada persona habita⁶.

Tal y como plantea Antony (2002), el conocimiento puede ser entendido como el resultado de una acción, de la interacción entre conocedor y su medio ambiente; implica un proceso de determinación mutua que resta sentido en pensar un conocedor abstracto o desencarnado. De manera que se puede afirmar que el conocimiento de sí no apunta a desentrañar una verdad estática, sino que este se pone en juego y desarrolla en cada acto singular. En tanto práctica constante el conocimiento implica la agencialidad, la capacidad de actuar y ser uno quien comanda sus propias acciones (Schlosser, 2015). De ahí que no resulte azaroso que parte de los objetivos de la terapia narrativa sea ofrecer *“a todas las personas relacionadas con el problema la posibilidad de experimentar una nueva*

⁵ Para Foucault (2014) la pregunta por el conocimiento-de-sí originalmente es de orden espiritual en tanto esta considera que *“tal como es, el sujeto no es capaz de verdad pero que esta, tal como es, es capaz de transfigurarlo y salvarlo”* (p.38). Por lo tanto la problematización foucaultiana no busca caracterizar los principios desde los cuáles se puede definir claramente la naturaleza del autoconocimiento; más bien plantea la pregunta por el conocimiento-de-sí como una relativa al orden de la vida. Una pregunta que interroga a la persona en lo que es y cómo se presenta. Se trata de entender la relación del conocimiento-de-sí con el de la *“bella obra”* (Foucault, 2014, p.403), como una forma de construir la propia vida al modo de una obra de arte.

⁶Esta es la perspectiva que un modelo pragmatista (Calcaterra, 2017) ofrecería para entender el autoconocimiento. Se encuentran esbozos de esta perspectiva en la filosofía de Mijael Bajtin (1997) en su obra *“Hacia una filosofía del acto”* donde se señala el entrecruzamiento entre la dimensión práctica, estética y ética del actuar en el mundo. Más adelante desarrollaremos este punto.

sensación de agencia personal” (White & Epston, 1993, p.57), ese aumento de la sensación de agencia acompaña a las distintas prácticas de deconstrucción características de dicho modelo (White, 1994).

El reconocimiento de las formas de acción frente a uno mismo y frente a otro; de las formas en que cada uno se despliega en su relación con el mundo en tanto agente es una forma del saber de sí, que como profundizaremos más adelante, es un saber relacional y ético. Por lo mismo seguimos en este punto a Antony (2012), para quien la noción de agencia no debería ser asociada únicamente a la de una intencionalidad individual (Westlund en Schlosser, 2015), sino que la agencia sería más bien una propiedad relacional (Westlund en Schlosser, 2015). Una propiedad que emerge como el resultado de la implicación de un cuerpo con su entorno, no es algo que este vaya a descubrir en sí mismo sino algo que se produce. En esta implicación emergen las posibilidades de acción y de orientación de la conducta (es decir, las formas posibles de constituirse como agente), estas no están definidas de antemano de acuerdo a un cierto set de posibilidades, sino que emergen a propósito de las relaciones y conexiones que se establezcan con distintos elementos de su entorno. De ahí que la terapia narrativa se la vea con el desafío de tener que elaborar un marco comprensivo para el desarrollo de estas posibilidades y orientaciones.

Hasta esta parte del capítulo hemos trabajado la justificación de dos afirmaciones que sin embargo no han sido todavía puestas en común: 1) Que el conocimiento relativo a uno mismo, se funda en la autoridad conferida por el hecho de que es el individuo que actúa quien se ve impactado por sus propias acciones; que es agente. 2) Que la constitución del sí mismo como agente está en parte orientada por las relaciones que establezca con otros. La agencia implica una relación con otro. Pasaremos entonces a desarrollar cómo Bajtin nos ayuda a establecer la conexión entre ambas afirmaciones. Esto iluminará finalmente la pregunta central de este apartado ¿De qué manera la pregunta por el conocimiento sobre uno mismo tiene una dimensión ética? Y ¿Cómo esto se vincula a la pregunta por la agencia?

Bajtin y la ética al interior de la agencia

Diversos autores han buscado enfatizar la relación que se establece entre el conocimiento relativo a uno mismo y el compromiso que este conocimiento transporta. Sin embargo, en el presente trabajo nos enfocaremos principalmente en los desarrollos que realiza Mijail Bajtin. Esto por diversas razones. En primer lugar pues es a través de Bajtin (1997) que se logra visualizar de mejor manera el componente activo de la constitución de dicho saber, y por extensión, la dimensión ética de este que no puede ser asociada a una deontología (a la manera de Kant) sino simplemente al encuentro de las personas en un tiempo y espacio singular. De esta manera, nos sustraemos del riesgo de promover una lectura normalizante y moralizante respecto a qué le corresponde hacer a un sujeto con el conocimiento que tiene de sí, sino que entenderemos cómo la dimensión ética del conocimiento de sí se descubre constantemente, no se puede pregonar sin más. En segundo lugar, el autor nos permite desarrollar una noción dinámica de “agente” u “autor” que permite introducir al otro en su constitución. Esto, a su vez es coherente con los desarrollos posmodernos en terapia sistémica y narrativa. En esta ha tomado cada vez más fuerza la importancia de reconocer el proceso de co-creación entre terapeuta y paciente, desestimando la idea de un terapeuta experto que determina el curso de la terapia (Bertrando & Arcelloni, 2006; Bertrando, 2011; Pakman, 2014; White & Epton, 1993). Es así como se requiere poder desarrollar estas nociones (la autoría/agencia) lejos de las suposiciones de un completo control intencional de los resultados de la interacción; sino más bien ubicadas en un punto medio entre la completa responsabilidad de estos frutos y el desconocimiento de ellos (donde sería solo el resultado de la acción del otro). Diremos que es una autoría/agencia limitada en su control, pero no por ella desentendida. En tercer lugar, un enfoque bajtiniano permite poner en relación a la presente tesis con el conjunto de otros trabajos que ha intentado actualizar la terapia narrativa contemporánea con ideas filosóficas que intentan reencauzar el foco de la terapia en una preocupación por los procesos de subjetivación. Esto será visualizado con mayor claridad conforme se vaya avanzando en los siguientes capítulos.

En su texto “Hacia una Filosofía del Acto”, Bajtin (1997) trabaja el problema de la

distinción radical existente entre el mundo empírico y el mundo conceptual⁷. Lo que intenta señalar es que entre hablar de un acto y realizar un acto existe una diferencia experiencial radical⁸. Bajtin señala cómo el mundo conceptual, al teorizar respecto a las acciones concretas realizadas en un tiempo y espacio específico, despojan a estas su singularidad a través de su cosificación (Martins, de Freitas Leite & de Castro Pontes, 2012). En términos generales, la respuesta que Bajtin (1997) intenta desarrollar para salir de esta dicotomía es que toda acción de la persona tiene una dimensión ética que aúna ambos mundos a través de una toma de posición que marca los límites entre el “otro” y “yo” (Bajtin, 1997). El acto de una persona es un acto que siempre puede ser respondido⁹, y por ende despoja a esta de cualquier coartada (conceptual por ejemplo) para desentenderse de sus acciones. En este sentido, el desarrollo de una posición evaluativa, de un posicionamiento ideológico¹⁰ es lo que evita que un acto se convierta un mero objeto muerto (o solamente lingüístico). Bajtin está desarrollando una noción de la agencialidad que es definida como el habilitar un modo particular de relación con sí mismo y con los otros. Al ser una apertura al otro no se puede determinar a priori su objeto de interés u meta. Más bien, la agencia lleva al individuo a la posibilidad constante de ser intervenido por una alteridad, y la exigencia de hacerse cargo de ello.

Ahora bien, Bajtin (1997) es enfático en señalar que aun cuando todo acto implica un proceso (algo que se desarrolla de forma incesante), este está regido a su vez por una

⁷ División que replica la división que se ha realizado en el marco de la terapia entre vivencia empírica (o materialidad) y relato de este (Gálvez Sánchez, 2013; Pakman, 2014)

⁸ Superar este problema es a su vez uno de los principales esfuerzos de teorías contemporáneas en psicoterapia sistémica como en el caso de Marcelo Pakman (2014). Se retomara esta discusión en las conclusiones.

⁹ Esto está íntimamente vinculada con la forma en que la filosofía de este autor entiende la partícula fundamental del lenguaje: el enunciado. Su principal característica es ser una respuesta a otro enunciado así como su posibilidad de ser respondido (Bajtin, 1986; Voloshinov, 1930/1973). Se considera así que existe una estructura de encadenamiento en las producciones lingüísticas del humano, y que cualquier consideración aislada de uno de estos “eslabones” de la cadena implica una abstracción en torno al verdadero fenómeno vivo del lenguaje. La apertura a la respuesta de los enunciados implica un desborde a cualquier sujeto que intente apropiarse de ellos, en tanto este intento implica también una respuesta frente dicha cadena. Los enunciados entonces están siendo respondidos constantemente (y aun si no lo son pueden llegar a serlo) por lo que cualquier significado que se construya respecto a estos es contingente. No solamente pueden ser retro-significados, sino también que en su constitución opera la anticipación frente a algún tipo de respuesta (Bajtin, 1986).

¹⁰ Y aquí ideológico no entendido como político, sino como idiosincrático. Corresponde al desarrollo de una perspectiva singular de respuesta frente al otro y que puede ser a su vez respondida por ese otro.

serie de valores que le sirven de modo de orientación. Estos valores a su vez se encuentran articulados en función de un “principio arquitectónico”¹¹. Este concepto tiene distintos significados dependiendo de la esfera de aplicación; pero en lo relativo al campo del acto con los demás y con uno mismo, se refiere a que todo acto tiene que vérselas con una distinción ontológica fundamental entre el otro y yo. En este sentido, los valores estéticos, políticos, religiosos, espacio-temporales, morales, etc. tienen que vérselas con el hecho de que estos son parte de un individuo único e irrepetible. Y este principio arquitectónico no corresponde a algo fijo, sino que se está realizando de forma constante: *“un deber ser concreto es un deber ser arquitectónico: se trata de realizar mi propio y único lugar en la unicidad del acontecimiento de ser, y se define ante todo en cuanto una contraposición axiológica entre el yo y el otro”* (Bajtin, 1997, p. 80). Esta contraposición entre yo y otro es actualizada en cada acto; en tanto agente el individuo se da un lugar a sí mismo y le da un lugar al otro. La forma en que se entiende el propio rol en dicha acción determinará hasta dónde una persona responde frente al otro. La noción de agencia trabajada en terapia delimita los marcos posibles de responsabilización del paciente. **Constituye (y se constituye en) un tiempo y espacio de vida.**

¹¹ Es importante señalar que con esto Bajtin intenta alejarse de la noción de estructura, la cual es fuertemente criticada por V. Voloshinov (1930/1973) al señalar que privilegia la comprensión abstracta del ordenamiento sintáctico de una acción u enunciación. La noción de arquitectura se refiere a la aplicación concreta de una serie de valores en el acto real y espaciotemporalmente localizado, no en una abstracción (Bajtin, 1986)

2) EN BÚSQUEDA DEL TIEMPO Y LO AFECTIVO

¿Qué es un afecto y por qué hablar de ellos aquí?

Sobre conocimiento y cuerpo

En el capítulo anterior establecimos entonces una conexión entre conocimiento y acción (movimiento), y a su vez los conectamos con un problema ético. En este capítulo, profundizaremos las razones para afirmar que el conocimiento es el resultado de una acción más que de una mera reflexión. Hablaremos de la centralidad de la afectividad y temporalidad en los modos de relación de un sujeto consigo mismo. De esta manera, a lo largo de este capítulo nos centraremos en la dimensión del movimiento enfatizando el lugar de lo afectivo. En este primer apartado nos enfocaremos en hacer una breve reseña sobre cómo el estudio de las emociones ha ayudado a desafiar las nociones tradicionalmente asociadas al conocimiento, para posteriormente plantear la noción de afectividad como una forma más apropiada (para los intereses de esta tesis) de plantear nuestro foco de interés¹².

La herencia cartesiana en nuestra forma de pensar la mente nos ha llevado a pensar la mente como un componente activo en oposición a la pasividad que supuestamente tendría el cuerpo a la hora de conocer (Brown & Stenner, 2001). Sin embargo, existe otra forma de pensar que encuentra en el acto concreto de moverse y transformarse en el mundo un punto de encuentro entre ambos. Este sería, por ejemplo, el modo de pensamiento de autores como William James (2015), para quien¹³ la emoción es simultáneamente el cambio de un cuerpo al moverse y la percepción de este movimiento¹⁴. Bajo esta idea es que el

¹² Por lo mismo nos disculpamos con el lector por no poder hacer un recorrido extenso y digno para un tema tan relevante como el de la vida afectiva de los humanos. Evidentemente este problema puede ser abordado desde una infinidad de perspectivas, pero el tiempo finito y la paciencia de nuestros lectores nos obligan a limitarnos a solo una. En este caso particular lo que buscamos (y que idealmente quedará claro al final de este capítulo) es justificar por qué la pregunta por la temporalidad (que será el tema central de los capítulos tres en adelante) hace sentido de ser pensada desde el ámbito de lo afectivo.

¹³ Sin embargo, no es el único. Si al lector le interesa puede rastrear esta misma línea de pensamiento en otros autores como Spinoza, Bergson, Vygotsky.

¹⁴ Las lecturas de James que le atribuyen la idea de que la emoción es la evaluación cognitiva de las transformaciones del cuerpo **después** de estas transformaciones en realidad trabajan erróneamente una idea que en realidad corresponde a Carl Lange. Y de la cual James se distanció explícitamente (Haye & Carballo, 2017).

autor intenta señalar que la persona en su constante encuentro, desencuentro y contacto con el mundo, es transformado y acusa recibo de esta transformación a través de lo que denominamos emociones. Desde un autor distinto, pero con un horizonte común, es que Brown y Stenner (2001) usan a Spinoza para desafiar las nociones clásicas cartesianas que vuelven la mente en algo monolítico. En respuesta a esto, señalan cómo este filósofo permite pensar la mente constantemente entrelazada con el cuerpo a propósito de las condiciones espacio-temporales del ser vivo. Es decir, conocer es un proceso que afecta a cuerpo y mente por igual. Conocer implica necesariamente una experiencia de afección simultánea en el cuerpo y en la mente.

Estas mismas ideas han tenido impacto en el campo de la psicoterapia. Mientras que en sus inicios la emocionalidad se veía como un distractor para las intervenciones que apuntaban a cambiar la conducta de los individuos, o un atributo individual, en los últimos años en la terapia ha habido una mayor comprensión de su naturaleza relacional (Bertrando & Arcelloni, 2014). La emoción no solo se convierte en la expresión de una experiencia singular, sino también de una forma de estar inserto en el mundo (Carey et al., 2009); la emoción se visualiza como estando entremedio de las personas que constituyen el espacio terapéutico (Bertrando & Arcelloni, 2014). A su vez los desarrollos de Francisco Varela han servido a la terapia sistémica para encontrar un marco teórico desde el cuál reconocer la forma en que la mente es informada por el cuerpo en el acto de conocer (Zamorano et al., 2018). Esto lleva a afirmar que existe una forma actual de pensar en la dimensión de lo emocional como un problema fundamentalmente relativo a la interacción, a un proceso con cierta direccionalidad. Citando a Bertrando y Arcelloni (2015) *“every emotion comes from somewhere and goes somewhere”*¹⁵ (p. 125). Observemos cómo entonces la idea de la emocionalidad parece indisociable de la de cierto desplazamiento, de cierta movilidad u orientación. Esto será relevante pues servirá de elemento articulador con nuestro tercer capítulo.

Entonces, la capacidad de ser afectado, de entrar en relación con los objetos del mundo y que estos transformen al sujeto que actúa sobre ellos, nos lleva a empezar a pensar que la noción de emocionalidad no es suficiente para expresar la diversidad de modos en

¹⁵ “Cada emoción viene de algún lugar y va hacia algún lugar” (traducción propia).

que un cuerpo entra en relación con el mundo. No ayuda que la noción de “emoción” hoy en día se encuentre colonizada por un lenguaje que hace de ella una categoría para enumerar un supuesto número discreto de experiencias afectivas¹⁶. El mismo James (2015) ya escribía en su época las dificultades para hacer de las emociones una categoría lingüística que lograra abarcar todas las formas posibles de ser afectado. Es por estas razones que en esta tesis más que hablar de experiencias emocionales, hablaremos de experiencias afectivas. Consideramos que este término preserva aún cierta indeterminación que le dota de mayor flexibilidad para su aplicación que el concepto de “emoción”. Esperamos que sea posible apreciar que esto busca preservar la idea de que en el movimiento de un agente en el mundo, existen una serie de experiencias que lo afectan y transforman. Al articular esto con el apartado anterior, lo que debería empezar a visualizarse es que al incorporar la dimensión corporal al conocimiento que un agente tiene sobre sí mismo, vamos más allá de la comprensión intelectual que este pueda elaborar. **Existe una forma de implicación afectiva, una forma en que el cuerpo se transforma en su contacto con el mundo que es tan parte del conocimiento sobre uno mismo como la dimensión netamente lingüística¹⁷ u conceptual.**

El conocimiento de nuestra forma de implicación sería lo que a ojos de Spinoza habilitaría mayor actividad en nuestra relación con el mundo (Brown & Stenner, 2001). En la lógica cartesiana, la dimensión afectiva sería sintomática de ciertas fallas en la disciplina racional individual¹⁸. La noción que aquí estamos defendiendo¹⁹ es distinta. Significa pensar que a través de la consideración de los modos de implicación afectiva, de los principios en torno a los cuales se producen encuentros con el mundo, es que las personas se encuentran frente a un desafío ético que las cuestiona en su forma de posicionarse, de ser agentes. Pero esto a su vez se ordena en base a cierta serie de principios (sin que esto constituya una

¹⁶ Por supuesto que con esto hacemos referencia a la idea de “emociones básicas” que permea la forma cotidiana de aproximación a estas (Ekman, 1992). Esta forma de hablar de las emociones como estados discretos y fácilmente diferenciables entre sí, sin duda tiene sus ventajas para la investigación pero resulta insuficiente si nos preguntamos por la forma en que esa persona se involucra activamente con su mundo.

¹⁷ Aunque sin duda sería posible cuestionar siquiera si existe algo así.

¹⁸ Sin embargo, siendo justos con Descartes habría que señalar que en su texto “Pasiones del Alma” hay elementos para matizar esta lectura clásica que se hace de él.

¹⁹ Y que tributa a muchas más autores de los que sería útil citar en este espacio.

estructura inamovible²⁰). Estos principios, darían cuenta de ciertos márgenes en torno a los cuales la persona es afectada por y afecta a los otros. Por ello es que estudiarlos se vuelve relevante, pues si las formas en que un cuerpo es afectado no son universalizables (y ya hemos intentado mostrar varias veces que queremos alejarnos de esta idea) debemos idear una forma de cómo aproximarnos a esa singularidad²¹.

Otro giro más: ¿Qué es un afecto?

Las ciencias sociales parecen tener la mala costumbre de vivir en un mundo de eterno retorno conceptual. Es esto lo que ocurre con la noción de afecto que se encuentra muy en boga en la discusión filosófica contemporánea sobre el cuerpo (Lara, 2015). Spinoza la define así “*by affectus I understand the modification of the body by which the power of action of the body is increased or diminished, aided or restrained, and at the same time the idea of this modification*” (Brown & Stenner, 2001, p.89)²². En esta definición existen varios elementos a considerar.

En primer lugar el afecto es un fenómeno relativo a los cuerpos, a un mundo de encuentros, existiendo *en* la relación, en el “entre medio” de estos cuerpos (Seigworth & Gregg, 2010). Esto señala el potencial de un cuerpo para afectar a otros cuerpos y ser afectados por otros, de ahí que Spinoza señale la imposibilidad de determinar todo lo que un cuerpo puede llegar a realizar (Seigworth & Gregg, 2010). En este sentido, un afecto no es algo que pueda estar definido de forma unívoca antes de su experiencia concreta (esto marca una diferencia importante respecto a la forma en que solemos entender la idea de

²⁰ Recordar los desarrollos del capítulo anterior respecto al principio arquitectónico en Bajtin.

²¹ Reconocemos la ironía/aporía en plantear que al incorporar la dimensión corporal al conocimiento que un agente tiene sobre sí mismo vamos más allá de la comprensión intelectual que este pueda elaborar, y posteriormente plantear hacer un estudio teórico que permita orientar conceptualmente la pregunta por los principios en torno a los cuáles se dan estos modos de interacción. Es, como vimos en el capítulo pasado, precisamente la misma ironía/aporía que Bajtin (1997) intenta solucionar en su texto “Hacia una Filosofía de acto”; y por ende nuestra salida a esta dificultad rescatará lo que este señala. Es decir, que si bien en el hablar del mundo concreto, de la experiencia vivida, lo que hacemos es una tergiversación de este; no dejamos de asumir a través del concepto, un posicionamiento ético frente la representación de ese acto. En este sentido, si bien no podemos dejar de pisarnos la cola al intentar hablar del cuerpo o lo afectivo, lo que debemos apuntar es que al menos pisarse la cola sirva para producir una imagen de este cuerpo que nos ayude a un mejor modo de relación con el otro y con nosotros mismos

²² Por afecto entiendo las modificaciones del cuerpo a través de las cuales aumenta o disminuye el poder de acción de este, ayudado o limitado, y al mismo tiempo la idea de estas modificaciones (traducción propia).

emoción²³). Por lo mismo todo afecto elude su categorización en valencias de bueno o malo, y escapa un sistema de definición basado en oposiciones (Seigworth & Gregg, 2010). En el acto concreto que es movilizadado por el fenómeno afectivo nos encontramos frente a una forma singular, única e irrepetible de relacionarse con el mundo.

Esto nos permite también clarificar un segundo elemento de la definición de afecto spinoziano; ¿qué significa que el afecto implica también una idea de la transformación del cuerpo mismo? Más que suponer que con esto Spinoza busca afirmar que existe la posibilidad de representar de forma certera el objeto (único, delimitado y discreto) que produce esa transformación, de lo que se trataría es de cómo el afecto pone en relación una multiplicidad de experiencias de forma ordenada (Brown & Stenner, 2001). Hacer de la potencialidad infinita de sentido de los afectos algo coherente en los encuentros particulares con otros (y con uno mismo como otro)²⁴ es parte del desafío que se da en la unión entre razón y afectividad.

Por ejemplo, un escalofrío al escuchar una historia o canción todavía no es ni miedo, ni excitación, ni expectación, ni ansiedad sino hasta el momento en que esto se pone en relación con una serie de otros elementos como evaluación del contenido de esa historia, situación en que se narra, disposición a responder, etc. El escalofrío en sí contiene una potencialidad de sentidos posibles, pero la emergencia de estos depende del despliegue de ese afecto en un tiempo y lugar específico. Esta sería una diferencia fundamental entre el uso que le estamos dando a la noción de afecto y el uso cotidiano que hacemos de emoción (donde este ordenamiento ya se ha dado). Muchas veces nos encontramos precisamente con la dificultad de poder darle un ordenamiento coherente a una experiencia afectiva en el marco del transcurso de la vida. Pero precisamente esta dificultad se convierte en el centro de esa experiencia afectiva que lucha por encontrar un punto de anclaje desde donde convertirse en algo más que un mero empuje a la acción (o lo que imposibilita realizar una acción). Es por esto que hablar de afectos es hablar de una disposición, de una cierta tendencia que orienta el movimiento de un cuerpo, pero que no tiene la forma de una

²³ En el estudio teórico y experimental de las emociones la concepción de estas que suele predominar es la de categorías discretas diferenciadas entre sí de forma clara (Haye & Carballo, 2017). Al trasladar esto a psicoterapia, con lo que nos encontramos es con un intento de construir una semántica de las emociones.

²⁴ Por ejemplo al hablar de uno mismo, característica fundamental de la conversación terapéutica.

categoría universalizable. Es a partir de esto último que se puede explicar a su vez la referencia al aumento o disminución del poder de acción, y el por qué que para Spinoza la pregunta por lo afectivo está vinculado a una inquietud ética (Brown & Stenner, 2001). La comprensión de la propia situación es el medio a través del cual el sujeto puede tomar una posición activa frente a su relación con el mundo que se despliega. De esta manera los afectos aumentan o disminuyen el poder de acción pues son el medio primario de información de nuestros encuentros con otros cuerpos; son ellos los que informan de nuestro lugar. No existe una razón fría y desvinculada que pueda razonar y actuar a partir de puros axiomas lógicos; sino que dicha posibilidad se genera gracias a la carga afectiva que permite comprender y orientar la acción particular de un cuerpo en el mundo.

Localizamos acá una articulación entre la conceptualización de los afectos con nuestro problema por la agencialidad “*¿Quién o qué puede afectar sobre quién o qué?*” (Lara, 2015, p. 32). En el capítulo anterior señalamos cómo la noción de agencia puede ser entendida una propiedad que emerge relacionamente, y que esta lleva al individuo a la posibilidad constante de ser intervenido por una alteridad y la exigencia de hacerse cargo de esto (Bajtin, 1997). A su vez, en tanto propiedad emergente del encuentro entre cuerpos la pregunta por los afectos va asociada a una inquietud predominantemente centrada en torno al “¿cómo?” por sobre al “¿qué?” (Seigworth & Gregg, 2010). Es decir, la pregunta por la afectividad también es una pregunta relativa a las formas particulares en que una situación y movimiento específico se ordena (cualquier descripción estática de esta situación o acción es solo una vía de entrada para poder capturar algo de ese movimiento, no es un reflejo de este).

Todo lo anterior nos lleva a afirmar que agencia y afectividad emergen juntas, ambas surgen en y por el encuentro con la alteridad, y se retroalimentan mutuamente. **Las preguntas por la afectividad y por la agencialidad se refieren a los efectos de la interacción en un mundo compartido con otros, cómo esta influye en la forma de orientarse en el mundo**²⁵. El afecto pone en juego la capacidad de un individuo para constituir un modo de relación interesado frente al otro; a la vez que exige una toma de posición frente a esa alteridad. Frente a esa toma de posición no existe ninguna coartada

²⁵ Y esta orientación por el mundo a su vez influye en la forma de relación con los otros y con uno mismo.

que permite desresponsabilizarse (Bajtín, 1997). Lo afectivo es informativo de esos encuentros que se tienen con la alteridad, a la vez que exigen una toma de posición frente a sus efectos, una toma de posición entonces que se hace frente a un otro. En la medida que las experiencias afectivas encuentran formas de ordenarse generan, una perspectiva desde la cual a su vez se va actuar; y que por lo tanto puede ser interpelada por los demás. A su vez las acciones que así se orientan llevan a determinados tipos de encuentros y no otros, lo que entonces repercute en nuevas experiencias afectivas; repitiendo de forma infinita este ciclo. En este sentido es que entonces se puede empezar a ver cómo hablar de afectividad y de agencialidad no necesariamente significa cosas separadas.

Preguntémonos entonces por las formas particulares en que se da esta relación. El desafío de esta relación está en establecer cierta coherencia. Parte de la propuesta de esta tesis, será que una de las formas en que se lleva esta organización tiene que ver con las formas particulares de concepción de la espacio-temporalidad de la experiencia afectiva de un sujeto. Rechazando la concepción kantiana de un espacio y tiempo transcendentales, y más bien enfocándonos en las formas estilísticas en que estas aparecen en la experiencia singular de cada sujeto y que son transmitidas a uno mismo y a otro (por ejemplo a un terapeuta). Esto será desarrollado en el tercer capítulo a través de la noción de “cronotopo” bajtiniano. Sin embargo, antes de pasar a este capítulo realizaremos una breve introducción a la pregunta por lo temporal en el marco de la pregunta por la afectividad.

Tiempo=Movimiento

El encuentro entre distintos cuerpos requiere una coordinación entre sí que permita organizar la variabilidad de la experiencia de cada uno; si bien esto aplica para cualquier interacción, lo cierto es que en terapia cobra una relevancia fundamental ya que “*es necesario mantener la coordinación entre los tiempos y horizontes temporales dentro de un rango, de lo contrario se pueden producir bloqueos, rigidices, desorden o excesiva imprevisibilidad*” (Warnier Dupré, 2017, p.2). Las experiencias de encuentro, de acción, de intervención, en fin, la relación de uno mismo con el mundo, se da en una forma particular de tiempo y espacio vivido (Brown & Stenner, 2001; Lara, 2015). La posibilidad de poner en relación distintas experiencias, implica la capacidad de generar modos de ordenamiento

heterogéneos en torno a una lógica común. En el caso que nos interesa, el del encuentro terapéutico, el modo de ordenamiento temporal tiene a su vez la característica de introducir una relación reflexiva con la propia vivencia de ese encuentro (Warnier Dupré, 2017). Es decir, se trata de un encuentro donde el ordenamiento de la experiencia se vuelve objeto mismo de la experiencia. Se podría traducir esto en la forma coloquial ¿Cómo estoy poniendo en relación el pasado- el presente- el futuro? Y ¿Qué posibilidades se abren y cierran con esta forma de entender esa relación?

Como se puede extraer del capítulo anterior, la respuesta a estas preguntas tiene efectos en la relación con los otros y con uno mismo. Preguntarse por el tiempo no tiene como único objetivo fomentar la armonía entre distintas temporalidades como parece darse en ciertas perspectivas (White 1993), sino también con cómo se “danza” con los demás²⁶. En el movimiento por el mundo nuestros afectos, nuestras creencias y nuestros valores entran en contacto con otros, lo que implica un posicionamiento que nos abre a un diálogo con la alteridad; es en el movimiento en relación a otros que nos afirmamos como agentes activos, y en ese sentido es que el movimiento a través del tiempo y del espacio tiene una matriz fuertemente ética (Bøe et al., 2014). La experiencia del tiempo es el palpitar de un cuerpo que se encuentra inmerso en un mundo de alteridad, de un palpitar que lo obliga a tomar perspectiva para poder aprehender algo de esa infinidad de posibilidades que se le presentan para no quedar desincronizado o fuera de juego. Bergson (1907/1963) dirá que donde quiera que algo viva y se mueva, hay un intento de domeñar un mundo que se desenvuelve frente a sí más allá de cualquier posibilidad de captura completa. Movimiento y tiempo (y espacio) conforman una unidad indisoluble. Y la persona²⁷ se encuentra con la problemática de dotar de sentido este conjunto de afecciones, de ordenarlas en función de un principio que le permita actuar y tomar posición de forma coherente frente a esa alteridad que le desborda.

²⁶ Extraemos esta metáfora al hacer un uso más laxo del que aparece originalmente utilizado por Boscolo y Bertrando (1996) quienes señalan a propósito del encuentro terapéutico:

Dentro de esa relación surge un tiempo terapéutico, una “danza terapéutica” que es específica en cada situación: en ciertas terapias los acontecimientos se suceden a gran velocidad, en otras el ritmo es más lento. Cada terapeuta desarrolla su propia capacidad de bailar en el tiempo, su propia gama de posibles respuestas. (p.113)

²⁷ Aunque sin duda esto aplica a cualquier organismo vivo.

El presente trabajo se pregunta cómo las formas en que los pacientes construyen un relato sobre sí mismos tienen impacto en la manera que se entiende su campo de acción frente a sí mismos y frente a otros. En este sentido podemos recoger lo que Boscolo y Bertrando (1996) señalan en “Los tiempos del tiempo”:

Si en la relación entre dos personas, cada una reconoce la unidad de tiempo de la otra, pueden establecer un diálogo. Eso es imposible si cada uno piensa que hay una sola manera (la propia) de experimentar el tiempo. Las consecuencias, también en el plano clínico, pueden resultar bastantes serias. (p. 43)

Seguiremos la idea que el tiempo es configurante de la experiencia (Minkowski, en Warnier Dupré, 2017), pero que a su vez esta no se da de forma unívoca, sino que para comprenderlo hay que visualizarlo como *“un proceso de engranaje de múltiples temporalidades que residen en los cuerpos y la materia y que se despliegan y contraen en una situación dada”* (Lara, 2015, p. 25).

Como hemos visto, la pregunta por la temporalidad es una pregunta relativa a la de la afectividad, pues implica el problema de ordenar el movimiento con y para un otro. Ya que estamos todo el tiempo moviéndonos en conjunto con otros, hay una exigencia a poder coordinar estos movimientos; a que los tiempos de cada uno tengan cierto orden que permita un encuentro significativo. El configurarse como un agente, que responde frente a un otro, y puede ser interpelado por él, se da de la mano con el ordenamiento singular de las propias acciones, que va a responder al interés de aquél que se mueve. Sostener la idea de que la temporalidad es una de las dimensiones en que se da este ordenamiento permite decir, por ejemplo, que un movimiento que se organiza con una referencia constante al pasado va a tender a tener un impacto en la forma en que ese cuerpo puede responder frente al otro distinto a uno construido en referencia al futuro. De la misma manera, un movimiento que se ordena de forma intempestiva, colapsando distintos momentos temporales habilitará la emergencia de experiencias afectivas radicalmente distintas a una donde el paso del tiempo se vivencia de forma pausada y contemplativa. **En la organización particular del tiempo hay una guía, una orientación de la forma en que**

emergen de forma conjunta la agencialidad y la afectividad²⁸.

Le pediremos al lector un poco más de paciencia antes de pasar de lleno a la parte más psicoterapéutica de nuestro trabajo. El primer capítulo consistió en hacer surgir de la pregunta por el sí mismo la pregunta por la agencia y dar cuenta de su dimensión ética. El segundo capítulo ha tenido dos objetivos, en primer lugar presentar la noción de afecto y la pertinencia de pensarlo en relación con la pregunta por la agencia; y en segundo lugar, mostrar cómo hay lugar para preguntarse por la temporalidad al hablar de afectividad. El tercer capítulo entonces buscará desarrollar el concepto de “cronotopo” tal y cómo se presenta en la teoría bajtiniana; presentando discusión en torno al concepto y su vinculación con algunos de los elementos hasta acá desarrollados. Será este concepto el que propondremos como una forma efectiva de introducir la pregunta por el tiempo en la forma que la persona entiende su relación con sí misma y con los otros; dando cuenta de sus aportes para la psicoterapia.

²⁸ Una breve acotación. La pregunta por el tiempo no es para nada algo nuevo en el campo de la psicoterapia y salud mental. Diversos autores como Minkowski, Billwanger, Fuchs (Fuchs, 2013) han buscado señalar las relaciones existentes entre diversas patologías psiquiátricas y distorsiones en la forma de vivencia y ordenamiento del tiempo. Sin embargo, el presente trabajo no se enmarca en la tradición de estudios que buscan generar “estilos temporales” (Minkowski, en Warnier Dupré, 2017) de distintos cuadros psicopatológicos. No se trata de elaborar una fenomenología de la percepción y acción de los pacientes; sino de ver los efectos de este ordenamiento en la forma que entiende su propia agencia.

3) ESPACIO Y TIEMPO EN BAJTIN

¿Qué son los cronotopos y por qué nos importan?

Un modo de presentar la vida.

Podemos ahora hablar con más propiedad de la relación de la temporalidad con la forma en que la persona entiende su relación con sí misma y con los otros. De esta indagatoria es que propondremos una serie de consecuencias y aportes para la psicoterapia. Sin embargo, será necesario primero realizar una breve reseña respecto a las distintas maneras en que la espacio-temporalidad aparece en la obra de Mijail Bajtin. Nos concentraremos en el concepto de **cronotopo**, dado que es este el concepto ancla para la revisión de la teoría narrativa que realizaremos en el próximo capítulo y de las series de propuestas teóricas y prácticas en el capítulo cinco.

Bajtin (1989b) extrae el concepto de cronotopo del mundo de la física y de la biología²⁹ para referirse a las relaciones temporales y espaciales. El cronotopo es la categoría que da cuenta de la manera en que tanto el tiempo como el espacio se vuelven experiencias concretas y no simplemente condiciones transcendentales de la experiencia. Implica un proyecto de realidad, una concepción de mundo en torno al cual se da la acción del individuo pero también en torno a la cuál este organiza los efectos de esta acción. En su estudio “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela” Bajtin (1989b) se concentra en distintas transformaciones cronotópicas en la historia de la novela. A continuación entonces repasaremos cada una de estas de manera de poder graficar de forma más clara la forma en que este autor usa la categoría de cronotopo.

²⁹ Un antecedente importante de este concepto se encuentra en la noción de “órgano funcional” del fisiólogo Ujtomski (Shuare, 2010) quien lo entiende “*como cualquier combinación temporal de fuerzas, capaz de llevar a cabo un determinado logro o la distribución de la actividad en el espacio y el tiempo*” (p.446).

Seis cronotopos para partir

El primer cronotopo analizado por Bajtin (1989b) corresponde al del “tiempo de la aventura”. En esta espacio-temporalidad, los eventos suelen aparecer como obstáculos que dificultan la concreción de una ceremonia que suele ser matrimonial. Así es que frente a un impulso inicial violento e instantáneo (que suele ser de enamoramiento) el protagonista se ve separado de su amor, esta separación solo es superada luego de una serie de peripecias que llevan a este personaje a recorrer un mundo amplio y que le es completamente ajeno. Sin embargo, al volver a reencontrarse es como que nada hubiera pasado; como que el tiempo entre el momento inicial del enamoramiento y el tiempo final de las nupcias no hubiera sido interrumpido por un sinfín de aventuras. Es así como estos eventos a la larga no importan, el resultado final es indistinguible de una trama en donde no hubiera habido ninguna aventura. Lo único que tiene impacto real en esta novela son los dos puntos ubicados en los extremos de la narración.; todo lo demás es solamente un hiato que esta fuera de su tiempo biográfico. El único tiempo y el único espacio que deja huella es el que se vincula con esos dos puntos de anclaje, todo lo demás se diluye producto de su atemporalidad y su existencia en un mundo que le es completamente ajeno. En este cronotopo todo da lo mismo, dan lo mismo los lugares que se visiten, da lo mismo cuanto tiempo se esté en ellos o cuánto tiempo pase, da lo mismo a quienes se encuentre. Lo único que está sujeto a una valoración son esos dos momentos que marcan el inicio y fin de la historia. No existe en este cronotopo la toma de una perspectiva ideológica³⁰ ya que incluso esos ejes están predefinidos en la forma de ser valorados.

Por su parte las aventuras se dan por mero azar, no producto de la intervención del personaje ni de su iniciativa sino simplemente “del destino”. Sin duda que este actúa, después de todo tiene que superar esas peripecias, pero no hay ningún posicionamiento personal frente a lo que le ocurre, es como si solo dijera “me ocurrió” pero nada más. No existe iniciativa ni poder; producto de esto se puede hablar que la imagen del personaje es la de un ser “*pasivo e inmutable*” (Bajtin, 1989b, p.258) pero que coincide todo el tiempo completamente, no hay quiebre consigo mismo, no hay momento de crisis. Y no solo

³⁰ Recordamos que en el marco de la teoría de Bajtin un posicionamiento ideológico es algo más amplio que un posicionamiento político. En línea con lo señalado en el primer capítulo, ver pie de página 10.

ocurre esto con el personaje, sino también con la misma vivencia del mundo como algo incapaz de afectar o transformarlo. Todo acción, todo desplazamiento de este es solo para volver al lugar de inicio. El tiempo transcurre sin que importe nada más que inicio y fin.

El segundo cronotopo estudiado corresponde al de “la novela de aventuras costumbristas”. Fundamental en este resulta que el camino emprendido por las aventuras es el de la metamorfosis, en particular la metamorfosis identitaria del personaje. La metamorfosis a su vez entendida no de forma lineal, sino a saltos y que está constituida alrededor de momentos cruciales. Es así como la narración permite visualizar “*la manera en que el hombre se convierte en otro*” (Bajtin, 1989b, p.268). La temporalidad es aquí una temporalidad de crisis y renacimiento, donde estos momentos tienen una pregnancia afectiva (por sus efectos) de larga duración, ya que son precisamente estos los que determinan todo el carácter del protagonista. Es una temporalidad que permite proyectar al individuo de forma indefinida hacia el futuro a partir del señalamiento de las razones que lo han llevado a ser como es. El carácter de irreversibilidad de las acciones toma centralidad acá. Si bien en este cronotopo el espacio empieza a volverse menos abstracto y empieza a cargarse de sentido, en vez de ser el mero contexto de una acción fortuita es un espacio circunscrito a la esfera de lo privado. Los espacios significativos se dan fuera de los marcos de la vida corriente, la metamorfosis es algo que se soporta y frente a lo cual se permanece inmutable. El personaje es responsable frente a dicha metamorfosis mas no por ello es agente de esta. Precisamente por este carácter privado e individual es que el tiempo en el cronotopo de las aventuras costumbristas se encuentra dividido en torno a fragmentos separados. No hay una sociedad frente a la cual se pueda generar una integración, sino simplemente una vivencia personal que hace de ellos momentos fundantes de su ser. Es como si frente a la temporalidad histórica que se mueve en línea recta existiera una temporalidad privada que la cruza perpendicularmente sin articularse con ella.

A continuación Bajtin (1989b) estudia distintos tipos de cronotopos asociados a distintas formas de la biografía. Respecto a las biografías “de la conciencia pública del hombre” rescata la importancia del espacio del *ágora* dado que es ahí donde el hombre logra una unidad completa consigo mismo. En tanto existencia meramente pública lo que lo define es solamente aquello que ocurre en la *ágora*. La misma experiencia afectiva se ve

influida por esta exterioridad del ser que solo permite realizar valoraciones sobre los afectos en la medida que se modifica su intensidad expresiva. Esta exterioridad es también lo que permite que la dimensión temporal de la vivencia de sí pueda ir más allá de lo inmediato en tanto se vincula con los antepasados, con la idea de una historia familiar con una historia pública que la define. El tiempo importa en tanto da cuenta del linaje.

Posteriormente Bajtin (1989b) encontrará otras dos formas de biografía antigua. A la primera le denominará “energética” y la segunda “analítica”. La primera implica que *“la existencia y la esencia del hombre no constituyen un estado, sino una acción, una fuerza activa”* (Bajtin, 1989b, p.293). Es decir, la realidad del personaje existe solo en la acción, solo los hechos concretos. El espacio y tiempo concretos de la acción existen solo como medio de la revelación del carácter más no son formadores de ellos. La biografía no corresponde aquí a una cronología unitaria del personaje, no puede constituir una imagen sólida sino que es un medio que permite revelar la forma en que se despliega caso a caso la verdad de ese ser.

Por su parte la biografía analítica implica el esfuerzo por ordenar de manera externamente consistente una serie de eventos que no necesariamente son continuos temporalmente, pero que por su contenido permiten dar cuenta de cierto aspecto específico del carácter. Todos los espacios de la vida, desde la vida social, a la familiar, la fraternal, la política, etc. implican el despliegue de distintos rasgos que deben ser tomados en consideración.

Más allá de sus diferencias, en estos tres casos estudiados empieza a haber una descomposición de la exterioridad pública del humano, empiezan a abrirse la posibilidad de existencia de esferas espaciales diferenciadas entre lo público y lo privado. Lentamente la consistencia del mundo que se habita empieza a fragmentarse y con ello también aumenta la posibilidad de pensar distintas formas de ordenar temporalmente los eventos.

El cuarto cronotopo corresponde al de la novela caballerescas, en este nuevamente encontramos el tiempo fragmentado en una serie de aventuras, nuevamente lo imprevisible aparece como determinante de las acciones que esperan al protagonista. Sin embargo, aquí lo imprevisible se convierte en regla y foco de interés, es precisamente la constante existencia de casualidades lo que le permite a este sostener su consistencia identitaria. El espacio así se convierte en un espacio milagroso rico en potencial para despertar el asombro

de sus habitantes. Es un cronotopo definido por lo milagroso o lo mágico. Sus rupturas espacio-temporales generan una disposición activa del protagonista ansioso de verse reflejado en la reacción frente a ellas. El tiempo y el espacio son completamente capturados por la individualidad del héroe que parece entrar en tensión con el tiempo histórico de los otros. La vivencia de los eventos, de su secuencialidad pierde relevancia en tanto dificulta el interés del protagonista. La separación entre la temporalidad de este cronotopo y la del tiempo histórico que progresa de forma horizontal hacia delante no es absoluto, sino que constituye más bien una tensión siempre presente.

Al quinto (y penúltimo) cronotopo es al que Bajtin (1989b) le dedica más espacio. Este es el que se encuentra en la novela rabelaisiana. En esta las dimensiones espacio-temporales se agigantan en relación directa con los valores que representan. Así por ejemplo, todo lo bello o valioso se encuentra por doquier en los paisajes; las piedras preciosas por ejemplo, en tanto bienes preciados cubren todos los terrenos de manera de dar cuenta de lo importantes que son. Además es un cronotopo que desarma las relaciones típicas entre cosas del mundo, creando conexiones novedosas e inesperadas entre elementos que de lo contrario no se encontrarían. Se mueve entre un momento de destrucción y un momento de creación que sin embargo son solo parte de un mismo proceso. El cronotopo rabelaisiano es una respuesta a las vicisitudes de la forma del tiempo folclórica. Esta ancla su visión del tiempo en la ciclicidad del trabajo agrícola, donde el espacio es vivido como espacio colectivo y las distintas esferas de la vida (trabajo, consumo, sexualidad, familiar) se encuentran indiferenciadas. Hay una unidad en el tiempo folclórico que ya viene dada por la misma naturaleza, de la cual el humano es solo una parte más.

Frente a la descomposición de esta unidad de mundo (producto de la ilustración), Bajtin encuentra en Rabelais una espacio-temporalidad capaz de reconstruir esa unidad folclórica cada vez más difusa, el paso del tiempo deja de ser un camino que lleva a la destrucción, y se vuelve más bien un tiempo que se mide en base a su potencial creativo. Aquellos espacios de la vida que se vuelven sacralizados por la diferenciación del trabajo se vuelven a unir bajo la forma del humor o lo grotesco. Por ejemplo, el momento de la bebida, de la comida, o el de la sexualidad son representados fuera de toda solemnidad. Se abre la posibilidad de mostrar las excreciones, las flatulencias, los dolores, los olores, lo

grotesco pero solo para mostrar lo humano en estos momentos; los ritos religiosos de los monasterios se muestran como solo formas de rellenar los espacios entre momentos de placer gastronómico. La existencia deja de estar sujeta a las valoraciones que se imponen oficialmente de cómo deben ser vividos estos momentos. Encontramos nuevamente una imagen del humano completamente exteriorizada aquí, existe en tanto acción y en tanto diálogo. Producto de esta publicidad, pero también de esta destrucción de las formas típicas de estructuración de la vida cotidiana, es que el tiempo no se fragmenta en virtud de diversas series funcionales para la vida cotidiana, sino que es un tiempo que se ordena de forma independiente de cualquier definición a priori. La temporalidad (re)encuentra así un soporte social en el cual introducir el ciclo individual de la vida, superando así los límites propios del tiempo de vida del sujeto individual.

Finalmente llegamos al cronotopo idílico. Bajtin (1989b) subdivide este cronotopo a su vez en distintos tipos (idilio de amor, de trabajo agrícola, del trabajo artesanal). En todos estos vuelve a aparecer un intento de restablecimiento del tiempo folclórico. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con el cronotopo rabelaisiano, en estos el espacio permanece estático y aislado del resto del cosmos. La vida se encuentra localizada en un microuniverso del cual no sale y donde además se prolonga de forma ilimitadamente larga. Vuelve a haber como en el caso anterior una atenuación de las fronteras espacio-temporales con el otro, pero para introducir la vida en una ciclicidad carente de ímpetu creativo. A su vez los eventos relevantes están limitados a una serie de realidades cotidianas (amor, nacimiento, muerte, matrimonio, trabajo, comida, bebida, envejecimiento) los que se vuelven fundamentales para la comprensión de la vida en contraposición a los eventos irrepetibles. Se realiza una sublimación de esta cotidianeidad.

Las imágenes cronotópicas

Hemos hecho una revisión que ha intentado reflejar lo esencial de los distintos cronotopos estudiados por Bajtin. Dicho autor reconoce que estos no pueden terminar de agotar las posibilidades de creación artística, así como la posibilidad de que cada cronotopo incluya a su vez una serie de otros cronotopos en relaciones de coexistencia, combinación,

sucesión, confrontación o interrelación, etc. (Bajtin, 1989b). En este sentido cualquier aplicación de la noción de cronotopo al campo de la psicoterapia debe estar atenta a cómo estos se pueden dar de formas novedosas en el diálogo terapéutico al margen que los seis casos hasta aquí presentados puedan dar orientaciones. Todavía queda por señalar cómo este concepto aporta a la comprensión de la relación entre experiencia afectiva y agencialidad. Bajtin (1989b) parte su texto señalando “*entendemos el cronotopo como una categoría de la forma y el contenido*” (p.237) ¿A qué se refiere con esto?

Además de constituir una organización de la narrativa, también vivifican los relato; al introducirlos en una imagen singular del mundo en vez de una noción generalizable o abstracta. Lo convierte en algo más que materia significativa para hacer surgir la vitalidad del hablar humano³¹. Citamos *in extenso* a Bajtin (1989b) en este punto:

(...) aparece clara la importancia figurativa de los cronotopos. En ellos, el tiempo adquiere un carácter concreto-sensitivo; en el cronotopo se concretan los acontecimientos argumentales, adquieren cuerpo, se llenan de vida. Acerca de un acontecimiento se puede narrar, informar; se puede, a la vez, dar indicaciones exactas acerca del lugar y tiempo de su realización. Pero el acontecimiento no se convierte en imagen. Es el cronotopo el que ofrece el campo principal para la representación en imágenes de los acontecimientos. Y eso es posible, gracias, precisamente, a la especial concentración y concreción de las señas del tiempo – del tiempo de la vida humana, del tiempo histórico- en determinados sectores del espacio. (...) De esta manera, el cronotopo, como materialización principal del tiempo en el espacio, constituye para la novela un centro de concreción plástica, de encarnación. (pp. 400-401)

El cronotopo permite narrar los acontecimientos de una forma vitalizada, implica lo que llamaremos una imagen de mundo. Con esta nos referimos a la totalidad de sentido que configura una posición ideo-afectiva desde la cual la persona se relaciona con el otro, totalidad que asimila la multiplicidad de acontecimientos de la vida en una unidad que da cuenta de una posición ética y estética. Ética en tanto compromete una posición frente al otro y frente a uno mismo que se encuentra abierta al comentario del otro y por ende implica un compromiso ineludible frente a estos; y estética en tanto crea un mundo singular que no se puede reducir a lo que estaba ya predefinido. Las imágenes de mundo

³¹ Esta concepción viva del lenguaje será denominada en el marco de la teoría dialógica como discurso.

que se construyen a través de los diversos cronotopos, funcionan a la manera de proposiciones respecto a un modo de vincularse con los acontecimientos que se narran. Es decir, se produce una perspectiva desde la cual se pueden (re)vivificar las acciones que se narran; introduciendo al relato un carácter afectivo gracias a las relaciones espacio-temporales que genera.

De ahí que Bajtin (1989b) señale que los cronotopos sean tanto una categoría de forma como de contenido. Son de contenido ya que ponen al relato en relación con el mundo y con aspectos de este, por ejemplo haciendo uso de conceptos o de valores sociales. Pero son también de forma, en tanto son la “*expresión de la actitud axiológica activa del autor-creador y el receptor (copartícipe en la creación de la forma frente al contenido)*” (Bajtin, 1989a, p.63) es decir expresan una actividad creadora (que implica siempre más de una voz) que da cuenta de la singularidad, de la apropiación de un determinado contenido. Implica un contenido (semántico, por ejemplo) pero en una forma única de concretizarse y ponerse en relación a otro. Por esto es que las imágenes del mundo cronotópicas son imágenes ideo-afectivas. Por un lado hacen confluír un posicionamiento ideológico del mundo, en tanto implica una determinación de aquellos elementos relevantes en la constitución de este y que a su vez pueden ser respondidos por otros. Y por otro lado, implican una valoración sensitiva que señala la forma de vivenciar y moverse en ese encuentro con los otros y con uno mismo.

El cronotopo acarrea siempre una posición valorativa frente al mundo, como resultado de esto es que el mundo deja de ser un conjunto de objetos predefinidos (o que se adoptan de forma pasiva) y se introduce un momento emotivo-valorativo en la relación con este. En los distintos ejemplos de cronotopos que hemos visto se visibilizan los diversos esfuerzos que se han realizado a través de la historia de la literatura por constituir la espacio-temporalidad de sus personajes de maneras singulares. De manera análoga, cuando nos preguntamos en la psicoterapia por nuestros pacientes resulta relevante indagar en la forma en que estos hacen frente al mundo material cargándolo no solo de un contenido intelectual, sino también de un contenido afectivo que es causa y consecuencia a su vez de cualquier contenido ideológico.

Frente a la inquietud creciente en la psicoterapia de que esta está contraponiendo lo afectivo con lo cognitivo o meramente semántico (Galv3ez Sanchez, 2013; Pakman, 2014) como dos formas de vida separadas, los desarrollos de Bajtin (1997) permiten sostener que tanto lo afectivo como lo cognitivo se re3unen en el problema com3un de la existencia concreta frente a otro y frente a uno mismo. Consideramos que la terapia se ve nutrida en la medida que considera que en el discurso del paciente no hay solo un intento por representar un acontecimiento, sino que tambi3en da cuenta de la constituci3n de una imagen de mundo que organiza y distribuye espacio-temporalmente la acci3n y la forma de ser afectado. En la toma de posici3n frente a esta imagen, el sujeto se constituye a s3 mismo, se afecta, se mueve, aparece. La visibilizaci3n de las formas cronot3picas de existencia, ofrece la posibilidad de incrustar el relato del paciente no solo en una dimensi3n cognitiva (como comentario o conversaci3n de acontecimientos relevantes para este) sino de hacer notar de qu3 manera se habilitan o imposibilitan la emergencia de afectos vinculados a estos. Por ende esta visibilizaci3n permitir3a enriquecer su comprensi3n en tanto agente frente al otro y a s3 mismo. Este un medio que permite hacer notar que incluso antes de cualquier acontecimiento del que se hable en terapia, incluso antes de que haya una toma de posici3n discursiva respecto a alg3n evento de inter3s, ya hay constituido un mundo que se habita de determinada manera y que orienta las formas posibles de habitarlo y hablarlo.

A pesar de esto, debemos ser cautelosos, y no suponer ingenuamente que frente a las cr3ticas contempor3neas que han se3alado la distancia en la terapia entre la dimensi3n pulsante y vital del cuerpo y el uso de palabras, el cronotopo basta para re-armonizar ambas dimensiones³². Pero tampoco resulta provechosa una posici3n pesimista que se lamenta del abismo infranqueable que se abre entre ambos mundos, como si correspondieran a realidades ontol3gicas distintas. Parece m3s bien, que en la relaci3n entre ambos se genera un espacio fruct3fero para trabajar, y es el concepto de cronotopo una herramienta que parece 3til para ir a cosechar precisamente en este terreno una

³² “Como hemos dicho, entre el mundo real creador y el mundo representado en la obra, existe una frontera clara y fundamental”. (Bajtin, 1989b, p.404)

comprensión más viva del relato de los hablantes³³. Bajtin (1989b) terminará su ensayo con unas líneas que resultan seductoras para todo terapeuta que se haya encontrado con esta problemática en su quehacer: “*la entrada completa en la esfera de los sentidos sólo se efectúa a través de la puerta de los cronotopos*” (p.408).

¿Cómo traer los cronotopos al campo de la terapia?

Cualquier transposición al campo de la psicoterapia de teorías diseñadas para ser aplicadas en otros campos exige cierta precaución y flexibilidad que implica tomarse ciertas licencias frente a estas. Es en este sentido que haremos un recorte a lo hasta ahora expuesto de manera intencionada para nuestros objetivos, sin esperar lograr con ello una apropiación que le haga plena justicia a la profundidad del concepto. Tampoco buscamos generar una tipología cronotópica de la psicoterapia³⁴.

Presentaremos a continuación una serie de preguntas u orientaciones que el estudio de los cronotopos aporta para la producción de una terapia donde la temporalidad adquiera un rol central, más allá de su conceptualización únicamente como foco organizador de la narrativa. Estas preguntas (o focos de indagatoria) buscan ayudar al terapeuta a dilucidar en conjunto con el consultante las formas en que este se constituye como un agente en el mundo, pero un agente orgánico y encarnado en el mundo. Que es afectado por y afecta a, otros cuerpos, cuya acción con estos no se da en un mundo ideal u homogéneo, sino que su singularidad yace precisamente en el hecho de habitar un(os) mundo(s) completamente inaudito(s). Buscar crear nuevas imágenes, metáforas, ideas, etc. para alcanzar estos mundos es un trabajo que ningún psicoterapeuta debe dejar de realizar.

Algunas claves cronotópicas (iniciales) para la clínica

Una primera inquietud que el estudio de los cronotopos acrecienta, es la pregunta por la relación existente entre contingencia y agencia. Es esta una pregunta que aparece en

³³ Dice Bajtin (1989b): “*a pesar de que sea imposible la fusión entre el mundo representado y el creador, a pesar de la estabilidad de la frontera entre ellos, ambos están estrechamente ligados y se encuentran en permanente interacción*” (p.404)

³⁴ Así que si, por ejemplo, alguien espera encontrar una transposición entre por ejemplo el cronotopo rabelaisiano y una terapia posmoderna se decepcionará de las siguientes páginas.

diversos cronotopos mencionados. En algunos de ellos la agencia queda reducida a ser solamente la respuesta física (y por ende sin ninguna construcción ideo-afectiva) a las vicisitudes que el camino interpone al personaje, mientras que en otros casos la contingencia se vuelve un verdadero punto de transformación interior para este; siendo más que una mera anécdota en el relato sino un punto de inflexión que si bien se escapa en su origen del control del individuo se vuelve el foco de su transformación.

Cabe preguntarse entonces de qué manera se inserta la contingencia en los relatos que escuchamos, si como un cuerpo extraño que interviene en la sucesión de los eventos y sobre el cual solo cabe responder pasivamente, o un cuerpo extraño que sin embargo permite una transformación de los modos de relación con otros, o si más bien el azar desaparece del relato y todos los eventos aparecen marcados con la seña del destino cargados de significados preestablecidos (como por ejemplo se observa en la novela caballeresca).

¿Qué hace esta persona ante la contingencia? ¿Qué posición toma frente a esta? ¿Cuánto peso tiene la contingencia en la comprensión de sí mismo y del otro? ¿Frente a qué se puede responder y frente a qué se paraliza? ¿A qué valoraciones o afectos suele estar vinculada la contingencia? ¿De qué manera se introduce la contingencia en la forma en que la persona organiza el relato frente a sí misma?

Desde cronotopos donde existe un momento de crisis definitivo que tiene efectos en el carácter del personaje que se extienden indefinidamente hasta el futuro, hasta otros donde la crisis parece olvidarse tan pronto como se supera, pasando por otros donde la metamorfosis y crisis son constantes, encontramos una gran diversidad en las formas en que aparecen la metamorfosis y la crisis en los cronotopos estudiados. Constituyen así también visiones distintas de la cotidianeidad, donde en algunos casos como en el idilio hay una elevación al grado de lo sublime de lo rutinario, mientras que en casos como la novela caballeresca se trata más bien de la anticipación constante de un mundo lleno de sorpresas y momentos mágicos. Más que suponer que estos son momentos que necesariamente se dan en cualquier relato de cualquier paciente resultaría más provechoso preguntarse cuál es el sentido de que aparezcan o no en este. ¿La metamorfosis tiene un lugar central, liminar o es inexistente en relato del paciente? ¿En relación a que aparece? ¿Los momentos de excepción o de crisis quedan incluidos en el relato o más bien algo que es imposible de re

articular? ¿Son estos momentos que se encuentra "fuera" de su tiempo de vida o en el marco de la vida cotidiana? ¿En qué lugares y en qué momentos han podido aparecer? ¿Qué pasaría si en el relato del paciente se introdujera el momento de crisis? ¿Cuándo ha ocurrido cómo los vivenció y que efectos tuvo sobre sí? ¿Qué característica espacio-temporales había al momento en que estos momentos aparecieron? ¿Qué afectos hacen aparecer esos momentos? ¿De qué manera aparece su propia capacidad de responder frente a estos? ¿Son vistos como contingencia o no?

Retomando la inquietud por la configuración de los puntos de inflexión, también se vuelve importante preguntarse cuáles son (y cuál es la relación con) los puntos de anclaje más cargados ideó-afectivamente por parte de los pacientes. Recordemos por ejemplo, como en la novela del tiempo de la aventura todo el relato se da entre medio de dos puntos narrativos (el enamoramiento y su consumación) y donde el resto de la acción se vuelve solamente un relleno sin poder transformativo para el personaje. En el cronotopo idílico por otra parte son las acciones vinculadas al proceso de transformación de la tierra (agricultura, reproducción, muerte) las que se vuelven el centro organizador del relato. De la misma manera resulta provechoso preguntarse cuáles son los eventos que se repiten en el relato de nuestros pacientes, de qué manera estos relatos se conectan entre sí, así como las posiciones ideológicas y afectivas que aparecen en estos momentos. De la misma manera el contraste de estos momentos con los restantes que pueden tener menos presencia narrativa entrega posibilidades importantes para reconocer valores fuertemente enraizados en la manera que la persona se mueve por el mundo; y aquellos que quedan ausentes no necesariamente por inexistentes. ¿Cuáles son los focos narrativos de nuestro paciente? ¿Qué creencias, valores y afectos se encuentran presentes en ellos? ¿Estos son exclusivos de estos momentos o se dan también en otros momentos menos centrales? ¿Cuánta importancia relativa tienen aquellas acciones que se salen de la secuencia producida por dichos focos?

Estos focos narrativos no necesariamente tienen que responder a eventos, sino también a lugares. En distintos cronotopos vemos la emergencia de distintas valoraciones de distintos escenarios, sea el camino del aventurero, o la tierra natal, o el país desconocido; el espacio por más concreto que sea no deja de estar repleto de una carga afectiva. Vale la pena entonces focalizarnos en los lugares y paisajes que dibujan e imaginan nuestros

pacientes ya que en ellos reconocemos el recuerdo de una cierta forma de experimentar el mundo. ¿Qué experiencias afectivas aparecen en ellos? ¿Importan realmente o sus relatos se dan en un espacio abstracto y vacío? ¿Cuáles son los espacios físicos que insisten en sus narraciones? ¿A qué se vinculan estos espacios? ¿A qué momentos de su vida o a que eventos? ¿Son lugares que se vinculan con algún recuerdo o alguna expectativa?

Vinculado a esta pregunta se encuentra también la inquietud por la dimensión de lo público y lo privado. Observamos cómo en los distintos cronotopos biográficos el espacio público implicaba una valoración de aspectos de sí mismo y del otro que no se centraban en el mundo interno sino en la acción con los semejantes, en relación a esto la temporalidad del propio individuo se ensanchaba para abarcar a sus antepasados en tanto el individuo deviene representante de un linaje frente al *ágora*. En este sentido la vida enteramente pública bien puede decantar en una experiencia del tiempo dilatada por las responsabilidades que conlleva frente al otro y frente a uno mismo; pero también encontramos como la vida y temporalidad pública pueden entrar en conflicto con la perspectiva de una vida que tiene su propio horizonte de sentido (novela caballeresca) u otros casos donde es precisamente la publicidad de la vida la que permite su transformación constante (Rabelais). Pensemos también como el mismo recorte de la experiencia, la construcción de un relato sobre sí mismo se ve influido por la publicidad o privacidad del relato, las biografías energéticas y analíticas son distintas formas de responder a esta pregunta. ¿Cuál es la relativa relevancia ideo-afectiva de los espacios públicos y privados? ¿A qué recuerdos o proyectos responden? ¿De qué manera lo público y lo privado se insertan en el marco secuencial del propio relato? ¿Se vuelven un imperativo al cual responder y en virtud del cual se seleccionan momentos relevantes? ¿De qué manera la misma experiencia afectiva está constreñida o habilitada en su expresión espacio-temporal a propósito de estas distintas valoraciones?

La permeabilidad afectiva, es decir, el hecho de que un mismo afecto insista en un relato es un tema recurrente en los cronotopos estudiados (si bien no está formulado de esa manera). Desde cronotopos donde los afectos solo se proyectan temporalmente en la medida que se articulen directamente con un cierto proyecto e imagen de sí mismo, hasta

cronotopos donde la tierra misma es registro de la experiencia afectiva de un cuerpo³⁵ podemos preguntarnos por la supervivencia temporal de experiencias afectivas de nuestros pacientes. Podemos suponer en base a lo dicho hasta el momento que esta permeabilidad no es resultado exclusivo del afecto, sino de una situación en un tiempo y lugar específicos que lo rescatan del vendaval de experiencias afectivas que recorre la existencia de una persona. Mas también se pueden reconocer casos donde parece no haber pregnancia afectiva de ningún evento más que de uno o dos que recurrentemente se inmiscuyen en el relato. ¿Cuáles son los afectos que permean en el relato? ¿Qué afectos suelen ser de corta y larga duración? ¿A qué imagen de sí mismo y del otro responden estos afectos? ¿En qué espacios se dan los afectos que permean? ¿A que recuerdo o a qué proyecto responden los afectos que permean y los que no?

Se observará que muchas de las inquietudes y preguntas presentadas cobran sentido en su articulación conjunta. Por ejemplo, la pregunta por la pregnancia afectiva parece que difícilmente se puede separar de la pregunta por los espacios (públicos o privados) que adquieren también relevancia ideo-afectiva. O que a su vez la pregunta por el lugar de la contingencia en relación a la agencia se ve enriquecida por la consideración del lugar de los acontecimientos de excepción en el propio relato. Los puntos de anclaje narrativos bien pueden estar cargados de posicionamientos ideo-afectivos únicos o más bien configurarse como puntos cliché donde difícilmente se reconoce una posición singular del paciente.

Se espera que pueda observarse de manera más clara, cómo el cronotopo ofrece una conceptualización de la espacio-temporalidad donde la experiencia de acción en el mundo se encuentra íntimamente ligada con las experiencias afectivas que en él se dan. **En la constitución del mundo que cada uno habita, la distinción entre un posicionamiento ideológico y un posicionamiento afectivo no es radical, ambas conforman un intento por distribuir en tiempos y espacios específicos distintas acciones y distintos afectos.**

³⁵ Como ocurre en Rabelais cada vez que el cuerpo de sus protagonistas modifica la geografía al expresar sus necesidades o deseos corporales, citamos a Bajtin (1989b):

Así Rabelais explica el nombre de París de la siguiente manera. Cuando Gargantúa llegó a esa ciudad, se concentró en torno suyo gran cantidad de gente; y él “para reírse” (*par ris*) “desatascó su bella bragueta, sacó al aire su méntula y los meó tan copiosamente que ahogó a doscientos sesenta mil cuatrocientos dieciocho, sin contar en esta cifra las mujeres y los niños...Desde entonces, la villa se llamó París”. (p.341)

La creación de este mundo singular solo es posible en la medida en que, siguiendo las palabras de Ujtomski (ya citadas al inicio del capítulo) haya una “*combinación temporal de fuerzas, capaz de llevar a cabo un determinado logro o la distribución de la actividad en el espacio y el tiempo*” (Shuare, 2010, p.446).

En el quinto capítulo volveremos sobre algunas las preguntas aquí señaladas, replanteando algunas, introduciendo otras y profundizando en ellas, a la vez que también propondremos una serie de intervenciones posibles a la luz de lo desarrollado hasta aquí. Pero primero nos detendremos a realizar una revisión de la forma en que la pregunta por la temporalidad ha aparecido en la literatura del modelo psicoterapéutico narrativo. Buscaremos entender cuál ha sido la relevancia de dicha pregunta, y señalaremos algunas fortalezas y debilidades de dicho modelo, para tratar de enriquecerlo teórica y prácticamente con lo desarrollado hasta ahora.

4) TEXTURAS DE LA TEMPORALIDAD NARRATIVA

¿Cómo ha aparecido la pregunta por la temporalidad en la obra de Michael White?

La terapia narrativa en 625 palabras.

En un nivel muy primario la psicoterapia narrativa se basa en el supuesto de que las vidas de las personas se vuelven inteligibles para ellas a partir de relatos (White, 1995). Es un modelo clínico donde el foco está en el “modo en que las personas dan sentido a su experiencia y al modo en que dotan de significado a sus experiencias de vida” (White, 1995, p. 217), este da prioridad a las formas en que las personas construyen ideas respecto a lo que están haciendo y por qué lo están haciendo. Estos relatos sin embargo, se ven fuertemente influenciados por diversos discursos sociales en su configuración; a estos discursos que ejercen una gran presión sobre la forma de entendernos se les llama “relatos dominantes” (White & Epston, 1993). En ese sentido es que este modelo localiza el origen de los problemas de los individuos en el campo de la cultura, a la vez que implica una continua negociación entre formas distintas de significar una misma experiencia (Denborough, 2012). En este sentido la construcción de la narración no se hace en función de una tabula rasa (White, 1995) sino a propósito de un proceso de interacción social complejo donde en cada encuentro con el otro implica un acto (re)interpretativo de la propia historia (Payne, 2002; White & Epston, 1993). En línea con lo anterior y dado que los autores rechazan cualquier preconcepción respecto a lo que constituye “un sujeto”, la conformación de este se asemeja más a una práctica constante (Vassilieva, 2016). Precisamente, el origen de los problemas que llevan a las personas a consultar se explica por la imposibilidad de un relato de poder dar cuenta de la totalidad de la experiencia: “la estructuración de una narración requiere la utilización de un proceso de selección por medio del cual dejamos de lado, de entre el conjunto de los hechos de nuestra experiencia, aquellos que no encajan en los relatos dominantes” (White, 1993, p.29). Por esto en un primer momento el objetivo de la psicoterapia narrativa apunta a la posibilidad de pasar de una posición de docilidad frente a esos relatos a un “espíritu animado” (White 1993) capaz

de elaborar relatos alternativos que ofrezcan nuevas posibilidades para su propia comprensión; es a propósito de este objetivo que White desarrolla una serie de prácticas que tienen como fin promover una mayor agencia por parte del paciente frente a su propia historia (White, 2007). En función de esto es que la terapia narrativa será ante todo una terapia que busca describir antes que explicar (Vassilieva, 2016), se supone que en la medida en que las descripciones de la experiencia sean más densas (*“thick descriptions”*, concepto que White toma prestado de Geertz) será más fácil reconocer elementos de la historia que den cuenta de posibles espacios por explorar en la propia historia.

En base a lo anterior es que el agenciamiento se vuelve uno de los grandes temas presente en la terapia narrativa, y en cierto sentido constituye el gran foco de intervención (Carey et al., 2009). Así, White (1995) habla del aumento de la “autoconciencia reflexiva” como uno de los objetivos de su modelo. Sin embargo, es importante no confundirse y pensar que esta se entiende como un atributo personal. En uno de sus últimos escritos “Mapas de la práctica Narrativa” White (2007) utiliza los aportes de Vygotsky para conceptualizar la agencia como el resultado de una colaboración social en la producción de signos. Colaboración que en el marco de un proceso terapéutico implica un proceso de andamiaje por parte del terapeuta, es decir de ir facilitando y acompañando al paciente en el proceso de construcción y descubrimiento de nuevas perspectivas para narrarse facilitando así una toma de posición distinta respecto a su propia historia (Vassilieva, 2016).

Nuestra propuesta implica afirmar que para comprender de mejor manera las condiciones en las que se da este proceso de colaboración terapeuta-paciente, no basta solo con pensar en las formas en que los discursos dominantes influyen en la configuración de ciertos contenidos semánticos, sino también en la propia configuración estética del mundo que se habita. Las imágenes de mundo que se revelan en los relatos de nuestros pacientes dan cuenta entonces tanto de un contenido discursivo como de una forma de vida en torno a la cual se configura el problema que lleva a la persona a consultar. Como se trabajó en el capítulo anterior, consideramos que en la pregunta por la temporalidad encontramos un camino para llevar a cabo esta tarea. Por lo tanto, a continuación realizaremos un recorrido por las distintas formas en que esta ha aparecido en los escritos de distintos teóricos del modelo.

White, la formación del modelo psicoterapéutico narrativo y la relevancia del tiempo.

La temporalidad aparece en la obra de White de dos maneras distintas. En primer lugar de forma explícita cuando este se pregunta por el lugar de esta en la configuración del relato, y en segundo lugar de forma implícita como una serie de supuestos que orientan diversas prácticas de intervención y los objetivos de estas (por ejemplo, en el caso de la externalización). Nos enfocaremos por separado en cada una de ellas

A propósito de la inteligibilidad que entrega el relato tenemos ya una primera apertura al tema de la temporalidad que White y Epston (1993) señalan de forma clara en su texto “Medios Narrativos para fines terapéuticos”. La construcción de una narrativa implica el desafío de producir un modo de organización que conecte los distintos eventos de la vida; en este texto los autores señalan que esta secuencia debe darse de forma lineal “*Esta secuencia lineal de los eventos en el tiempo es necesaria para que se pueda dar un relato con sentido. Las historias tienen un principio y un final, y entre estos dos puntos transcurre el tiempo*” (White & Epston, 1993, p.92). Este ordenamiento permite a su vez una comprensión de los proceso de desarrollo y cambio; dota de un sentido singular los eventos que ya no constituyen hechos aislados sino que configuran una historia (White & Epston, 1993).

White (1995) se interesa por aportar un perspectiva procesual a la comprensión de cómo las personas han llegado a constituirse en lo que son (en contraste con una perspectiva atemporal de las condiciones de vida de los consultantes). Esta es la principal razón por la cual White declara la preocupación por la temporalidad como uno de los ejes principales de su modelo (Vassilieva, 2016; White, 1995; White & Epston, 1993). Es también a propósito de esto que el trabajo del terapeuta narrativo puede ser entendido también como un ejercicio sobre la memoria, ensanchando y promoviendo una forma de recuerdo distinta a la existente (Beels, 2009). El interés en la producción de nuevas formas de narrativa a partir de esta “*reestructuración de la memoria*” (White, 1995, p.33) sin embargo no implica una trabajo clínico que vaya a orientarse hacia el pasado, sino que como señala White la terapia narrativa “*es prospectiva más que retrospectiva*” (White, 1993, p.132). La direccionalidad de la terapia narrativa se da hacia adelante.

Ahora bien, del supuesto que el ordenamiento narrativo se debe dar en forma lineal para volver inteligible la experiencia y desarrollo de las experiencias del individuo, no debemos concluir que White suponga que la experiencia siempre se da de esta manera. Tampoco el que la terapia sea conceptualizada como prospectiva debe llevar a la conclusión -errada- de que las conversaciones se den siempre con miras al futuro. Por el contrario, resulta llamativo cómo White describe los momentos de constitución de una forma narrativa inédita; haciendo uso de los desarrollos de Barbara Myerhoff el autor señala como en estos momentos la disposición y secuencia de los eventos se anula temporalmente y da lugar a una simultaneidad de temporalidades que colapsan las divisiones tradicionales entre ellas, permitiendo así una posición activa frente a estas (White, 1994)³⁶. Observamos con esto que para White la terapia parece implicar un necesario ejercicio de deconstrucción y desafío de las fronteras temporales existentes entre pasado, presente y futuro. Ejercicio deconstructivo que es profundamente notorio en los ejercicios narrativos que buscan recuperar aquellos elementos pasados que fueron previamente ignorados, pero que contienen la potencialidad para alterar el curso del hilo narrativo una vez descubiertos (White & Epston, 1993); esto revela entonces un empuje por parte de este modelo a desafiar las nociones del pasado como algo cerrado y dar cuenta de este más bien como algo tan abierto e indeterminado como el futuro.

Otra aproximación explícita a la temporalidad en la obra de White la encontramos a raíz de su uso de los aportes de Bruner para explicar cómo se constituye un relato. Estos se darían como resultado de la confluencia de los paisajes (o panoramas) de acción y de conciencia- que posteriormente serán llamados paisajes de identidad (Payne, 2002; White, 1995). A los primeros los define como la disposición temporal de una serie de eventos, mientras que los segundos corresponden al conjunto de interpretaciones que se realizan respecto al paisaje de acción. Esta división sin embargo, no implica que cada uno de estos paisajes opere de forma separada, sino que más bien existe un proceso zigzagueante entre

³⁶ Esta experiencia de “colapso temporal” puede ser rastreada en los escritos de White a la forma en que hace uso de la noción de imaginación de Bachelard (White, 1995). Bajo esta concepción la imaginación implica una orientación de posibilidades distintas a las acontecidas que cómo reverberaciones movilizan tanto el pasado como el futuro. Vemos que para White la experiencia de la temporalidad no sigue necesariamente el principio de linealidad necesario para su inteligibilidad.

uno y otro donde cada uno aporta al otro un material desde el cual desarrollarse. White sin embargo, se enfoca predominantemente en el impacto que tiene el paisaje de la conciencia sobre el de la acción, así declara que en el trabajo de reescritura “*invitamos a las personas a practicar un intercambio entre ambos paisajes – reflexionando acerca de lo que podrían significar los acontecimientos alternativos en el paisaje de la acción*” (1995, p.36). Se observa así que los paisajes de la acción cobran relevancia en función de los discursos asociadas a ellas, no quedando claro de qué manera es que los paisajes de acción impactarían en los de conciencia más que ofrecer su materia prima.

Llegado a este punto, vale la pena a detenerse a extraer un par de ideas respecto a la aparición del tiempo como problema declarado por la psicoterapia narrativa. Resulta evidente que es fundamental ¿pero en relación a qué? White es claro en este punto, como medio de configuración de un significado del relato. La temporalidad es entonces un medio de organización de la experiencia cuya relevancia se logra en función de las prácticas lingüísticas asociadas a ellas. Es raíz de un comentario por parte del hablante que la temporalidad cobra relevancia. Esto es algo que se observa muy claramente en la forma en que se aborda la relación entre panoramas de acción y panoramas de conciencia/identidad. Para White (1995) son las preguntas por este segundo panorama las que revelan algo de sí a las personas, mientras que las del panorama de acción contienen la potencialidad para descubrir otras formas posibles en que se podría haber, o puede actuar distinto. La dimensión temporal de estos paisajes está articulada con la constitución de la identidad solo como el resultado de un proceso reflexivo por parte de la persona. ¿Por qué no se establece una conexión directa entre el panorama de la acción y el panorama de conciencia/identidad³⁷? Observemos esto en relación a la forma en que White concibe el proceso deconstructivo de la psicoterapia.

Panoramas de acción y su vinculación (perdida) con la identidad, agencia y afectos.

Desde un inicio (y es algo que se mantiene consistente en sus trabajos) White es claro respecto a los objetivos de la terapia. Se busca hacer aparecer relatos propios que han

³⁷ Este último parece ser donde la persona podría dar cuenta de su propia agencia.

sido subyugados por relatos dominantes que monopolizan la comprensión de la persona de sí misma (White, 1995, 2007; White & Epston, 1993), para lograr esto es necesario dar cuenta de la indeterminación existente en la historias pasadas (White, 1994). Diversas prácticas terapéuticas narrativas se sustentan en el supuesto de que estas permitirían dar cuenta de las posibilidades desatendidas o ignoradas en la propia historia. En la medida que esto se logre y la persona empiece a ver su propia historia con cierta extrañeza se supone que la persona puede conectar eventos de formas novedosas (Carey & Russell, 2002) y con ello convertirse en esos “espíritus animados” de los que White y Epston (1993) hablan. Las preguntas del panorama de la acción buscan hacer aparecer excepciones que luego serán comentadas a la luz de las significaciones y reflexiones que haga el paciente; sin embargo, en sí mismas estas acciones no dan cuenta de ninguna dimensión identitaria según White.

Sin embargo, White deja de lado una posibilidad que es precisamente la que hemos intentado empezar a delinear en el capítulo anterior. Y es que la misma forma de ordenamiento temporal, y de relación con distinta temporalidades pueda ser ya indicadora de una cierta forma de presentarse frente al otro y frente a uno mismo. La forma en que las acciones pueden estar concentradas en torno a ciertos espacios o figuras, la manera en que se dan saltos temporales en el relato de los pacientes, la forma en que el relato de una experiencia se dilata o no en otras experiencias; son estas inquietudes que hemos presentado como propias de un cuestionamiento cronotópico de la construcción de un relato. Recordemos una vez más la frase final de Bajtin (1989b) en su ensayo sobre cronotopos: “*la entrada completa en la esfera de los sentidos sólo se efectúa a través de la puerta de los cronotopos*” (p.408). Bajo esta óptica el panorama de acción tiene relevancia no solo en tanto entrega la materia prima para la constitución de una nueva narrativa, sino también la comprensión misma de la posición desde la cual se han construido las narrativas existentes³⁸.

³⁸ Sería de interés futuro indagar en la relación entre los escritos de Jerome Bruner y el modelo narrativo. Esto ya que además de ser el autor del cual White toma prestado los conceptos de paisaje de acción y de conciencia es un autor profundamente interesado en la distinción que la psicología positivista ha desarrollado entre pensar y hacer. En su libro “Acts of Meaning” (Bruner, 1990) señala como a raíz de su interés en la predictibilidad de las conductas la psicología dominante ha tendido a privilegiar el carácter público de las conductas por sobre las intenciones del individuo que bien pueden entrar en contradicción con sus actos.

Resulta fácil reconocer razones por las cuáles esto puede haber sido dejado de lado. La insistencia de la terapia narrativa en desplazar la conversación sobre el malestar de una perspectiva individualista a una social (Denborough, 2012) puede hacer sonar las alarmas cuando la pregunta respecto al pasado no se limita a señalar las “*técnicas de control social, de sometimiento, dirigidas a la objetivización o cosificación de las personas*” (White, 1993, p.40). Por otro lado, uno de los objetivos centrales de la terapia narrativa: la posibilidad de la toma de una posición activa frente a la propia historia, es consecuencia de cierta creencia teórica respecto a los efectos subjetivos que tiene un modo particular de conectar distintas temporalidades. Con esto nos referimos que en el esquema de las prácticas deconstructivas de la terapia se supone que la indeterminación producida respecto al pasado entrega las herramientas para sostener un cierto proyecto de futuro que a su vez se vería reforzado por esos descubrimientos en el pasado³⁹. O sea, la orientación prospectiva de la terapia narrativa se encuentra apoyada en una relectura del pasado. Parece ser que el desarrollo de la propia agencia respecto a la propia historia se encuentra fundado en un distanciamiento con el pasado⁴⁰. En este sentido ya existe desde los fundamentos de la teoría clínica una cierta comprensión de las formas esperadas de vinculación entre pasado y futuro. Esto es particularmente relevante para los objetivos de esta tesis, pues revela las condiciones subrepticias que White considera necesarias para el desarrollo de la tan ansiada agencia en el marco de la constitución de una narrativa propia novedosa.

Observemos como la tensión que Bruner reconoce entre pensar y hacer es reproducida a su vez en la distinción entre paisaje de conciencia y paisaje de acción. Pareciera ser que en su valoración de la narrativa como medio de la existencia humana White termina replicando esta división pero invirtiendo su jerarquía, de manera que es la dimensión del pensar la que realmente define al individuo. Nuestra propuesta apunta a reconciliar acción y pensamiento como una unidad indisociable al margen de si resultan coherentes o no en su expresión pública. Sostenemos que la pregunta por los cronotopos visualiza cómo la disposición y ordenamiento estilístico de los eventos configura cierta singularidad que va de la mano con el contenido lingüístico que se genera sobre ellos, a propósito de la responsabilidad de tener que responder frente a otro.

³⁹ Esto se volverá aún más evidente cuanto en la próxima sección trabajamos la noción de “Lo ausente pero implícito”.

⁴⁰ Es cuanto menos llamativo el cambio en las palabras que usa White para dar cuenta de este proceso. En su primer gran texto (Medios Narrativos para Fines Terapéuticos) hace uso de un lenguaje que se asocia a imágenes de lucha política, habla por ejemplo de “*liberarse*” (White, 1993, p. 45) o de “*insurrección*” (White, 1993, p.48), sin embargo Payne (2002) señala cómo al menos desde 1999 White empieza a hablar de “*tomar postura, y no de luchas contra el problema o vencer el problema*” (p.108) para evitar reproducir un discurso occidental moderno sobre el esfuerzo individual. Valdría la pena indagar entonces el efecto de las metáforas que usamos para dar cuenta de los procesos de nuestros pacientes en la constitución de cierta comprensión respecto a de qué trata el espacio terapéutico.

Este distanciamiento del pasado tiene que ser entendido como la toma de una perspectiva que permita verlo de forma distinta. En el marco del modelo narrativo hemos reconocido tanto el interés por promover el aumento de la “autoconciencia reflexiva” (White, 1995), como un fuerte compromiso con localizar en los modos de relación sociales el origen del malestar más que en una interioridad individual y aislada del otro (Vassilieva, 2016). Esto lleva a que haya un rol importante del otro en la conversación terapéutica en tanto audiencia (White, 1995). Independientemente de los medios que usa, ya sean las conversaciones de re-membresía (White, 2007), o la invitación de terceros a terapia (White, 1995), o el uso de certificados (White & Epston, 1993), lo cierto es que es una terapia que busca intencionadamente la intervención del otro sobre el consultante, abriendo a este a preguntarse por lo que estos otros tienen que decir. En este sentido, y en línea con lo que ya hemos señalado en el capítulo uno, este es un modelo clínico que adhiere a una visión de la agencia como constituida en la relación social. La agencialidad solo se desarrollaría en la medida que hay una apertura constante al otro, y un diálogo con este. Es decir, en función de la vida pública de la persona. En este compromiso del modelo narrativo se reconoce una valoración del espacio público como lugar privilegiado de la constitución del sí mismo, y como vimos en el capítulo tres el que el espacio público sea vea de esta manera implica a su vez cierta imagen cronotópica del sí mismo; una donde a su vez el linaje cobra particular relevancia. Efectivamente, algo similar ocurre en el modelo narrativo, donde hay un interés en pensar la experiencia del problema también en relación a la propia ascendencia y descendencia (Denborough, 2012; Ncube, 2008). Es así como en tanto problema en el orden de lo público, los procesos de agenciamiento se dan en la medida que se presenta la historia de la propia vida de manera que pueda ser comentada libremente por distintas personas.

Todo lo anterior nos ayuda a entender por qué el panorama de la acción puede aparecer desligado de la comprensión de la propia identidad. Resulta problemático en primer lugar porque puede hacer fracasar el intento narrativo de desplazar los problemas de los consultantes a una perspectiva social; la idea de que hay una dimensión no enteramente lingüística que nos define, puede llevar a suponer que se está desestimando la relevancia de los aspectos políticos en la configuración de la propia historia. Pero también por que entra

en conflicto con la forma que se supone que logra constituir una mayor agencia frente a la propia historia. Es decir, si la agencia se da como resultado de un modo específico de vincular pasado y futuro (tal como ocurre en el modelo narrativo), resultará claro que de lo que se trata es de enfocarse en los panoramas de la conciencia que realizan esa vinculación. Sin embargo, no consideramos que ni una ni otra inquietud sea realmente justa, sino que para poder responder a estas aprensiones es mejor partir mostrando cómo consideramos que la pregunta por los cronotopos reformularía la relación entre panoramas de acción y panoramas de conciencia.

Lo que nos reveló el trabajo sobre los cronotopos en el capítulo anterior, es que estos son formas singulares de generar una relación coherente entre el personaje y su mundo. Sus acciones cobran relevancia porque se insertan en una determinada imagen de mundo que le da sentido a sus acciones. En el cronotopo idílico, la ciclicidad de los grandes eventos de la vida sirve como forma de exaltar lo cotidiano, mientras que los personajes rabelaisianos nos recuerdan a través de sus actos grotescos la unidad y naturaleza cíclica de la vida-muerte de su mundo y el potencial creativo de este. Los héroes del cronotopo de la aventura viven en un mundo donde su vida se organiza solo en función de una serie temporal que culmina con su matrimonio, de manera que entre medio los eventos no tienen real interés para su comprensión de sí mismos; mientras que la biografía analítica recorta la experiencia temporal en función de bloques que en su secuencia den cuenta de la consistencia del carácter público de su personaje. Es así como la organización temporal está ya puesta al servicio de visualizar ciertos elementos y otros no, pero también de dotar de cierto sentido particular experiencias que pueden ser similares. Sin duda la experiencia de contradicción consigo mismo no se vivirá de la misma manera en un cronotopo de la hora de aventura a una biografía analítica donde se le intentará borrar. Lo que es más, los desafíos, o problemas, frente a los cuales debe tomar posición un personaje variarán en gran medida en función de estos mismos. En los cronotopos se reflejan compromisos con diversas concepciones del mundo; dan cuenta de modos en el que estos mundos dan cobijo a ciertas experiencias, mientras que dejan de lado otras, donde se priorizan ciertos espacios de vida como significativos mientras que otros son irrelevantes. Los cronotopos dan cuenta de la unidad que existe entre la exigencia de responsabilización (y por ende de

agenciamiento) frente a ciertos eventos (y otros no) a propósito del compromiso con una visión de mundo. Agencia y afectividad quedan reunidos a la luz de que ambos se dan en un individuo que se inserta en un mundo cuyas texturas se construye a raíz de recortar, aislar, expandir, suspender, refractar, dilatar, achicar, repetir, anular, conectar, etc. ciertos aspectos de este entre un sinfín de posibilidades.

Por supuesto nada de lo anterior implica que un proceso reflexivo sobre los paisajes de la acción sea contraproducente, sino simplemente reconocer que consideramos que hay un error en suponer que la temporalidad solo es relevante en tanto organizadora de la experiencia. O aún más, si la temporalidad solo se tratara de organizar la experiencia, esta organización no puede ser vista como el mero secuenciar eventos de una u otra manera, sino como la constitución de una forma de entender la relación con uno mismo y con el otro. **La disposición temporal de los eventos nos habla de la constitución de una forma particular de agencia (y de identidad) del individuo frente a sí mismo y frente a otros. Exaltando los hitos relevantes para la constitución de su mundo y la dotación de sentido de los relatos sobre sí.**

Nada de esto debería hacer creer que alejamos la terapia narrativa de su interés por la conformación social del malestar individual. Más bien, la intención es que el concepto de cronotopo sea de ayuda para cuestionarse respecto a las formas en que las maneras socialmente compartidas de organizar la experiencia de mundo configuran formas singulares de malestar. Tampoco encontramos razón para creer que dificultaría el trabajo de re-agenciamiento (que es uno de los objetivos centrales de la terapia narrativa), por el contrario, creemos que sería de utilidad en tanto entrega más posibilidades a los terapeutas para comprender las formas únicas e irrepetibles en que cada persona se constituye como un agente responsable frente al otro. Entonces en vez de suponer que el agenciamiento solo puede darse como el resultado de un movimiento que va de atrás hacia adelante, abriríamos la posibilidad a formas inéditas de constituirse.

Afortunadamente encontramos momentos en los trabajos de White donde se perfila lo que aquí hemos señalado (si bien es evidente que no tenía el concepto de cronotopo en mente). Primero en el texto “Challenging the culture of consumption: Rites of passage and communities of acknowledgement” (White, 1997), donde comenta la utilidad de la

metáfora del pasaje para pensar el proceso de transformación de la vida de las personas que sufren adicción a sustancias. En él, White caracteriza tres fases distintas: la fase de separación, la fase liminal y la fase de reincorporación (White, 1997). Cada una de estas etapas implica desafíos particulares para el paciente, así como modos de vinculación distintos con lo que le ocurre; de manera que podemos afirmar que cada una de estas fases constituye una textura cronotópica distinta. Una experiencia afectiva cobrará sentidos distintos en función de la fase en la que ocurra, así como ocurrirá también con el sentido que tendrá la responsabilización de la persona respecto a sus actos según se enmarca en un proceso de separarse de su vida antigua, de transitar por lo desconocido o de reincorporarse al mundo.

También encontramos ideas en esta línea en unas notas para un *workshop* sobre trauma. En este trabajo White (2005) busca cuestionar la vinculación lineal clásica que se genera para explicar el dolor psicológico y abatimiento emocional asociados a una experiencia traumática. Bajo esa concepción habría una relación natural entre ambos, sin embargo, el autor señala que dicha idea puede contribuir a una construcción del sí mismo como frágil y vulnerable (White, 2005). En contraposición a ello propone cinco maneras de releer la función de dichas experiencias de malestar: como testimonio de la relevancia del valor que fue transgredido por el trauma; como tributo a esos valores transgredidos de manera de no separarse de ellos, como proclamación de los esfuerzos de la persona por remediar el trauma, como reflejo de los movimientos que permiten a la persona transformarse luego del trauma y como un legado que vincula a la persona con una intensión de justicia para sí y para el resto (White, 2005).

En cada una de estas cinco aproximaciones al malestar, encontramos un posicionamiento distinto por parte de la persona que la vincula con un proyecto temporal distinto. El testimonio implica el rescate de elementos del pasado que fueron oscurecidos por la violencia del evento traumático, mientras que el tributo busca mantener cierta continuidad con quien se era antes del trauma, y el legado por otra parte posiciona a la persona con miras hacia el futuro como garante de corregir las injusticias sufridas. Una misma experiencia afectiva se entiende de formas distintas en función de la forma en que compromete a la persona con un horizonte pasado o futuro particular. Mientras que una

noción tradicional del trauma localizaría un evento (traumático) y lo vincularía con un afecto (dolor, angustia, malestar), la propuesta de White implica mediatizar esta relación en función de las formas en que afecto se vincula con determinado *telos*, con cierto horizonte; de esta manera el afecto asegura una relación con un proyecto (que puede ser retrospectivo o prospectivo) que exige a la persona responsabilizarse y configurarse como agente. En este bello trabajo White indaga de forma inadvertida las texturas cronotópicas en terapia.

La externalización y el problema del quiebre.

Lo anterior consiste entonces en las aproximaciones más explícitas que realiza White al problema de la temporalidad. Ahora revisaremos las implicancias que se pueden extraer de la práctica de externalización en lo relativo al problema (implícito esta vez) de la temporalidad en la conversación terapéutica.

La definición de esta práctica es más bien sencilla, es un proceso que “*insta a la personas a cosificar, y a veces, a personificar, los problemas que las oprimen. En este proceso, el problema se convierte en una entidad separada (...)*” (White & Epston, 1993, p.53). La externalización sirve fundamentalmente a un interés deconstructivo propio de la conversación terapéutica ya que “*vuelven exótico lo doméstico*” (White, 1994, p. 29). El supuesto que sostiene esta práctica es la idea de que en la medida que las personas puedan pensar sus propias vidas de forma independiente del problema que las aqueja, se abren a la posibilidad de construir relatos sobre sí mismas que no se encuentren únicamente definidos por los relatos dominantes existentes hasta ese momento. A través de ella se busca realizar un mapeo de los efectos del problema (White, 1995) para precisamente poder trastocar las formas típicas de relación con este.

Si bien la lógica general de las conversaciones externalizadoras resulta fácil de entender, no por ellos sus consecuencias dejan de ser de interés. De relevancia con esta tesis se encuentra el hecho de que estas parecen generar un punto de quiebre en la continuidad narrativa que se había desarrollado hasta llegado ese punto. Por ejemplo Hedtke (2014) dirá que esta práctica: “*has the purpose of establishing a turning point in the story from a past, in which the problema story has been in charge, towards a future in*

which the family wants to take a change”⁴¹ (p.10). En una línea similar, White (1995) enfatiza mucho las operaciones de poder frente a las cuales la externalización aparece como un medio para que las personas puedan hacer frente al “*adiestramiento*” (p. 93) que las “*obligó a aceptar*” (p.55) determinada concepción de sí mismas. Esta visión tiene como consecuencia que se pierde de vista las formas en que la persona (o familia, o pareja) se vinculan afectivamente con el problema, dado que el foco de la conversación está en reconocer los mecanismos que el problema ha usado para influir sobre los consultantes. A raíz de la práctica de externalización se indaga en las formas en que la persona puede responder a dicho problema, y todo afecto aparece como resultado de las acciones (o adiestramiento) del ente externalizado, se pierden así la curiosidad por las formas de relación con el problema que escapan la lógica de una rivalidad con este. Resulta cuanto menos irónico que en un modelo que se focaliza tanto en realizar descripciones lo más densas posibles, al hablar de la historia pasada de relaciones con el problema estas conciernen casi exclusivamente a lo relativo a los efectos adversos de dicha relación y no por ejemplo, a la historia de cómo la persona conoció, generó y sobrevivió a esa relación hasta el momento de cuestionamiento de ella.

Resulta importante cuestionarse las implicancias que tienen las conversaciones de externalización en la constitución de un relato sobre sí-mismo, y la manera en que el quiebre que generan entre un pasado saturado por el problema y un futuro abierto a la toma de una nueva posición realmente se condice con la experiencia que tienen los pacientes. A raíz de esto, se puede afirmar que la externalización no solo busca generar una distancia con el problema, sino también con la persona que se era en la relación con ese problema⁴². Como operación de toma de perspectiva, la externalización introduce un quiebre en la narrativa de las personas, bajo el riesgo de desconocer aspectos afectivos relevantes en el pasado. De ahí que la búsqueda de “acontecimientos extraordinarios” (White & Epston, 1993; White, 1995) sea tan relevante, pues permite localizar en la historia pasada puntos de diferencia respecto a las prácticas de dominación propias del ente externalizado y a partir

⁴¹ “Tiene el propósito de establecer un punto de inflexión de la historia pasada, en la cual ha estado a cargo el relato del problema, hacia un futuro en el cual la familia quiere tomar el mando” (traducción propia).

⁴² Como veremos más adelante, la noción de lo Ausente pero Implícito entrega herramientas para pensar pasado y futuro bajo un relato común en vez de un quiebre o punto de inflexión en este.

de ellos dar la posibilidad de mantener algunas líneas de continuidad. Ahora bien, aun cuando White y Epston (1993) afirman que estos acontecimientos extraordinarios pueden darse tanto en el pasado, presente o futuro, en ningún momento hay una pregunta respecto a la manera en que se insertan en el relato del propio paciente ¿Hay sorpresa, hay pesimismo, se conecta con algún afecto o no? ¿Hace sentido a la persona, es una excepción, o algo que cambia su narrativa? ¿Son relevantes para la persona, o son simplemente excepciones sin peso narrativo?

Podemos entonces extraer dos problemáticas a raíz de lo anterior. En primer lugar, pareciera que la externalización corre el riesgo de dejar de lado la dimensión afectiva existente previa al cuestionamiento de la relación con el problema; suponiendo que solamente es el producto de operaciones de poder (y no que puede existir toda una visión de mundo que sostiene dicha relación), y donde la persona aparece como profundamente pasiva hasta ese momento de inflexión. Y en segundo lugar, el hecho de que los acontecimientos extraordinarios pueden generar una multitud de efectos y reacciones en la persona y su relato, por lo que no se puede suponer que siempre permitirán dar cuenta de un momento de agencia o de cuidado de sí. Antes habría que estar atento de hasta qué punto el relato de las personas es capaz de sostener la diferencia o la existencia de puntos de quiebre de su consistencia. Ambas inquietudes pueden ser capturadas por las siguientes interrogaciones: ¿Cómo es el mundo en que se da la relación con el ente externalizado? y ¿Cómo se inserta el acontecimiento extraordinario en el relato? ¿Qué consecuencias tiene sobre este?

¿Cómo ha aparecido la pregunta por la temporalidad en la literatura narrativa?

Respecto a la producción literaria contemporánea influida por White y el modelo narrativo observamos no tanto una ruptura con sus escritos como más bien una complejización y expansión de sus ideas. A pesar de esto, la pregunta por la temporalidad rara vez aparece planteada de forma explícita y más bien es una pregunta que se puede reconocer como rondando estos desarrollos. Por esto esta sección se enfocará en dar cuenta de qué manera dicha pregunta insiste de forma implícita en dos de los desarrollos

contemporáneos más relevantes en el modelo psicoterapéutico narrativo: las consecuencias de una mirada descentrada de la identidad y la discusión en torno al concepto de Lo Ausente pero Implícito.

Una identidad que no termina de llegar

Si observamos las nuevas referencias filosóficas que han sido usadas en los últimos 20 años por distintos autores del modelo narrativo observamos una fuerte influencia de lo que se puede denominar filosofías del devenir. En particular ideas como las de Bajtin, Deleuze o Derrida parecen haber servido a distintos terapeutas narrativos para dar forma a la experiencias que se encuentra en su ejercicio clínico (Carey et al., 2009; Combs & Freedman, 2016; Seltzer & Seltzer, 2004; Sermijn & Loots, 2015; Walther & Carey, 2009; Winslade, 2009). Estos parecen compartir un interés por pensar la identidad más en términos de su conformación a través del tiempo que en buscar una respuesta a qué es (Walther & Carey, 2009). Bajo estas miradas la identidad no es algo que la persona posea sino más bien el resultado de una serie de relaciones (Combs & Freedman, 2016).

Combs y Freedman (2016) señalan cuatro características de la identidad, entendida desde una perspectiva narrativa y relacional, que permiten agrupar de gran manera la diversidad de perspectivas en torno a este concepto: la identidad es relacional (se constituye a partir de las interacciones que tenemos con otros), es distribuida (es decir, en distintos espacios se configura de forma distinta, no existe algo así como una identidad global ya que esta se encuentra desperdigada por los distintos espacios de interacción), es performativa (la constitución de la identidad implica a su vez una posición de actor y de audiencia frente a uno mismo y los otros) y es fluida (es un proceso que nunca se acaba). Este descentramiento en la forma de entender la identidad, nos invita a preguntarnos por la forma en que se realizan conexiones entre los distintos aspectos distribuidos espaciotemporalmente. Seltzer y Seltzer (2004) por ejemplo, señalan cómo las formas en que las personas hablan de sí mismas están atravesadas por fuerzas centrípetas o centrífugas; las primeras unificando distintos aspectos de sí mismo en torno a una visión totalizante y las centrífugas disgregando y generando tensiones e incertidumbres por

resolver. Es así como entonces las nociones contemporáneas no suponen que la identidad sea necesariamente siempre pura apertura, sino más bien que en su indeterminación puede haber momentos de cierre que sin embargo den lugar a nuevas aperturas.

En la medida que la identidad se encuentra en un constante fluir y reconfiguración a partir de las relaciones temporales que establece (Sermijn & Loots, 2015) es que parece ser que las metáforas del nomadismo (Sermijn & Loots, 2015; Winslade, 2009), viaje (Denborough, 2012), la migración (Combs & Freedman, 2016; White, 1995; Winslade, 2009), y el pasaje (Beels, 2007; White, 1997) entre otras, adquieren un rol central para la comprensión de la identidad y de la forma en que la terapia narrativa interviene sobre su conformación. En particular esta noción de la identidad como un devenir parece estar fuertemente vinculada con la idea de la fase liminal en los ritos de pasaje que implica precisamente la idea de una acción en transcurso, en la transición del sí mismo a otra cosa (Beels, 2007). Esto resulta interesante pues puede llevar a pensar que la resolución de una terapia no implica necesariamente seguir el curso señalado originalmente por White (1997) de pasar de la separación a la reincorporación a través de una fase liminal, sino más bien la forma en que paciente se vincula y posiciona frente a la indeterminación que es propia de la vida (este será un punto que veremos es central en la comprensión de *Lo Ausente pero Implícito*).

Ahora bien, las ideas asociadas a un tránsito de la identidad implican necesariamente una conceptualización de las formas de construcción de la temporalidad. Esto es abordado explícitamente por algunos autores (Morioka, 2008; Seltzer & Seltzer, 2004; Walther & Carey, 2009) que rechazan la idea de que pasado-presente-futuro se encuentren articulados solamente de forma lineal, más bien se interesan en la forma en que pasado y futuro se hacen siempre presentes en el presente. La identidad se transforma en la medida que se generan nuevas formas de realizar pliegues sobre la experiencia pasado, presente y futura (Walther & Carey, 2009), estos pliegues a su vez pueden ser la condición que habilite la emergencia de nuevas posiciones discursivas que se encontraban calladas o silenciadas (Seltzer & Seltzer, 2004). Incluso cuando la pregunta por la temporalidad no aparece planteada de forma explícita podemos encontrarla de forma implícita.

Es así como las diversas miradas contemporáneas sobre la identidad (que sin duda tienen antecedentes ya en los escritos de White) comparten un interés por las transformaciones en el curso de la vida de la comprensión de la persona respecto de sí misma, entendiendo que esta comprensión no puede ser acotada a un único suceso, lugar o interacción. Al pensar estos desarrollos a la luz de la noción de cronotopo podemos desarrollar algunas ideas. En primer lugar que la idea de una identidad descentrada, o siempre en proceso de cambio y de constitución, requiere pensar en la diversidad de formas en que una secuencia de hechos se puede ordenar. La posibilidad de la fluidez de la identidad estaría dada por un modo de conexión entre temporalidades que no puede regirse por un solo principio organizador, sino más bien que se las ve con la virtual imposibilidad de determinar una única manera de generar conexiones entre eventos⁴³. La fluidez de la identidad estaría dada por la inestabilidad de las formas de vinculación entre pasado, presente y futuro. Entre estas se pueden establecer distintas combinaciones y distintos recortes de cada uno. Resulta evidente que gran parte de las prácticas narrativas apuntan precisamente a dar cuenta de aspectos no visibilizados del pasado, o posibilidades no imaginadas en el futuro.

Precisamente por la omnipresencia de dicha preocupación en la terapia narrativa llama la atención que ningún autor se pregunte por ¿Cómo el proceso de metamorfosis (migración, pasaje, fase liminal, etc.) se inserta en el propio relato del consultante? Pareciera ser que a raíz de la influencia de filosofías fuertemente comprometidas con una visión del sí mismo como indeterminado se supone que esta indeterminación se vivencia de igual manera para todos. Sin embargo, tal y como nos lo recuerdan Seltzer y Seltzer (2004), en la tensión entre fuerzas centrípetas y centrífugas de un relato no debemos abogar únicamente por una de las dos. Lo que es más, es posible que el cierre de un relato, la enunciación de algo que a primera vista pueda parecer que unifica y totaliza (por ejemplo,

⁴³ Sermijn y Loots (2015) toman el concepto de “rizoma” de Deleuze para pensar al self narrativo a propósito de este punto. Un self que entonces tendría múltiples entradas para ser comprendido cada una llevando a una conclusión distinta; además de generar de forma constante conexiones temporales y locales entre distintos eventos de manera que no puede ser totalizado en una única forma, y finalmente que estas conexiones pueden desmoronarse sin por ello implicar una destrucción fatal para el sí mismo, sino simplemente dar espacio a otras posibilidades

haciendo uso de un saber experto frente al paciente) sea precisamente el medio a través del cual generar apertura.

Una preocupación similar se desprende de la idea de que las prácticas narrativas de externalización, o re-membresía, o re-escritura puedan terminar negando el pasado al hacer ojos ciegos a la irreversibilidad con que este se puede vivir (Gibney, 1994). En este sentido es que valdría la pena preguntarse de qué manera particular es que la idea de metamorfosis se inserta en el relato de los pacientes, en algunos casos sin duda que será vista como un momento definitorio del sí mismo, pero cabe la posibilidad que en otros casos no lo sea y que empujar en la dirección de darle un lugar en el relato sea infructuoso. También en otros casos puede ser que este sea el resultado de un gran evento de cambio, mientras que en otros se trate de un proceso casi indiscernible. Cómo sea, lo relevante es poder reconocer los modos en que los cambios propios del devenir de la identidad se insertan en los de los pacientes; así como no desconocer la relevancia que pueden tener las fuerzas centrípetas de los relatos.

Podemos además preguntarnos ¿Cuáles son los principios (valorativos, afectivos, ideológicos, etc.) que rigen la forma en que las personas ordenan una determinada experiencia? Por que como se señaló, es imposible dar cuenta de una única forma en que los eventos de la vida son ordenados preguntarnos por las formas singulares en que esto se realiza es una fuente muy rica para entender mejor la manera en que los pacientes dotan de sentido el mundo y su lugar en él. También de poder ofrecer una perspectiva distinta a la común que estos tienen para entenderse a sí mismos.

Cómo se observó, el mundo físico se vuelve relevante para entender el proceso de devenir de la identidad, por lo mismo también parece justo pensar ese mundo físico como cargando una historia afectiva que permite pensar que al hablar de los lugares no solo hablamos de un campo abstracto sino de una forma de recortar la propia experiencia en torno a esa dimensión y otorgarle un valor singular a este. El mundo físico entonces es tan parte del relato como los distintos personajes que en él aparecen. Es un mundo físico vitalizado. Por ejemplo, en torno a la noción de identidad distribuida se señala que las experiencias que dan forma a nuestras nociones de sí-mismo se dan en distintos lugares físicos (Combs & Freedman, 2016); sin embargo, en línea con lo que hemos ido

construyendo a propósito del concepto de cronotopo debemos cuestionar la posibilidad de pensar un espacio físico desarticulado de una dimensión temporal. Así diremos que los lugares no son simplemente un espacio físico abstracto, sino que son habitados en función de ciertos intereses y de cierto uso que se les da. Estos usos están vinculados a distintos modos de recortar las acciones, están cargados de un posicionamiento ideo-afectivo; hay una historia asociados a estos, y como toda historia implica la construcción de un relato que haga confluír tanto la memoria de un pasado como la visión de un futuro sobre este.

Estas tres inquietudes (la forma en que se inserta la idea de metamorfosis en el propio relato, principios ordenadores de la experiencia en virtud de su infinitud de formas posibles, y espacio físico como contenedor de posiciones afectivas) ya se habían prefigurado como características de la constitución de las forma cronotópicas de los relatos. En efecto, argumentamos que el concepto de cronotopo puede ayudar a dar luces de los procesos de transformación de la identidad. Esta va ligada también a cambios en las maneras de relación con el mundo; por ende contar con un concepto que dirija la atención a las conexiones que se establecen entre pasado, presente y futuro, y que se pregunte tanto por aquello que se prioriza en este ordenamiento, como aquello que se deja de lado aportaría a enriquecer las conversaciones terapéuticas. Estas conexiones no solo serían el resultado de un esfuerzo cognitivo, sino de una forma de vinculación con el mundo que da cuenta de un sentido encarnado en la relación con este. Se enfocaría tanto en el contenido de la conversación, como en la forma en que ese contenido se construye en función de cierta imagen de mundo, de cierto compromiso con este que da cuenta de una posición singular por parte del paciente. Todo esto sin imponer una visión de la indeterminación o metamorfosis constante del sí mismo que bien puede chocar con la comprensión o valoraciones que los consultantes hacen de sí.

En pocas palabras, al preguntarnos por las formas cronotópicas en las que los pacientes construyen sus relatos podemos entender de mejor manera las posibilidades que se abren y cierran en su propia constitución como individuos, sin desatender la dimensión encarnada de este proceso y respetando las diferencias en la forma en que esto se puede realizar.

De la externalización a lo ausente pero implícito

La noción de lo ausente pero implícito (de ahora en adelante: ApI) es el resultado del interés que Michael White tuvo por la filosofía de Derrida hacia el final de su vida (Carey et al., 2009) pero que debido a su muerte ha sido trabajada por otros autores. De forma sucinta, esta idea sostiene que el reconocimiento de toda experiencia requiere de su contrario para sostenerse, por ejemplo, la experiencia de soledad solo puede ser conceptualizada como tal en la medida que exista un trasfondo que permita reconocer también lo que es la compañía. Este enfoque permite sostener una doble escucha tanto en lo que el problema es, como en lo que el problema no es (Carey et al., 2009). La modalidad de trabajo con lo ApI implica una serie de preguntas de escalonamiento que parten buscando dar cuenta de la presencia de aquellos aspectos negados en el relato de los pacientes, hasta dar cuenta de la relevancia de los valores que están implícitos en este, para posteriormente articularlos con acciones posibles hacia el futuro (Carey et al., 2009). La idea detrás de este proceso es que *“connecting actions through time serves to bring forward the continuity of the themes of the story and makes clear the account of self that is ‘absent but implicit’ in the original distress or complaint”*⁴⁴ (Carey et al., 2009, p. 329). Se supone que este proceso aportará a la construcción de una sensación de agencia que la persona puede proyectar hacia el futuro.

Para Winslade (2009) lo ApI se encuentra íntimamente vinculado con una noción de la vida como cargada de potencialidades por explorar, que si bien son reales no son actuales todavía para la persona en su comprensión de sí. Basándose en la filosofía de Deleuze, este autor desarrolló el concepto de “líneas de fuga”, momentos de cambio en la trayectoria narrativa que escapan a las configuraciones que habitualmente ejercen su poder sobre la persona (Winslade, 2009). Habitualmente la vida de las personas sería el resultado de la intersección entre distintas fuerzas que constituyen una especie de “plano geográfico” en torno al cual se desarrolla. Sin embargo, las líneas de fuga no necesariamente constituyen puntos de quiebre radicales respecto a este plano, pueden ser sutiles en su diferencia; aún más, no necesariamente tienen que constituirse como momentos definitivos sino que

⁴⁴ “Conectar las acciones a través del tiempo sirve para traer a colación la continuidad de los temas del relato y vuelve clara la versión del sí mismo que se encuentra ausente pero implícita en el malestar o queja inicial”.(traducción propia)

incluso pueden ser pensados como configuraciones temporales y locales (Sermijn & Loots, 2015).

Con lo ApI hay una reivindicación de la posibilidad de encontrar el origen de la propia agencia inclusive ahí donde no parecía haber ninguna, en contraste con las prácticas de externalización que, como vimos, pueden decaer en un intento de ruptura con la forma en que las cosas fueron hasta el momento de cuestionamiento. A partir de la doble escucha, este modo de intervención daría cuenta de la tensión inherente a todo relato, el pasado aparece desdoblado y cargado de diferencias. El pasado se vuelve presente en el presente, no solo como una historia de sometimiento frente a relatos dominantes, sino como una historia de constante problematización del malestar. Mientras que las conversaciones externalizadoras buscan separar de forma radical el problema de lo que una persona es, las conversaciones de lo ApI permiten pensar que ya en ese problema hay algo de la persona. La persona puede reconocerse en el problema por la diferencia que le permite dar cuenta de éste⁴⁵. Este es un cambio no menor, pues parece cargar de menos peso la terapia, entendiendo que la persona ya podía tomar posición frente a lo que le ocurría incluso antes de percatarse de ello.

Lo ApI abre nuevas posibilidades para pensar los modos de articulación temporal entre distintos momentos, dejando de lado la idea de un punto de quiebre que abra las puertas a la emergencia del reconocimiento de sí mismo como capaz de posicionarse frente a lo que ocurre. Implica un posicionamiento distinto de la escucha del terapeuta, que se orienta temporalmente no en función de dar cuenta únicamente de las excepciones, sino más bien de la forma en que cierto evento se conecta con cierto valor o proyecto personal. Es una escucha que no solo se centra en una dimensión cognitiva que genera comentarios respecto a la propia experiencia, sino también en los sentidos encarnados que han guiado el proceso de constitución de esta comprensión semántica. También consideramos que en tanto interesado en las tensiones inherentes a todo acto narrativo, este concepto abre la

⁴⁵ No es este el lugar para desarrollar esta discusión, pero es interesante pensar cómo el paso de la práctica de externalización a la de lo Ausente pero Implícito reproduce la tensión existente entre Foucault y Derrida (los autores que precisamente White tenía en mente al desarrollar cada uno de estos enfoques) en su comprensión del lugar de la locura en el discurso de la razón moderna. Uno abogando por localizarla fuera de esta y otro por al interior de la misma configuración de dicho discurso (Zamorano, comunicación personal, 2018).

puerta a preguntarse por la multiplicidad de formas posibles de resolver esa tensión. Así como Winslade (2009) señala que la intersección de distintas líneas de poder genera planos geográficos, podríamos pensar que también configuran planos temporales. Lo ApI permite preguntarse por las formas de organización temporal que entran en tensión en el relato del paciente; como la queja respecto a cierta forma de organizar su tiempo y acciones en el día a día también iluminan respecto a otras formas que son de valor para la persona.

5) CRONOTOPOS Y SUS APLICACIONES

¿Qué posibilidades clínicas abren los cronotopos?

Habiendo hecho una revisión de las maneras en que la pregunta por la temporalidad aparece en distintas dimensiones y prácticas del modelo narrativo (más allá de que aparezca formulada explícitamente), nos encontramos en condiciones de empezar a pensar en orientaciones prácticas que el concepto de cronotopo permite desarrollar, siempre en el marco de dicho modelo. Recordamos que el interés no es construir una caracterología de los cronotopos en la terapia, no se trata de vincular un cronotopo específico con cierto fenómeno clínico (el mismo Bajtin es explícito en señalar que los cronotopos pueden variar infinitamente), sino que la intención es recoger elementos de ellos para poder pensar distintas intervenciones clínicas y problemáticas comunes en la clínica. Para ello retomaremos algunos de los focos ya señalados en el capítulo tres para ser complementados con lo trabajado en el anterior. Esperamos que al final de este capítulo se vuelva (finalmente) claro cómo es que el concepto de cronotopo es una herramienta útil para preguntarse por las formas particulares de construcción de relaciones con uno mismo (y con su historia), lo que permitiría aportar a una mejor comprensión de los procesos de agenciamiento en terapia. En vez de pensar la agencia como el resultado final de un proceso de cuestionamiento de los relatos dominantes, pensamos que al enfocarnos en las dimensiones cronotópicas en torno a los cuales se forman los relatos de los pacientes, podemos visualizar de mejor manera el proceso constante de toma de posición frente a sí mismo y frente al otro; lo que trae como resultado considerar la noción de agencia como una práctica constante, fundada en el encuentro constante con el otro y encarnada en una imagen de mundo singular.

Como se ha señalado con anterioridad, la vida pública tiene un valor central en el marco de las prácticas narrativas de agenciamiento⁴⁶. La introducción (a través de distintos

⁴⁶ A su vez esto remite al análisis ya presentado que hace Bajtin (1989b) sobre el cronotopo de las distintas formas de biografía, donde la forma de organizar los eventos y de hacer recortes en la experiencia obedece a un interés particular de lograr determinada consistencia del carácter que permita el reconocimiento deseado por parte del público al que se dirige el relato.

dispositivos) de la presencia de los otros sería uno de los medios privilegiados para servir de “*autenticación de las afirmaciones preferidas que están surgiendo en el proceso de la terapia*” (White, 1995, p. 31). En la medida que el modelo narrativo invita a abrir la experiencia de la persona a lo público, es que vale la pena primero indagar en las formas en que este ámbito se vivencia por parte del consultante. Como se visualiza en las distintas preguntas que planteamos en torno a este punto en el capítulo tres⁴⁷, es posible que espacios públicos y privados estén dotados de cargas ideo-afectivas distintas; o que en el marco de la comprensión de la propia historia el valor de ambos sea desigual. En torno a este punto aparece la utilidad del concepto de cronotopo, en tanto invita a levantar una reflexión en conjunto con el paciente respecto a las maneras en que se puede estar ordenando la propia historia en función de las esferas públicas y privadas. Por ejemplo, al preguntarse cómo se logra una imagen consistente en uno u otro espacio (o sí es que se logra en un espacio y no en otro, y las posibles razones por las que sea así).

Podemos entonces usar el concepto de cronotopo como una figura que nos permite imaginar las vidas de los consultantes como desenvolviéndose en una determinada “arena” en donde hay ciertos recuerdos o espacios que cobran más relevancia que otros. La conversación terapéutica puede orientarse a generar matices en la comprensión de aquellas ideas y experiencias afectivas que suelen ocurrir en una u otra arena. Preguntarse cómo las formas de encarnarse como agente pueden variar de lugar a lugar y de tiempo en tiempo en función de las condiciones singulares de interacción. Esto ayuda a diferenciar las vivencias afectivas que se dan en uno y otro contexto; vinculándolas con distintos modos de vinculación con sí mismo y con el otro; es así como no se supone que la misma experiencia afectiva signifique necesariamente lo mismo para la persona según el espacio donde ocurra. Además también puede ser de utilidad reconocer cuáles son aquellas experiencias más comunes en uno u otro espacio, y cuáles no suelen ocurrir en cada uno. Todo esto entonces se pone al servicio de aportar a la conversación una mejor descripción de las formas de configurarse como actor de la propia vida. La siguiente figura es un ejemplo, del tipo de preguntas que proponemos que servirían para delinear distintas formas de relación en cada espacio:

⁴⁷ *Ut supra* p.41

Publico	¿Qué hay de ti (acciones, sentimientos, formas de vinculación) en este espacio que no hay en el otro?	¿Con qué memorias o expectativas de tu vida te conecta experimentar _____ en uno u otro espacio?
	Si le preguntara a alguien que te conoce en _____ ¿Qué recuerdos o expectativas de ti crees que serían lo primero que pensaría?	¿De qué te sientes capaz en uno u otro espacio?
Privado	Imagina una situación (incómoda, agradable, ansiógena) ¿Cómo reaccionarías en uno u otro espacio?	¿Qué cambiaría en tu vida si actuaras/sintieras cómo en el espacio ____ en el espacio ____?
	Figura 1 ⁴⁸ : Ejemplo de preguntas comparativas entre espacio público y privado	

La organización de la propia experiencia implica necesariamente el recorte de diversos aspectos de ella (White & Epston, 1993), este es un fundamento del modelo narrativo que está fuera de discusión. Sin embargo, es útil no olvidar que estos recortes no generan una figura estática o indiferente al contexto, sino que más bien pueden variar según las condiciones locales en que se dé una interacción con otro (Sermijn & Loots, 2015). En este sentido es que distintas interacciones van a estar atravesadas por distintos desafíos, pero también por distintos afectos. No debe de haber necesariamente una coherencia entre el mundo público o el mundo privado, por lo que los grados de conexión entre una y otra esfera pueden variar radicalmente. Poder dar cuenta de estas diferencias es un ejercicio que va en la línea de las prácticas narrativas de desarrollar una toma de perspectiva frente a la propia historia.

En relación a esto, podemos señalar que el concepto de cronotopo también es una herramienta de valor práctico en tanto lleva a preguntarse por las intersecciones (o choques) que pueden darse entre una forma individual y una colectiva de vivir la experiencia. Bajtin (1986) ya daba cuenta de la multiplicidad de formas en que se podía dar esta intersección; por ejemplo, como una tensión entre ambas temporalidades (la social y la individual) debido a que una obra de forma lineal y la otra insiste en detenerse en torno a los mismos temas (caso de la novela caballerescas), o como una completa unidad entre las exigencias de

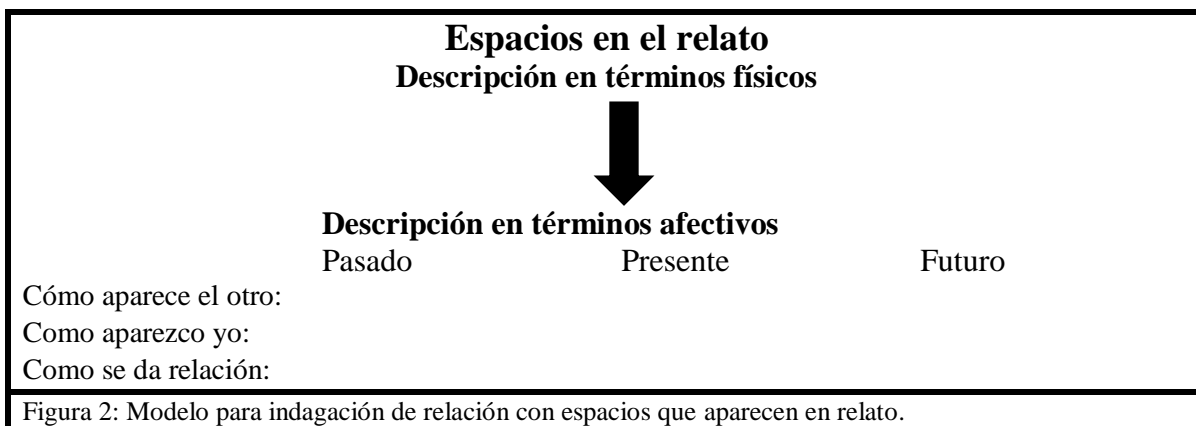
⁴⁸ No buscamos, ni deseamos que las tablas que se presenten en este capítulo se tomen de forma muy literal. Son orientaciones para facilitar la comprensión de los planteamientos, pero no son de ninguna manera un manual de cómo se debe llevar a la práctica lo que señalamos.

la vida colectiva y la individual (caso del idilio), o como un proceso de influencia mutua constante donde cada una reestructura a la otra de forma constante (caso del cronotopo rabelaisiano). De ahí que de forma análoga resulte de interés preguntarse por las posiciones ideo-afectivas que surgen de los relatos de los pacientes que se vinculan con sucesos colectivos que pueden alterar de forma radical aquello que para ellos resultaba de interés inmediato. Una terapia interesada en la dimensión temporal de los relatos, no puede dejar de interesarse por las multiplicidad de formas en que las personas anidan el desarrollo del tiempo social en la comprensión de sí mismas, ya que este sirve como mediador para entenderse en tanto agente frente al otro (Hammack, 2008). En una veta que recoge el interés narrativo por la dimensión cultural del relato de los consultantes (Denborough, 2012; Vassilieva, 2016), no debemos dejar de preguntarnos por el impacto que los eventos o procesos sociales tienen en la forma en que los consultantes constituyen pliegues de interés en su relato.

Antes señalamos cómo el modelo narrativo corre el riesgo de generar una comprensión de los espacios físicos desafectada y abstracta, como si correspondieran solamente a planos de movimiento. En este sentido, el concepto de cronotopo es tal vez una de las mejores formas de vivificar -en el relato de los pacientes- los escenarios que en él aparecen, ya que nos invita a entender que el espacio está cargado de recuerdos y expectativas, que está atravesado por el tiempo de manera tal, que se vuelve más bien un campo que presenta aspectos del pasado y del futuro. Como dijimos en el capítulo tres, el concepto de cronotopo se interesa en cómo tanto el tiempo como el espacio se vivencian en virtud de experiencias concretas y no simplemente condiciones transcendentales de la experiencia. Por ello, en la conversación terapéutica, los espacios que aparecen en el relato deben estar tan sujetos a una descripción tan densa como cualquier otro elemento. Esto no significa que estén descritos únicamente en función de sus elementos físicos, sino también de sus elementos afectivos tanto en su dimensión pretérita, como presente y futura. En la figura 2 podemos observar un diagrama que grafica esta forma de indagatoria.

La descripción de ciertos lugares en términos físicos debería dar lugar a una descripción en términos afectivos, reconociendo recuerdos, pero también esperanzas, miedos, buenas y malas experiencias, desencuentros, etc. que pueden estar tanto siendo

anticipados como ya haber sido vividos. Además en cada uno de estos lugares (y en estrecha relación con lo ya desarrollado respecto a los espacios público y privado) hay una forma distinta en que el sí mismo se puede configurar, así como la visión y relación que se establece con los otros. Con este modelo de indagación, apuntamos a continuar con el interés propio del modelo narrativo de generar descripciones ricas en detalles y contenido (Vassilieva, 2016), además de estar en línea con los múltiples desarrollos contemporáneos que trabajan la noción de identidad descentrada (Combs & Freedman, 2016; Sermijn & Loots, 2015; Vassilieva, 2016; Walther & Carey, 2009), lo que también permite generar matices respecto a las distintas formas que tiene de aparecer el sí mismo en función de contextos particulares⁴⁹.



Con la externalización existe una posibilidad análoga a la pregunta por un otro. Si esta práctica convierte al problema en un otro, también haría sentido preguntarse por las condiciones en las que se da esta interacción. Como vimos, el modelo narrativo está muy centrado en la forma en que este ente externalizado influye sobre la persona para mantenerse, lo que convierte a la relación de la persona con el problema en el verdadero foco de intervención (White & Epston, 1993). Pero como argumentamos en el capítulo anterior, el quiebre temporal que introduce la práctica de la externalización en el relato de la persona sobre sí misma, acarrea el riesgo de dejar de lado la dimensión experiencial

⁴⁹ Esto muy en línea con los trabajos de White sobre la noción de mapa y su utilidad como orientación para la conversación terapéutica (Walther & Carey, 2009)

previa al cuestionamiento de esta relación, además de dibujar una imagen de la persona como sumamente pasiva hasta ese cuestionamiento. El desafío por lo tanto se encuentra en desarrollar una forma de práctica de la externalización donde se reconozca la bidireccionalidad de la relación entre problema y persona sin por ello reificar la comprensión que la persona tiene de sí misma.

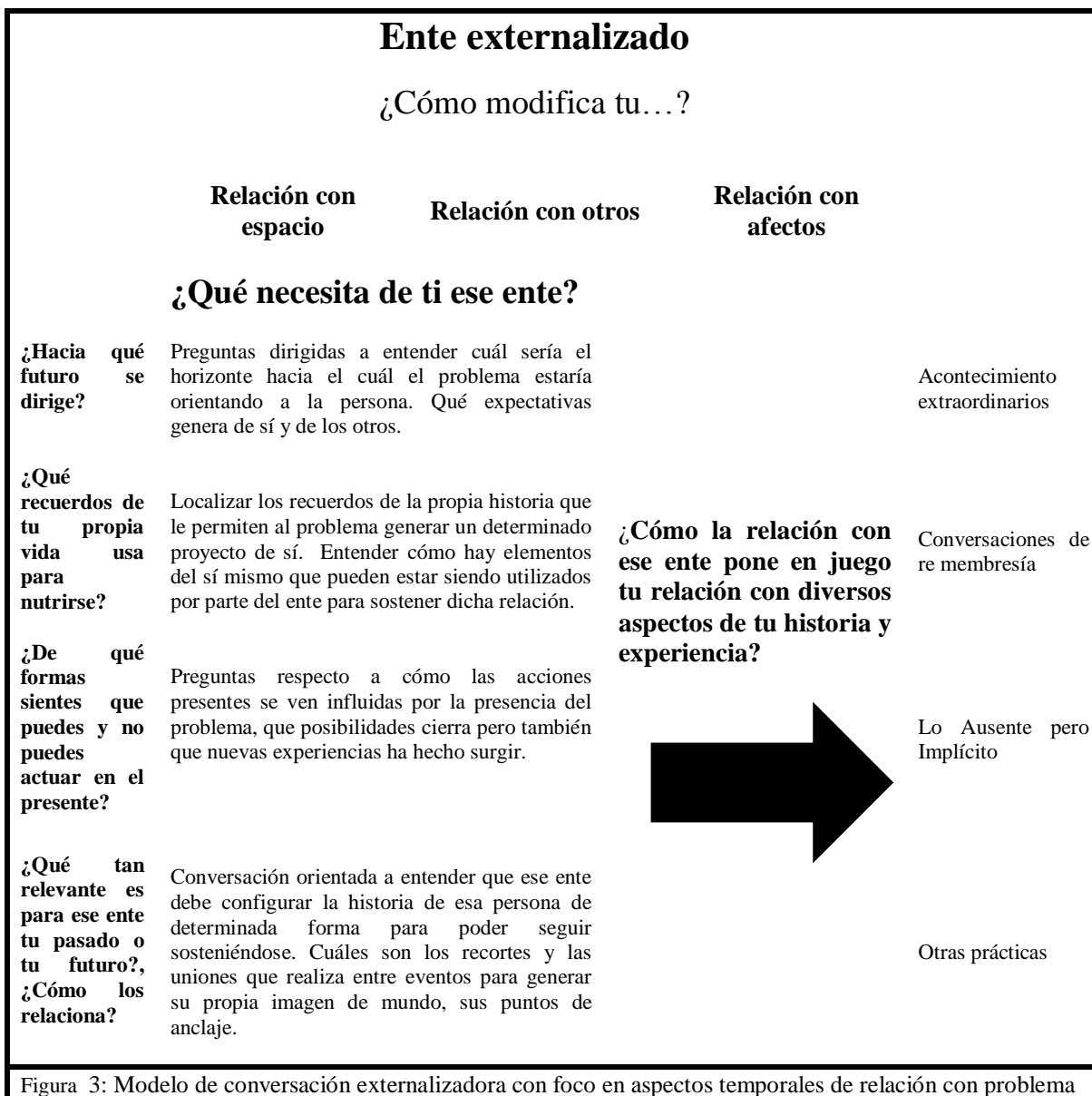


Figura 3: Modelo de conversación externalizadora con foco en aspectos temporales de relación con problema

En la figura 3 proponemos una manera de llevar a cabo conversaciones de externalización, donde primero hay un foco en la forma en que ese ente objetivado (el problema) modifica los modos de relación con el espacio, los otros y la propia afectividad; es decir cómo en la relación con el problema se da una modificación de las posiciones desde las que se valoran distintos aspectos de la propia vida, de qué manera distintos espacios o relaciones pueden haber cambiado en su valor para la persona, así como la forma en que diferentes experiencias afectivas se hacen más o menos frecuentes. Posteriormente esta conversación puede empezar a preguntarse por las formas en que el problema ha ido modificando distintos aspectos de la propia historia, cómo conecta y separa distintos eventos; cómo genera ciertas expectativas o saca a relucir diversas memorias. El interés versa por entender la narrativa de la persona que el problema genera, para extraer de ellas una comprensión de las formas de vidas posibles bajo ese nuevo relato. Es así como habiendo hecho esa indagación se puede llegar a preguntar ¿Cómo la relación con ese ente que se ha externalizado, pone en juego la relación con diversos aspectos de la propia historia y experiencia? Así, el ente extrae de la misma experiencia de la persona los medios para constituir ese relato que lo sostiene, no se trata de un mero adiestramiento (White, 1995), sino más bien de una forma particular de organizar aspectos ya existentes en la vida del consultante. Podemos pensar que el ente externalizado construye a su vez una propia imagen de mundo, imagen de mundo que entonces interpela a la persona desde una posición particular.

Frente a este reconocimiento en vez de volver a internalizar esos aspectos, se puede indagar en formas de vinculación existentes con la propia historia previas a la aparición del problema. Si el problema se nutre de recuerdos o afectos ya existentes antes de su aparición, también podemos indagar en otras formas en que haya habido una vinculación con estos antes de la aparición de ese ente. Y en torno a esto hay una serie de herramientas ya disponibles al interior del modelo narrativo, tales como: lo ausente pero implícito (a través del cual podemos hipotetizar las fragilidades, recuerdos o expectativas que el problema usa y también construyen un relato que el problema no ha sido capaz de alterar), las conversaciones de re-membresía (que invitan a pensar espacios o relaciones que hacen aparecer una experiencia del mundo distinta a la que el ente objetivado construye) o la

búsqueda de acontecimientos extraordinarios (que dan cuenta de la imposibilidad de problema para saturar toda la vivencia del mundo).

Es así como mantenemos que el objetivo de las prácticas de externalización es generar una distancia entre el sí mismo y el problema, pero donde no por ello dejamos e atender a la relación entre ambos. Creemos que la persona no es simplemente una víctima del problema, sino alguien que es interrogado por éste respecto de las formas en que se pueden entender sus propias experiencias. De ahí que al externalizar no solo nos enfoquemos en discursos dominantes internalizados o discursos alternativos que han sido callados, sino en formas de encarnar un sentido particular del mundo; de una manera en que estos discursos se materializan en una forma de vida; en línea con lo que hemos ido desarrollando en distintos momentos de la tesis buscamos dar cuenta de una forma de vinculación con el problema que es tanto afectiva como atravesada por el lenguaje.

La noción de acontecimiento extraordinario también merece ser revisada a la luz de lo trabajado, no para desecharla, sino para poder pensar en distintas formas de introducirlo en la terapia. Como se argumentó en el capítulo anterior, este es un recurso valioso al interior de la práctica narrativa ya que hace de contrapeso al riesgo de que la externalización genere una imagen de sí mismo muy pasiva previo al cuestionamiento de la relación con el problema. Es así como las preguntas orientadas a dar cuenta de estos acontecimientos extraordinarios, son un buen recurso para visibilizar aspectos del pasado (o del futuro) que abren las puertas a una lectura novedosa respecto a la propia vida; por lo mismo nos parece importante primero entender la forma en que el descubrimiento de estos eventos excepcionales se introducen en el relato de nuestros pacientes. La introducción de uno de estos eventos puede implicar desde un quiebre con todo lo acontecido hasta su descubrimiento, a una forma de darle continuidad a aquellas vetas deshilachadas del propio relato, hasta la posibilidad de que para algunas personas estos eventos se den “por fuera” de sus relatos de manera que son tan excepcionales que difícilmente pueden entrar en relación con su propia comprensión de sí.

Al estudiar los diversos cronotopos, vimos cómo en algunos casos (como el cronotopo de la novela caballaresca) los acontecimientos extraordinarios son el eje articulador de todas las acciones y definiciones del personaje, mientras que en otros casos

nos encontramos con formas de ordenar la experiencia cotidiana que evita cualquier encuentro con aquello que quiebre la rutina. De ahí que sea un error suponer que la búsqueda de acontecimientos extraordinarios va a ser la herramienta más efectiva para abrir espacios de diferencia. De hecho, tal y como nos afirman Seltzer y Seltzer (2004), esta se puede lograr también a través de intervenciones que más bien van en contra de esta corriente. En este sentido resultaría provechoso entender cómo la presencia de estos eventos impacta en el relato de la persona, y en particular en relación a qué tipos de acontecimientos es que la persona ancla relatos de transformación personal así como su respuesta a estos. Por lo tanto, ante su aparición no solo resulta de utilidad llevar a cabo una conversación para entender qué posibilidades abren, sino también posibilitar una escucha interesada en entender las formas de posicionamiento y de ser afectado del paciente respecto a estos. Por ejemplo, ¿Cómo se vincula la persona con el acontecimiento extraordinario? ¿Cómo lo introduce en su propio relato? ¿Qué experiencia afectiva (o no) hace aparecer el descubrimiento de estos? En torno a este punto, el aporte principal de la noción de cronotopo es la comprensión de la multiplicidad de formas en que la experiencia de lo excepcional (todo aquello que implica un quiebre con las formas establecidas hasta ese momento) puede aparecerse. De manera que tal vez antes de caer en el furor de búsqueda de lo excepcional, valga la pena entender la vinculación afectiva que se establece con lo extraordinario y las formas en que este interviene en la construcción del propio relato.

Lo mismo ocurre al preguntarnos por la aparición de las contingencias en la experiencia vivida. El azar introduce un desafío al objetivo de promover un agenciamiento que permita construir libremente una versión ideal del relato, ya que este – el azar – puede mostrar la indefensión de la persona frente a las contingencias que se encuentra constantemente en la vida (Larner, 1998)⁵⁰; por lo mismo también debe de servir de lección de humildad frente a terapeutas que entiendan la terapia como una construcción de relato *à la carte*. Las operaciones para introducir lo azaroso e inesperado en el relato, también permiten dar cuenta de cierta forma de constituirse en tanto agente frente a las experiencias

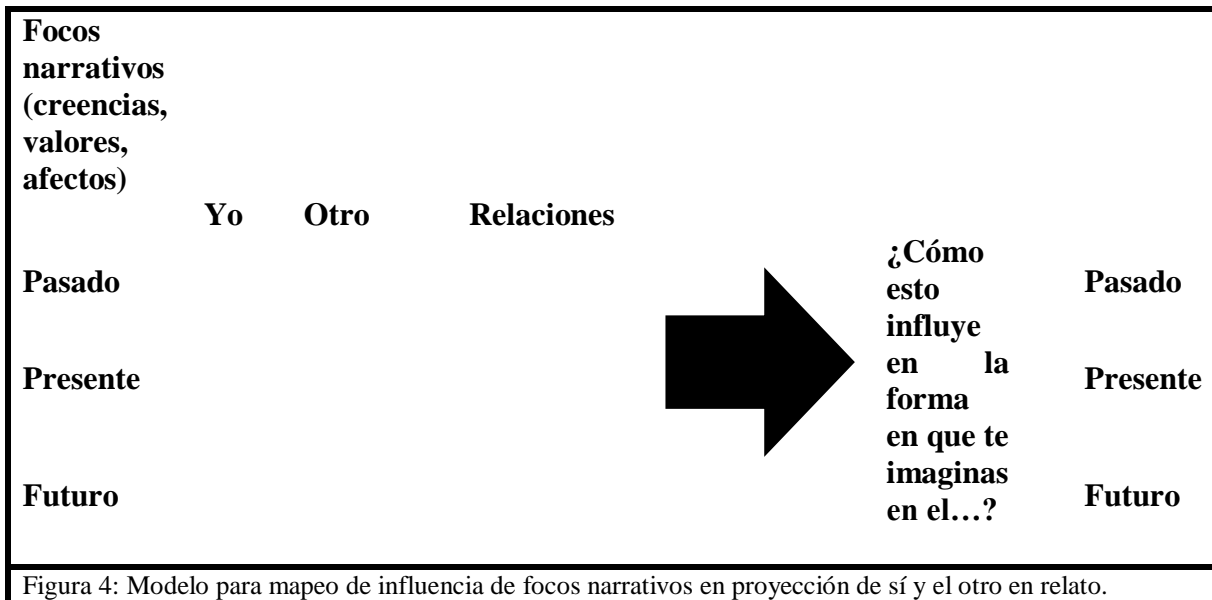
⁵⁰ Lo cual podría explicar por qué en la literatura revisada nunca apareció la inquietud por la relevancia del azar en la configuración del propio relato.

que se tiene (las mismas preguntas señaladas en el párrafo anterior podrían servir para esto).

Así como los momentos de crisis, cambio o eventos azarosos enfrentan a la persona con el desafío de reconstituir un relato coherente de sí mismo, nos encontramos que en ellos existen ciertos temas o experiencias que pueden insistir de forma recurrente. Con Bajtin (1986) observamos cómo distintos cronotopos se formaban argumentativamente en torno a cierta temática que sirve como eje articulador del sentido de dicho relato. Por ejemplo, el tema de la metamorfosis y construcción/destrucción propia del cronotopo rabelaisiano introduce una relación con el desarrollo de los sucesos no tan centrado en la secuencia lineal entre un evento u otro; o cómo en el cronotopo idílico la vida cotidiana se convierte en el único tema de interés, de manera que el tránsito del tiempo no importa tanto como la circularidad del que éste es testigo. En el primer caso esto acarrea una visión del personaje en constante diálogo y (re)composición con el mundo; mientras que en el segundo se tratará más bien de un individuo cuyo campo de acción se encuentra circunscrito a las exigencias materiales inmediatas de su mundo.

Reconocer los puntos de anclaje (creencias relevantes, valores, sucesos de la vida individual y social, experiencias afectivas) que configuran puntos críticos en el relato, ofrece una oportunidad para conversar sobre cómo a partir de ellos se construye una comprensión de la posición desde la cual se interactúa con uno mismo o con el otro, pero sobre todo, de cómo estos influyen en las formas típicas de construir el relato de sí. Por ejemplo, indagar si cierta creencia o experiencia afectiva de mucho valor para la persona se localiza solo en la experiencia pasada, o si por el contrario es la anticipación de cierto evento en el futuro lo que sirve como base para desarrollar cierta imagen de sí mismo (tanto retrospectiva como prospectiva). Las posibilidades de combinación entre ciertos puntos de anclaje (puntos de anclaje) ideo afectivos y su influencia en la imaginación y comprensión de distintas temporalidades va muy en línea con el rol que White (1995) le entrega a la imaginación al “colapsar la temporalidad”⁵¹. Presentamos un esquema de esta indagatoria en la figura 4.

⁵¹ Por lo que tenemos por ejemplo, la posibilidad de pensar como cierto foco narrativo orientado al futuro influye en la forma de recordar el pasado, además de otras combinaciones más tradicionales.



En torno a esto, podemos generar una vinculación con el trabajo de lo ApI; cerramos el capítulo pasado señalando cómo esta práctica permite dar cuenta de la forma en que cierto evento se conecta con cierto valor o proyecto personal. Lo ApI es una valiosa herramienta teórico y práctica que busca visualizar la persistencia de puntos de anclaje ideo-afectivos incluso más allá de lo que se explicita en primera instancia. La propuesta que acabamos de plantear, implica que la doble escucha propia de esta práctica también se pregunte por aquellas intersecciones temporales que no aparecen claras en el relato del paciente pero que se vuelven necesarias para poder servir de contraste con las que insisten en su relato. Por ejemplo, cómo un relato que se ancla en un pasado que asecha constantemente toda la experiencia del presente de un consultante genera malestar en la medida que entra en tensión con un futuro que imagina un pasado que influye pero no amenaza; o por ejemplo, cómo la relación con ciertos espacios que pueden estar cargados de malestar, también implican la posibilidad de pensar espacios de una carga afectiva distinta. Con ello lo que se busca es resaltar el hecho de que las experiencia afectivas y de toma de posición frente a uno mismo y frente al otro, se ven modificadas por su proyección o vinculación con modos específicos de organizar la experiencia, pero que a su vez la

existencia virtual de su contrario invita a imaginar las oportunidades que se atesoran como valiosas para la persona.

Hemos mostrado formas de aplicación específica que se desprenden de la introducción del concepto de cronotopo a la comprensión en que la temporalidad aparece en el relato de los consultantes, y para ello hemos desmenuzado el concepto dando cuenta de diversos campos de aplicación. Sin embargo, no debemos perder de vista el marco general en el que se inserta este concepto, pues a pesar de que no creemos que sus posibilidades se acaban con lo aquí hemos mostrados, sí pensamos que puede ayudar a perfilar caminos posibles de uso.

La pregunta por la agencia es una pregunta por la toma de posición que se adopta frente a uno mismo y frente a los otros, por la forma de adoptar una perspectiva singular y personal frente a los eventos de la vida, de responsabilizarse respecto a las propias acciones y sus efectos. Este es un interés que recorre todos los desarrollos del modelo psicoterapéutico narrativo, pero que al ser reducido a la mera adopción de un discurso crítico respecto a los relatos dominantes limita la visualización de la multiplicidad de formas en que las personas toman posición frente a los eventos de su vida. El concepto de cronotopo es valioso en tanto da cuenta de cómo esa toma de posición no obedece únicamente a una dimensión lingüística, sino que se encuentra a su vez anidado en un campo espacio-temporal cuyas texturas son en parte formadas por la manera en que pasado-presente-futuro se conjugan entre sí, y también se conectan con expectativas, creencias, valores, emociones, etc. Cronotopo es un concepto que permite darle un lugar a lo afectivo, no como algo “más allá de lo lingüístico”, sino como una presencia constante en el ámbito donde se desenvuelva. Una misma experiencia afectiva puede ser vivida de formas muy distintas en mundos cuya vinculación con el pasado difieren; o donde, la comprensión de la importancia de la consistencia del carácter difiere. La afectividad, es decir, la manera en que ese mundo despliega campos posibles de afectación por el otro, también se vuelve un elemento central para comprender los procesos de agenciamiento; pues ambos campos se refieren a los efectos de la interacción en un mundo compartido con otros, y cómo influye en la forma de orientarse en el mundo. En este capítulo hemos intentado mostrar formas posibles de relacionar ambas inquietudes bajo un término que permita reunir las.

RETAZOS PARA CERRAR

¿Qué problemas quedan pendientes?

Si bien a lo largo de este trabajo nos hemos esforzado en desarrollar una forma de aproximación a la temporalidad en el relato de los pacientes que dé lugar a nuevos modos de trabajo con la dimensión afectiva (de manera de encuadrar el agenciamiento en su dimensión corporal y no solo cognitiva) no deja de ser cierto que este puede ser criticado por seguir manteniendo un foco en el lenguaje por sobre otros aspectos de la experiencia. Gálvez Sánchez (2013) denomina “sobre epistemologización” a esta atención excesiva sobre el observador y el lenguaje como productor de significados; asocia esta tendencia a orientaciones psicoterapéuticas que privilegian la interpretación como modo de trabajo, lo que lleva a la cosificación de la experiencia en formas que están sujetas a su reescritura. Esto llevaría a que la experiencia sea “*posterior a la narración, posterior a la atribución de significado*” (Gálvez Sánchez, 20013, p.14) y por ende a una sobreestimación de las técnicas de producción de formas inéditas de narración

De forma similar se expresa Pakman (2014) al criticar al giro lingüístico como una orientación que en su intento de escapar del positivismo científico termina entronizando una visión de la experiencia desprovista de su dimensión material. Irónicamente, señala este autor, el giro lingüístico que sostiene una visión construccionista que busca desafiar los principios universales de propios de la ciencia, termina siendo presa de una serie de juegos micropolíticos que derivan en la creciente homogenización de las narrativas de vida.

En ambos autores hay una propuesta que busca rescatar la dimensión vívida de la experiencia anterior a su captura por procesos de subjetivación, a la que ambos llaman “sentido”; para lo que la referencia a la poética sirve de medio para pensar un proceso creativo, extensible y de potencias que escapan a su captura. En el caso de Gálvez Sánchez (2013) se trata de reconocer la relación aporética que todo sujeto tiene con su propia narración a propósito de la sustracción de significado que se genera en el encuentro con un otro. Siguiendo a Derrida afirmará que “*en el momento en que la interpretación adquiere el carácter de decisión, entonces no hay lugar para el sentido y estamos en lo que el texto*

quiere decir” (p.10), de lo que se desprende es que la crítica de este autor versa sobre el olvido de la psicoterapia narrativa (y otros modelos guiados por el giro lingüístico) de que las metáforas de trabajo no alcanzan realmente la materialidad de lo que ellas intentan capturar, que la interpretación corre el riesgo de cerrar los procesos de devenir en la experiencia. El encuentro con otro será entonces lo que devuelva al reconocimiento de esa apertura constante de la experiencia, y la presencia de lo in-conceptual presente en ella que sirve como semilla de producción de lo insospechado.

También en Pakman (2014) el encuentro entre cuerpos, su contacto y circulación es vista como condición previa a toda constitución de un sujeto cerrado en sí mismo. Este autor trabajará esto en torno al concepto de imagen. Señala que tradicionalmente se le ha entendido como réplica defectuosa de cierta realidad trascendental, o como único referente posible del mundo una vez que el giro lingüístico destruye la relación con lo material; sin embargo, su propuesta, en gran parte sostenida en la filosofía de Jean-Luc Nancy, señala que la imagen es precisamente la forma en que se presenta la fuerza creativa de esa materialidad mundana subyacente a todo acto lingüístico. La propuesta psicoterapéutica de Pakman (2014) que él denominado crítico-poética consiste entonces en gran medida en el rescate de la imaginación como una dimensión constitutiva de la existencia en el mundo previa al ingreso al uso del lenguaje (pero que persiste incluso luego de su instalación). El riesgo que señala este autor, es que en la medida que esta potencia presubjetiva de la imágenes se olvida, las terapias orientadas por el giro lingüístico despojan a la imaginación de su potencia poética y el cambio (en la narración, por ejemplo) se trata solo de una *“combinatorio de signos a la que siempre encontraremos como un intertexto de lo que ya fue”* (p.107).

Entonces ¿Qué riesgos o problemas pueden plantear las críticas anteriores a esta tesis? En primer lugar habría que responder si los cronotopos son simplemente una herramienta interpretativa u ofrecen algo distinto. Sin duda, se puede realizar una lectura hermenéutica del relato de los pacientes a través de ellos, y además resultará tentador adscribir una determinada lectura a alguien que constituye el relato de su experiencia en una modalidad que se acerca a un cronotopo idílico o a uno de la aventura, por poner un ejemplo; sin embargo, hemos insistido bastante en que los cronotopos son ante todo

herramientas que en el marco de la clínica permiten entender las aperturas y cierres que los pacientes producen en la forma de entenderse a sí mismos y a los otros en sus relaciones conjuntas. En ese sentido es un concepto que busca ayudar a dar cuenta de los procesos de constitución de mundo antes que dotarlos de un significado unívoco. Esto lleva a un punto conflictivo a la hora de responder a las críticas anteriores, porque si bien es cierto que a partir de un foco en las configuraciones espacio-temporales de la experiencia nos enfocamos en el devenir de un sujeto/agente a partir de sus acciones, también es cierto que el concepto de cronotopo ya implica un cierto ordenamiento subjetivo de esa experiencia previo a su acontecer. De ahí que debemos reconocer que este trabajo no logra escapar completamente del problema de atribuir a la experiencia un marco interpretativo. Solo podemos remitirnos nuevamente al comentario de Bajtin (1986b) de que los cronotopos están en constantes relaciones de coexistencia, combinación, sucesión, confrontación o interrelación; por lo que no hay que reificar el marco comprensivo que estos entregan.

Lo anterior sin embargo, sí permite responder a las críticas sobre la homogenización de la que son víctimas las narrativas. La tesis ha intentado mostrar la potencialidad infinita en que se pueden configurar las organizaciones espacio-temporales en los relatos de los pacientes, algo que al menos en la literatura del modelo revisado ha sido insuficiente. En contraste con perspectivas que asumen que los acontecimientos extraordinarios bastan en sí mismos para marcar puntos de quiebre, nos hemos interesado en entregar herramientas para preguntarse la diversidad de formas en que estos se pueden integrar a un relato. Hemos hecho lo mismo con los momentos de crisis, o con la relevancia relativa que distintas personas pueden atribuir a su vida en espacios públicos o privados. Todo esto entonces también permite un mejor mapeo de las redes de influencia micropolítica existentes en el relato de los pacientes; así como nudos narrativos más abiertos a la imprevisibilidad del encuentro. Por ello consideramos que la crítica de Pakman (2014) en torno a este punto puede ser resuelta desde el trabajo que hemos realizado.

Nada en esta tesis parece ir en desmedro de las propuestas revisadas respecto a la dimensión poética de la terapia, o al rol de la imaginación en esta. Hemos enfatizado una y otra vez la relevancia del encuentro con el otro en la constitución de cierta comprensión del sí mismo como agente. De ahí que también se pueda responder a las críticas de que el giro

lingüístico necesariamente mata la materialidad el mundo y la reemplaza por “*su propia materialidad significativa*” (Pakman, 2014, p. 42). Como hemos señalado más arriba⁵², en el marco de la teoría bajtiniana el lenguaje no es visto como un mero acto de representación estática, sino que la apertura constante a la respuesta de los otros frente a las propias enunciaciones implica un desborde a cualquier intención subjetiva de apropiación de un significado fijo. En ese sentido, es que hemos rescatado la noción de “imagen de mundo” para hacer referencia el proceso de construcción conjunta de una posición ideo-afectiva desde la cual la persona se relaciona con el otro. Sostenemos que con esto se evitan las críticas de que un foco en el significado necesariamente implica una determinación de este (o qué este reine por sobre cualquier otra dimensión de la vida humana), y más bien instigamos en nuestro trabajo a preocuparse en los modos en que estos se construyen, destruyen y transforman. Ahora bien, si lo que se espera es la posibilidad de una terapia donde el lenguaje pase a segundo plano en favor de una dimensión experiencial o netamente corporal, reconocemos la incapacidad de esta tesis para lograr ello, y nos aceptamos culpables de mantenernos atados a una ética que privilegia el habla como vía regia para el tratamiento del malestar.

Debemos tener en mente también la advertencia de que un foco excesivo en los procesos de significación degeneren en una práctica y teoría clínica excesivamente centrada en el desarrollo de una técnica de intervención, lo que acarrea el riesgo de dejar de lado el interés en la singularidad del encuentro terapéutico (Gálvez Sánchez, 2013). Los conceptos e ideas aquí desarrolladas constituyen un esfuerzo por entregar herramientas para una indagación crítica de la incidencia de la temporalidad en la forma en que los relatos generan cierta comprensión de sí mismo y de los otros; en línea con esto, sostenemos que la toma de una posición activa frente a uno mismo no es el resultado de saber más o menos de uno mismo, o acercarse más o menos a la verdad de lo que uno es (ambas nociones remiten a un esencialismo que teoría narrativa rechaza) sino que esa posición activa es el resultado de un ejercicio crítico frente a uno mismo, que como dice White vuelve exótico lo cotidiano. Por lo mismo, este trabajo más que intentar constituir un manual respecto a cómo introducir la

⁵² *Ut supra* p.17, ver pie de página 9

pregunta por la temporalidad, busca dar cuenta de esta posibilidad, que, por supuesto, siempre debe ser atendida en función de las exigencias singulares del caso a caso.

¿Hacia dónde más dirigirse?

Si bien en este trabajo hemos centrado nuestros esfuerzos en una propuesta conceptual, y en dar cuenta de su pertinencia teórico-práctica para la psicoterapia narrativa, pensamos también que en este existe una gran potencialidad en investigación empírica futura. No es nuestro interés delinear a cabalidad en qué podrían consistir estas, pero sí dar algunas luces para mostrar que lo que se ha hablado está lejos de agotarse en estas páginas.

En primer lugar, pensamos que es importante poder investigar la manera en que los procesos históricos personales se anidan en procesos a nivel macro. En línea con el interés narrativo en los procesos comunitarios (Denborough, 2012; Ncube, 2008) y con desarrollos discursivos que muestran los procesos técnicos de apropiación subjetiva de los procesos socio-culturales (Hammack, 2008; Haye et al., 2018), afirmamos que las configuraciones cronotópicas que se dan en los relatos de los pacientes no pueden ser entendidos al margen del contexto histórico en el que se encuentra. De esta manera, se podría esperar que estudios futuros que busquen identificar modos en que las transformaciones sociales coinciden con cambios en la forma en que los pacientes organizan la imagen de sí mismos y de otros, y que ayuden a ilustrar la inseparabilidad entre individuo y su comunidad, no solo en el ámbito en un ámbito ideológico sino también afectivo. Estudios en esta misma línea podrían tratar de identificar modos en que los pacientes hacen uso de imágenes y discursos disponibles socialmente para sostener representaciones de sí mismos y de los otros, y las consecuencias que esto trae en la forma de comprender su propio malestar así como expectativas respecto a su devenir. Este ámbito de estudios más que ir a buscar una causalidad unidireccional entre procesos sociales y procesos individuales, debería interesarse por las relaciones de mutua influencia entre ambas esferas; para esto consideramos que el concepto de cronotopo ofrece una categoría de análisis útil en tanto permite entender estas relaciones no solo en el campo conceptual (si bien no lo excluye) sino también en la manera de organizar la relación con el mundo.

En línea con lo anterior, y en convergencia con diversos desarrollos de la crítica feminista que buscan dar cuenta de las diferencias de modos en que diversos espacios son significados y vivenciados de acuerdo a variables de género, raza, clase, orientación sexual entre otros (Federici, 2018), creemos que investigaciones futuras podrían usar el concepto de cronotopo como categoría de análisis. Ya hemos señalado como diversos cronotopos pueden asignarle distintos pesos narrativos a distintos espacios en función del tipo de personaje que se busca configurar; se podría hipotetizar que lo mismo ocurre en distintos grupos sociales, donde algunos espacios van a tener una mayor carga afectiva en la constitución de una imagen de sí mismos. Investigar estas diferencias en torno a los puntos de anclaje ideo-afectivos de las diversas narrativas de distintos grupos ayudaría a reconocer problemáticas y limitaciones comunes a esto, y con ello alcanzar una mejor comprensión de malestares que les pueden ser compartidos; además de orientar (nunca determinar) la exploración terapéutica en los pacientes.

Estudios que busquen investigar en torno a los procesos de cambio en psicoterapia desde una perspectiva comprensiva y no estadística, también se verían favorecidos por este concepto. Lysaker et. al (2003) realizaron un estudio con pacientes esquizofrénicos donde a través de una serie de entrevistas (a los 3, 8 y 13 meses de iniciado el tratamiento) mostró que las mejoras en el malestar de estos no iba necesariamente asociado al contenido del relato⁵³ sino más bien a una mayor complejidad del relato, mayor detalle en la descripción de los personajes y aumento en las relaciones que se establecen entre estos. Esto se observa por ejemplo, en que si bien se mantiene el número de descripciones negativas del sí mismo aumenta el de las positivas, o que grupos que antes aparecían descritos de forma abstracta se particularizan (en vez de hablar de “las mujeres” en general, se les empieza a nombrar de forma individual). Un estudio como este da pistas de que señales de cambio no deben ser únicamente buscadas en el cambio del relato sino más bien en la forma en que este se organiza. En ese sentido el concepto de cronotopo ofrece un medio para también indagar las formas estilísticas en que un relato puede transformarse sin que por ello cambie se contenido.

⁵³ Lo cual resulta cuanto menos interesante de pensar a la luz del foco narrativo en la re-significación y reconocimiento de acontecimientos extraordinarios.

Finalmente, una cuarta proyección futura de aplicación de este concepto es su utilidad para las prácticas formativas. Warnier Dupré (2017) da cuenta del desafío de la armonización de los distintos tiempos en que se vivencia la terapia, y los posibles impasses que se generan a raíz de ello al construir un sentido común de los objetivos y finalidad de la terapia. En línea con esta precaución, consideramos que el cronotopo puede servir como categoría de análisis de las propias tendencias personales a la hora de orientar el trabajo terapéutico. En línea con la idea de “construcción de personaje terapéutico” (Gálvez Sánchez, 2010), la formación podría fomentar el cuestionamiento respecto a la facilidad o dificultad con que el terapeuta es capaz de generar relaciones entre diversas temporalidades, así como su comprensión de la relevancia narrativa de diversos tipos de eventos. Por ejemplo, preguntarse de qué manera se suele entender la relación entre eventos pasado y presentes; o la relevancia de los momentos de crisis en la constitución de un horizonte futuro.

Por razones de espacio señalamos solamente cuatro posibilidades, sin embargo, creemos que el concepto de cronotopo gesta una potencia que desborda ampliamente lo que puede ser abordado aquí. Es la esperanza del autor que de este trabajo salgan posibilidades insospechadas y que desborden ampliamente cualquier intención original de este. Pasemos entonces a finalizar, ahora sí, este trabajo.

Entonces ¿Qué buscaba esta tesis?

¿Cómo ha trabajado la terapia narrativa la dimensión de la temporalidad en el ejercicio clínico y sus consecuencias? Desde las bases mismas del modelo esta es reconocida como una de las dimensiones centrales en todo relato, no se podría entender el relato desligado de los efectos que la temporalidad tiene en su ordenamiento. En los primeros momentos del modelo, encontramos cierta ambivalencia entre la importancia que se le da al ordenamiento lineal de la narración como condición previa para su comprensión (White & Epston, 1993) y el reconocimiento de la simultaneidad con que pueden operar diversas temporalidades (White, 1994). Sin embargo, en cualquiera de estos dos casos la función organizativa de la temporalidad cobra relevancia solo en función de las

interpretaciones que se superponen a ellas, tal y como muestra el tratamiento que se hace sobre la relación entre panoramas de acción y panoramas de conciencia (Payne, 2002; White, 1995). Como dijimos, esto deja de lado la posibilidad de que la misma forma de ordenamiento temporal, y de relación con distintas temporalidades, pueda ser indicadora de una cierta forma de presentarse frente al otro y frente a uno mismo. A pesar de esta limitación, resulta evidente que al inicio del modelo la temporalidad implicaba una serie de pregunta explícitas y que se encontraba en el primer plano de interés; sin embargo, al revisar los desarrollos teóricos posteriores nos damos cuenta que esta ha pasado a segundo plano y parece supeditada a otras problemáticas, como por ejemplo la comprensión de la identidad. Es así como la temporalidad deja de ser un concepto de interés por derecho propio, y empieza a operar de forma subrepticia a la base de diversas prácticas clínicas (revisamos el caso de la externalización y de lo ausente pero implícito) y de la comprensión teórica de diversos fenómenos (procesos de cambios identitarios, relación con el espacio, etc.).

Consideramos que el hecho de que la pregunta por la temporalidad aparezca supeditada a otros temas de interés no es negativo en sí mismo. Sin embargo, lo que sí resulta problemático es que no exista un marco conceptual apropiado para poder pensar la diversidad de formas en que la temporalidad puede entrar en relación con estas, ni de su relación con dimensiones de la experiencia que van más allá de su mera interpretación (por ejemplo, como se ha trabajado aquí la dimensión afectiva).

El trabajo que hemos desarrollado no es una panacea para la dificultad que implica entender los procesos de constitución narrativa en tanto agente, tampoco de la forma de introducir la dimensión afectiva en terapia. Aún habrán elementos fuera del campo del lenguaje que seguirán acechando la práctica clínica, sin embargo, afirmamos que el interés en reconocer las formas cronotópicas que adoptan los relatos de las y los pacientes abre campo a mayores posibilidades de conversaciones terapéuticas, y a la apertura a la singularidad afectiva en que cada persona vivencia su experiencia, así como de reconocer las posibilidades que se abren y cierran en sus relatos para reconocerse como agente.

Siguiendo diversas críticas que se han hecho a los fundamentos de la psicoterapia narrativa (y otras influenciadas por el giro lingüístico) no negamos que efectivamente exista

un registro de la vivencia afectiva que se ve siempre ocluido al transformarlo en palabras, mas rechazamos la idea de que hacerlo sea necesariamente una traición a esta. Hemos afirmado que los contenidos representados en un relato no pueden, ni deben, ser comprendidos de forma separada de la forma estilística en que estos se presentan. En la figura del cronotopo hemos intentado mostrar una manera en que forma y contenido de la vivencia encarnada del mundo, encuentran en el lenguaje un espacio de revelación conjunta, donde la vivencia afectiva del cuerpo es informativa y es informada por las maneras en que las personas toman posición de su lugar en el mundo y el lugar de los otros.

En nuestro largo recorrido hemos instalado varias ideas, partimos con la constatación de uno de los objetivos fundamentales de las prácticas psicoterapéuticas narrativas: que las personas se vuelvan coautoras de su propia vida. La inquietud respecto a lo que permite constituir esta autoridad nos llevó a señalar que esta se constituye en la acción conjunta con otro, y por ende no se puede desentender de lo afectiva. Es en el encuentro con otro que las personas se encuentran frente al desafío de constituirse como un interlocutor que responde frente a este pero también puede ser cuestionado por este, implica una toma de posición, de ser agente. Ahora bien, señalamos que frente a la multiplicidad de encuentros posibles se requiere generar modos de ordenamiento heterogéneos en torno a una lógica común. Fue así como empezamos a hacer surgir la pregunta por la temporalidad y las formas en que esta influye en la construcción que cada persona hace de sí misma, a partir de los modos de recortar, aislar, expandir, suspender, refractar, dilatar, achicar, repetir, anular, conectar, etc. ciertos aspectos de su experiencia entre un sinfín de posibilidades. Teniendo esto en mente pasamos a describir el concepto bajtiniano de cronotopo para mostrarlo como un medio efectivo para capturar la singularidad de los diversos modos de organización de la experiencia. A partir de esto pudimos empezar a entender que la constitución como agente entonces se ve fuertemente influenciada por las maneras en que la temporalidad dota de sentido ciertas conexiones entre experiencias, y privilegia ciertas orientaciones de la acción en función de expectativas pasadas o futuras. El repaso de las formas de abordaje a la pregunta por la temporalidad en la literatura narrativa, nos permitió vislumbrar antecedentes importantes para el trabajo desarrollado, pero también ciertas limitaciones en la forma en que se ha entendido la relevancia del abordaje

del tiempo como una dimensión relevante en las conversaciones terapéuticas. A partir de lo anterior, propusimos ciertas orientaciones posibles para introducirlas de una manera que nos parece coherente con la visión que hemos intentado construir. Finalmente, nos hemos esforzado también en mostrar algunas posibilidades de investigación que se abren con el concepto y las ideas que hemos trabajado. Indudablemente las ideas aquí sostenidas se verían enriquecidas con investigación empírica, cuya ausencia en este trabajo es una de sus principales debilidades. Esperamos que en el futuro el concepto de cronotopo sea utilizado como un medio para poder enriquecer la indagación respecto a los modos en que las personas constituyen la comprensión de sí mismas y del resto.

Tal vez un resumen como el anterior resulte útil para repasar los pasos que hemos dado, pero no para capturar el sentido global de lo trabajado; así que merece más la pena este último esfuerzo para cerrar. Habitar el mundo en tanto agente implica moverse a través de él. Un mundo donde se configurarían puntos de detención más significativos que otros para orientar ese movimiento, donde ciertos espacios cobrarán mayor o menor relevancia en función de la carga histórica de estos, en donde algunos afectos derivados de este movimiento perdurarán más que otros, en donde habrán transformaciones que merecerán nuestras atención y otras que pasarán desapercibidas, en donde los movimientos pasados, presentes y futuros implicarán distintos tipos de preguntas. En fin, habitar un mundo implica ser capaz de distribuir la propia acción a través de este, y distribuirla de manera que cada espacio y cada tiempo responda a un posicionamiento valorativo de la persona, a un saber decir significativo de la persona respecto de su lugar y del otro en ese mundo. Construir un relato es construirse a sí mismo (y al otro), no solo en tanto contenido sino también en tanto forma. Solo así, cuando reconozcamos que la constitución de cada persona como un agente responsable de sí mismo frente a los otros se da a partir de una proyección temporal que conecta a cada persona con una historia prospectiva y retrospectiva cargada de sentido, es que podemos entender por qué es que la pregunta por la temporalidad y sus modos de aparición no puede desaparecer en las conversaciones terapéuticas.

Referencias

- Accorssi, A., Scarparo, H., & Pizzinato, A. (2014). La dialogicidad como supuesto ontológico y epistemológico en Psicología Social: reflexiones a partir de la Teoría de las Representaciones Sociales y la Pedagogía de la Liberación. *Revista de Estudios Sociales*, (50), 31-42.
- Antony, L. (2002). Embodiment and Epistemology. P. Moser (Ed.), *The Oxford Handbook of Epistemology* (pp. 463–478). Oxford: Oxford University Press.
- Bajtin, M. (1986). The Problem of Speech Genres. En C. Emerson & M.Holquist (eds), *Speech Genres and other Lates Essays* (pp. 60-103). Austin: University of Texas Press
- Bajtin. M. (1989a). El problema del contenido, el material y la forma en la creación literaria. En *Teoría y estética de la novela* (pp. 13-77). Madrid: Taurus
- Bajtin, M. (1989b). Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. En *Teoría y estética de la novela* (pp. 237- 411). Madrid: Taurus
- Bajtin, M. M. (1997). *Hacia una filosofía del acto ético: y otros escritos*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Barahona, M. (2012). El papel de la investigación teórica en la construcción del conocimiento: una reflexión desde la Universidad Estatal a Distancia (UNED). *Revista Rupturas*, 3(1), 2-16.
- Bassi, J. (2015) Formulación de proyectos de tesis en ciencias sociales. Manual desupervivencia para estudiantes de pre y posgrado. Santiago: Universidad de Chile.

- Beels, C. C. (2007). Psychotherapy as a Rite of Passage. *Family Process*, 46(4), 421–436.
- Beels, C. C. (2009). Some Historical Conditions of Narrative Work. *Family Process*, 48(3), 363–378.
- Bergson, H. (1907/1963). La Evolución Creadora. En *Obras Escogidas* (pp.433-755). Madrid: Aguilar
- Bertrando, P. (2011). *El diálogo que conmueve y transforma: el terapeuta dialógico*. México: Editorial Pax
- Bertrando, P., & Arcelloni, T. (2006). Las hipótesis son diálogos: compartiendo las hipótesis con los clientes. *Journal of Family Therapy*, 28, 370-387.
- Bertrando, P., & Arcelloni, T. (2014). Emotions in the Practice of Systemic Therapy. *Australian & New Zealand Journal of Family Therapy*, (35), 123–135. <https://doi.org/10.1002/anzf.1051>
- Bøe, T. D., Kristoffersen, K., Lidbom, P. A., Lindvig, G. R., Seikkula, J., Ulland, D., & Zachariassen, K. (2014). “She Offered Me a Place and a Future”: Change is an Event of Becoming Through Movement in Ethical Time and Space. *Contemporary Family Therapy*, 36(4), 474–484. <https://doi.org/10.1007/s10591-014-9317-3>
- Boscolo, L. & Bertrando, P. (1996). *Los Tiempo del tiempo: Una nueva perspectiva para la consulta y la terapia sistémica*. Barcelona: Paidós
- Brown, S., & Stenner, P. (2001). Being Affected : Spinoza and the psychology of emotion. *International Journal of Group Tensions*, 30(1), 81–105.
- Bruner, J. (1990). *Acts of Meaning*. Londres: Harvard University Press.

- Calcaterra, R. M. (2017). Epistemology of the Self in a Pragmatic Mood. *European Journal of Pragmatism and American Philosophy*, II(1), (pp.1–11).
<https://doi.org/10.4000/ejpap.930>
- Carey, M., & Russell, S. (2002). Re-Authoring: Commonly asked questions Re-Authoring: Some answers to commonly asked questions compiled by. *The International Journal of Narrative Therapy and Community Work*, 2.
- Carey, M., Walther, S., & Russell, S. (2009). The Absent but Implicit : A Map to Support Therapeutic Enquiry. *Family Process*, 48(3), 319–331.
- Combs, G., & Freedman, J. (2016). Narrative Therapy's Relational Understanding of Identity. *Family Process*. <https://doi.org/10.1111/famp.12216>
- Denborough, D. (2012). A storyline of collective narrative practice: a history of ideas, social projects and partnerships. *International Journal of Narrative Therapy and Community Work*, 1.
- Domínguez, G. E., & Lara, A. (2013). El Giro Afectivo. *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, 13(3), 101-120.
- Ekman, P. (1992). Are There Basic Emotions ? *Psychiatry Review*, 99(3), 550–553.
- Federici, S. (2018) *El patriarcado del salario: Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Foucault, M. (2014). *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica
- Fuchs, T. (2013). Temporality and psychopathology. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 12(December 2010), 75–104. <https://doi.org/10.1007/s11097-010-9189-4>

- Gálvez Sánchez, F. (2010). La construcción de personajes terapéuticos: Propuestas para una formación en psicoterapia observante de la posmodernidad. En *Formación en y para una psicología clínica* (pp. 91–112). Mínima Ediciones.
- Gálvez Sánchez, F. (2013). La Ausencia de lo que el objeto trae: Contrasentido de los procesos e significación. En: SEMINARIO : Poema, materia y experiencia. Santiago: Chile. Universidad de Chile, Facultad de ciencias sociales. pp 1-16
- Gertler, B. (2015). "Self-Knowledge". En Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Disponible en <https://plato.stanford.edu/archives/fall2017/entries/self-knowledge>
- Gibney, P. (1994). Time in the Therapeutic Domain. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 15(2), 61–72. <https://doi.org/10.1002/j.1467-8438.1994.tb00989.x>
- Hammack, P. (2008). "Narrative and the Cultural Psychology of Identity". *Personality and Social Psychology Review* 12 (3): 222-247. <https://doi.org/10.1177/1088868308316892>
- Haye, A., & Carballo, M. (2017). James's theory of emotion and affective turn in psychology / La teoría de las emociones de James y el giro afectivo en psicología. *Estudios de Psicología*. <https://doi.org/10.1080/02109395.2016.1268390>
- Haye, A., Herraz, P., Caceres, E., Morales, R., Torres-Sahli, M., & Villaroel, N. (2018). Tiempo y memoria: sobre la mediación narrativa de la subjetividad histórica. *Revista de Estudios Sociales*, 65, 22–35. <https://doi.org/10.7440/res65.2018.03>
- Hedtke, L. (2014). Creating stories of hope: A narrative approach to illness, death and grief. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 35(1), 4–19. <https://doi.org/10.1002/anzf.1040>
- James, W. (2015). *The Principles of Psychology*. New York: Dover Publications, Inc

- Lara, A. (2015). Teorías afectivas vintage . Apuntes sobre Deleuze , Bergson y Whitehead. *Cinta Moebio*, 52, 17–36.
- Larner, G. (1998). Through a Glass Darkly: Narrative as Destiny. *Theology & Psychology*, 8(4), 549–572.
- Lysaker, P. H., Lancaster, R. S., & Lysaker, J. T. (2003). Narrative transformation as an outcome in the psychotherapy of schizophrenia. *Psychology and Psychotherapy: Theory, Research and Practice*, 76(3), 285–299. <https://doi.org/10.1348/147608303322362505>
- Martines, E.S; de Freitas Leite, F & de Castro Pontes, N. (2012). Two decisive problems about Toward a Philosophy of the Act: the cleaved world and the attributes of the Being and the ethical act. *Baktiniana*, 7(2), 123-141
- Morioka, M. (2008). Voices of the self in the therapeutic chronotope: Utushi and Ma. *International Journal for Dialogical Science*, 3(1), 93–108.
- Montemayor, M., García, M. y Garza, Y. (2002). Guía para la investigación documental. México: Trillas.
- Ncube, N. (2008). The tree of life. En D. Denborough (Ed.), *Collective Narrative Practice: Responding to individuals, groups, and communities who have experienced trauma* (pp. 71–98). Dulwich Centre Publications.
- Pakman, M. (2014). *Texturas de la imaginación*. Buenos Aires: Editorial Gedisa
- Payne, M. (2002). *Terapia Narrativa*. Buenos Aires: Paidós.
- Schlosser, M. (2015). "Agency". En Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Disponible en <https://plato.stanford.edu/cgi-bin/encyclopedia/archinfo.cgi?entry=agency>

- Seigworth, G & Gregg, M. (2010). An inventory of shimmers. En G. Seigworth & M. Gregg (eds), *The affect theory reader* (pp. 1-25). Estados Unidos: Duke University Press
- Seltzer, M., & Seltzer, W. J. (2004). Co-texting, chronotope and ritual: A Bakhtinian framing of talk in therapy. *Journal of Family Therapy*, 26(4), 358–383. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6427.2004.00289.x>
- Sermijn, J., & Loots, G. (2015). The Cocreation of Crazy Patchworks: Becoming Rhizomatic in Systemic Therapy. *Family process*, 54(3), 533-544.
- Shuare, M. (2010). Vigotski y Bajtin: Historicidad y Dialogo. *Psicología en Estudio*, 15(3), 441–455.
- Torn, A. (2011). Chronotopes of madness and recovery: A challenge to narrative linearity. *Narrative Inquiry*, 21(1), 130–150. <https://doi.org/10.1075/ni.21.1.07tor>
- Vassilieva, J. (2016). *Narrative Psychology: Identity, transformation and ethics*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Voloshinov, V. N (1973). *Marxism and the Philosophy of Language*. Estados Unidos: Seminar Press.
- Walther, S., & Carey, M. (2009). Narrative therapy, difference and possibility: inviting new becomings. *Context*, 105, 5–10.
- Warnier Dupré, M. (2017). La experiencia del tiempo en psicoterapia: Un estudio de caso frente a una crisis vital, en terapia familiar sistémico relacional (Tesis de Magíster en Psicología Clínica de Adultos, Universidad de Chile, Santiago, Chile). Disponible en <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/165788>
- White, M. (1994). *Guías para una terapia familiar sistémica*. Barcelona: Gedisa

- White, M. (1995). *Reescribir la vida*. Barcelona: Gedisa.
- White, M. (1997). Challenging the culture of consumption: Rites of passage and communities of acknowledgement. *Dulwich Centre Newsletter*, 2, 38–47.
- White, M. (2005). Workshop Notes. *Dulwich Centre Publications*.
- White, M. (2007). *Maps of Narrative Practice*. Nueva York: Norton.
- White, M., & Epston, D. (1993). *Medios Narrativos para fines terapéuticos*. Buenos Aires: Paidós.
- Winslade, J. (2009). Tracing lines of flight: Implications of the work of Gilles Deleuze for narrative practice. *Family Process*, 48(3), 332–346. <https://doi.org/10.1111/j.1545-5300.2009.01286.x>
- Zamorano, C., Cuevas, P., & Mera, L. (2018). Considerations in Francisco Varela for Psychotherapy of Sense. *Journal of Contemporary Psychotherapy*, 48(4), 225–232. <https://doi.org/10.1007/s10879-018-9387-x>